BIBLIOTECA
DE BOLSILLO

KELLEY ROOS

DISPUESTO A MATAR



Es la noche de estreno de una obra de teatro en la que actúa Haila Troy. La coprotagonista y compañera de cuarto de Haila, Carol Blanton, de repente enferma de laringitis y no puede actuar. Su suplente, una chica con la pasión y el linaje familiar para el teatro, aunque no el talento, abandona misteriosamente la compañía teatral, obligando a Haila y al director del espectáculo a apresurarse junto a Carol que ahora se siente misteriosamente mejor. Hasta que es envenenada durante el último acto. La noche siguiente, la protagonista muere apuñalada mientras llevaba puesta la capa de Carol en la zona oscura y sombría de detrás del escenario. Definitivamente parece que alguien está decidido a deshacerse de la joven actriz. La policía está haciendo todo lo que puede: seguir notas misteriosas de alguien llamado Lee Gray; vigilando a Carol día y noche; siguiendo a los miembros del reparto; entrevistando a todos; pero el productor de la obra cree que se puede hacer más. Le promete a Jeff Troy un gran cheque si puede descubrir quién ha decidido eliminar a sus actrices. Jeff y Haila recorren toda la ciudad de Nueva York siguiendo pistas e interrogando a los miembros del reparto. Y hay muchas pistas a seguir…

Kelley Roos

Dispuesto a matar

Jeff y Haila Troy - 01

DISPUESTO A MATAR

Kelley Roos

ESTRENO LA NOCHE DEL LUNES 6 DE NOVIEMBRE
JUEVES Y SÁBADO EN MATINÉE

CLINTON BOWERS

presenta

MANZANAS VERDES

Una nueva comedia de
GREELEY MORRIS

con

EVE NORTH

Escenario de *Mr*. Bowers. Decorados de Lennox Kay

REPARTO (por orden de aparición):

JESSIE CARLETON	Haila Rogers
TIMOTHY CARLETON	Philip Ashley
MARAINE CARLETON	EVE NORTH
FRANK PHILLIPS	Stephen Brown
DINA	Carol Blanton
GEORGE ROMSON	Benjamin Kerry

Época: Actualmente

ACTO	I	Comedor de diario en el hogar de los Carleton.
ACTO	II	Terraza en el hogar de los Carleton.
ACTO	III	Comedor de los Carleton.

Director de escena	Thomas Neilson
Ayudante del director de escena	Febe Thompson

I

LA MUCHACHA SIN VOZ

Apreté el botón del ascensor y su ligero ruido silbante subió hasta mí desde el sótano. Un minuto después Jinx, el negro de los ojos saltones, me sonreía al abrirme la puerta.

—Buenas tardes, *Miss* Rogers.

—Buenas tardes, —le dije.

—¿Esta noche es la gran noche?

—Sí.

—¿Va a ser un gran éxito?

—Desde luego.

—¿Y pondrán el cartel de «No hay Localidades»?

—Seguramente. —Y empecé a pensar que tal vez no debería haberle regalado a Jinx los ejemplares atrasados de «Variedades».

—¿Dónde está *miss* Blanton?

—Enferma —le dije— y, dicho sea de paso, ¿crees que se puede bajar ya en el ascensor?

Él miraba con ojos muy abiertos, parecidos a dos bolitas brillantes.

—¿Quiere decir que no va a trabajar esta noche?

—No —le dije—, no va a trabajar.

En medio de un silencio de asombro, Jinx me llevó hasta abajo. Al llegar al portal, se hizo respetuosamente a un lado, para que saliera.

Noviembre había empezado ya, y el aire era vivo y frío. Unas cuantas estrellas competían tímidamente con el resplandor de Times Square, diez manzanas más abajo. Una perfecta noche de estreno. El teatro estaría lleno de armiño y corbatas blancas, orquídeas y personalidades famosas. Entre bastidores, en medio de la expectante oscuridad, se sentiría el rumor apagado de la sala. Y en mi pequeño departamento de tres piezas, en la Calle 54 Oeste, estaría Carol, a quien una laringitis privaba de su primera noche de estreno.

Todavía estaba furiosa cuando me encaminé hacia el iluminado distrito teatral. ¡Si al menos hubiera podido echarle la culpa a algo o a alguien! Pero una voz, cuando se pierde, es algo verdaderamente intangible. Si Carol hubiese tropezado en un escalón roto, o la hubiera atropellado un taxi, se podría haberle puesto pleito al dueño del edificio, o darle una paliza al taxista, pero no es muy fácil ajustarle las cuentas a una garganta irritada.

Doblé la esquina de Broadway, y las luces de la marquesina del Teatro Colony me salieron al encuentro. *Clinton Bowers*, decían sencilla y orgullosamente, *presenta "Manzanas Verdes", con Eve North*. Mi corazón comenzó a latir con el agradable y familiar latido de las noches de estreno, y me detuve delante del teatro para mirar las brillantes fotografías, cubiertas con cristales.

Eve North sonreía serenamente a la calle desde tres fotografías gigantescas. Parecía muy joven, con los cabellos recogidos en la parte alta de la cabeza y la línea de la barba, juvenil aún, destacándose sobre el alto cuello de su vestido. A pesar de que la fotografía no era iluminada, pensé que uno advertía en ella que el cabello de Eve tenía un tono rojo oscuro y que sus ojos eran de un color verde grisáceo.

Casi no se veían las demás fotografías, pues las de Eve, de tamaño natural, las oscurecían por completo; pero había también dos de Philip Ashley, sonriendo con ligera afectación y más parecido que nunca a un hombre de negocios retirado, rico y buen mozo. Había dos de Steve Brown y yo, juntos y con un aire ligeramente

ridículo, y una foto grande de Carol, con una sonrisa trémula en los labios y los cabellos cortos y rizados.

No se parecía mucho a la Carol que había dejado en mi departamento, envuelta en mi vieja salida de baño, con el rostro pálido y triste bajo los revueltos cabellos rizados, mientras probaba la última de mis curas para la garganta. Le había hecho ensayar todos los remedios conocidos en el teatro o que me había enseñado mi abuela, quien tenía un remedio seguro para todas las enfermedades, desde las verrugas infantiles al beriberi. Eran las siete cuando desistí por fin o, mejor dicho, cuando Carol desistió. Levantó de las almohadas la cara manchada por las lágrimas y me dijo:

—Llama a Tommy ahora mismo. Dile que no puedo trabajar.

Su voz era un extraño murmullo ronco, y se apretaba la garganta con ambas manos, como si quisiera impulsar las palabras hacia fuera.

Llamé a Tommy Neilson, el director de escena de «Manzanas Verdes».

—Habla Haila —le dije—. Tommy, Carol no puede trabajar esta noche.

—¿De qué diablos está hablando? —tronó Tommy.

—Ha perdido la voz. Hemos probado todos los medios, pero no nos ha servido de nada. No puede trabajar.

—Pues tiene que trabajar, —me contestó decididamente, como si sus palabras hubieran solucionado el problema y pudiera ya colgar.

—¡Tommy, le digo que no puede! Su voz no es más que un murmullo y ni siquiera un murmullo bonito.

—Muy bien —dijo él al fin—, McDonald está aquí. Le diré que se prepare.

Colgó y entonces yo tomé mi sombrero y mi abrigo del guardarropa del *hall* y me fui…

Lancé un juramento entre dientes y me metí por el callejón que llevaba a la entrada de artistas. Nick, el portero del Colony, estaba sentado junto a ella, fumando su vieja y maloliente pipa, y con la

excitación de las noches de estreno brillándole en los ojos. Sonrió al verme pasar, camino de la estrecha escalera de hierro.

Alice McDonald se hallaba ante el espejo de cuerpo entero del camarín que compartíamos Carol y yo. Estaba envuelta en la capa que usaba Carol en el tercer acto, una hermosa capa de terciopelo negro, con capucha. Esta le caía por los hombros, descubriendo su cabeza, con su casco de pálidos cabellos color rubio ceniza, tan lisos y relucientes como el terciopelo. Le brillaban los ojos y resultaba casi linda. La saludé, murmurando algo, mientras me ponía la vieja bata que me ha acompañado en mis siete temporadas de Broadway, y me envolvía la cabeza en una toalla.

—¿Te quedan bien los vestidos? —le pregunté.

—Sí. ¡Oh, sí, me quedan muy bien! —Me puso la mano en el brazo. La tenía fría, y las uñas, largas y sin pintar, de un color pálido, como su cara y sus cabellos, se me hincaron en la carne. Su voz temblaba de intensidad—. ¡Haila, no puedo creerlo! ¡Es cierto! ¡Voy a hacer el papel de Dina, voy a actuar otra vez en una noche de estreno! ¡Oh, Haila, tengo que hacerlo bien!

—Estarás magnífica, Alice —le dije—. No te preocupes.

Pero mentalmente crucé los dedos, disgustada. No había muchas probabilidades de que Alice lo hiciera bien. Tendríamos suerte si lograba salir del paso sin pena ni gloria.

Tenía una ambición furiosa, pero no era actriz. Descendiente de una larga línea de actores, algunos muy famosos, sólo había heredado de ellos su apasionado amor por el teatro, pero carecía de dotes para actuar en él. Su instinto teatral era completamente errado; tenía una voz fina y metálica; sus ademanes se originaban torpemente en las muñecas; y las palabras que pronunciaba eran de labios afuera, y no de más adentro. Su misma palidez fría, extraña y atractiva de cerca, se convertía en algo desagradable en cuanto pisaba la escena. Pero, aun así, había tenido su oportunidad. Cuatro años antes, había representado el papel de ingenua en una obra llamada «La Ciénaga de Gibbons», y su fracaso había sido tan rotundo que, desde entonces, su trabajo se había limitado a hacer

de suplente y representar pequeños papelitos que le daban empresarios bondadosos, que habían conocido y admirado a su familia.

Abrí mi caja de maquillaje, de laca verde, y empecé a sacar los tubos, botes y cajas de polvos.

—No voy a representar el papel de Dina como lo hacía Carol —me decía Alice—. Ella tiene el aspecto que debía tener Dina, pero no sabía sentir lo que ella. Voy a representar el papel tal y como él quiso que se representara, tal y como él vio a Dina.

Yo traté de contener mi impaciencia.

—Yo creo que Carol lo hacía según Bowers veía el papel. Seguía a la maravilla sus indicaciones.

Alice me miró con desdén.

—No me refiero a Clint Bowers. ¿Cómo puedes saber lo que pasa por la mente de Dina? Me refiero a Greeley Morris. Yo sé lo que quiso que fuera Dina, cuando escribió el papel.

—Bueno, pero Greeley Morris estará en Londres y Clint Bowers en la sala. En tu lugar, yo representaría el papel según le gusta a *Mr*. Bowers, aunque estés o no de acuerdo con su modo de ver el personaje.

—¿No lo sabías? Greeley Morris estará aquí esta noche. Su barco llegó esta tarde.

Me erguí bruscamente en mi asiento.

—Pensé que *Mr*. Morris no dejaba por nada del mundo su tierra natal.

—Vendrá. El mismo Bowers no lo sabía hasta que Morris le telefoneó esta tarde. Va a ir a Hollywood. Están haciendo una película de «La Tempestad», y él mismo quiere adaptar la pieza.

Me puse *cold cream* en la cara y dije:

—¡Bueno!, tres o cuatro veces. Me había ido pronto del ensayo porque tenía una prueba a última hora, y la noticia de la llegada de Greeley Morris me pillaba de sorpresa. El que Greeley Morris asistiera a un estreno en Nueva York era casi igual a que asistiera *Mr*. Shakespeare. Aunque todas sus obras habían sido representadas

en Norteamérica, Morris sentía por ella una tranquila y despreciativa indiferencia. Los actores americanos, había dicho, eran los peores del mundo. Hasta las criadas trabajaban como si estuvieran en su día libre. Nunca había pensado que merecía la pena gastarse el dinero en un pasaje para ver cómo asesinaban sus obras. Bueno, después de todo eso, había venido. Y aunque lo que le había atraído era el oro de Hollywood y no nuestra presentación de «Manzanas Verdes», su presencia era un acontecimiento. Probablemente, en la historia teatral se hablaría de nosotros como de la compañía que representó una obra para Greeley Morris, en su primera visita a América. Y Carol sería la muchacha que se perdió la representación porque tenía la garganta enferma. Bueno, cuando Greeley Morris viera actuar a Alice, se diría que su antipatía por los actores americanos estaba bien fundada.

Por el espejo, vi que Alice se retorcía nerviosamente las manos, con la cabeza ligeramente inclinada sobre ellas. Parecía cansada e inquieta, como si mis palabras se me hubieran escapado de la cabeza y las hubiera oído. Inmediatamente me arrepentí.

—Creo que debes empezar a… Alice, ¿qué te pasa? —exclamé al ver que había dejado caer la cabeza en el tocador.

—Me duele la cabeza. Me figuro que será de nervios.

—¿Crees que te haría bien una aspirina? Philip Ashley tendrá una. He trabajado con él otras veces y nunca empieza una temporada sin tener bien provisto su botiquín.

—¡Oh, Haila, no te molestes!

—Déjate de tonterías. He estado haciendo de médico todo el día. Voy a buscártela.

El camarín de Philip Ashley estaba en el tercer piso y mientras subía la escalera me di cuenta de la profunda excitación que reinaba en todo el teatro. Junto al tablero de las luces, Tommy Neilson daba varias órdenes con voz viva y, desde el segundo piso, donde se vestía Benjamín Kelly, llegaba un suave gruñido. Oí a Steve Brown que canturreaba nerviosamente y el sonido de la risa de Eve North, cristalina y despreocupada.

Si no hubiera sabido que Philip Ashley estaba en Nueva York, habría estado segura, de todos modos, de que aquel camarín era el suyo. No había estado en él más que durante el ensayo general y las dos funciones privadas, pero era ya tan suyo como un dormitorio en el que hubiera dormido toda la vida. Había puesto en él la alfombrita de Aubusson y el sillón que llevaba de teatro en teatro. Su batín de Suecia estaba doblado cuidadosamente sobre el sillón y dos batas deslumbradoras colgaban de las perchas. Sus útiles de maquillaje estaban cuidadosamente colocados en el tocador, encima de una toalla con monograma, y por todas partes se veían ceniceros de cristal y cajas para cigarrillos.

En un rincón descubrí su botiquín, varios rollos de vendas, cinta adhesiva y unas botellas y botes parcialmente llenos. Lo registré y encontré un paquetito de celofán con dos tabletas blancas, parecido a esos sobrecitos de aspirina que venden en las farmacias. Lo tomé…

—¡Deje eso! —Ashley se hallaba en el umbral. Vestido ya con el chaqué del primer acto, resultaba joven y buen mozo, a pesar de las sienes plateadas, cubiertas de un polvo que les daba aun mayor brillo.

»¡Le dije que dejara eso! —Tenía el rostro pálido y me miraba temblando de cólera. La seca voz con su acento británico le temblaba también. Sin saber qué hacer, me quedé mirando las tabletas que tenía en la mano, enmudecida por la sorpresa.

Ashley cruzó el camarín en dos zancadas y me arrebató las tabletas.

—No consentiré que la gente venga a husmear en mi camarín. Mientras esté contratado en el teatro, es de mi propiedad, personal y particular. No consentiré que la gente entre y salga, me revuelva las cosas y no respete mi intimidad. ¡Ahora mismo iré a quejarme al empresario!

—Nadie entraba y salía, —le dije. Durante su tirada yo había recobrado la voz—. Quería pedirle una aspirina para Alice McDonald. No pensé que le molestaría.

—No consentiré que vengan a husmear en mi camarín —repitió.

—Muy bien. Muy bien, lo siento.

Salí del camarín y cerré la puerta con violencia. Lo ocurrido era ridículo. Philip Ashley, tan simpático y de tan buen humor siempre, haciendo escenas de nervios. Dos años atrás, cuando representábamos «Viento Oeste», había ido muchas veces a su camarín para buscar cigarrillos o fósforos, o cualquier cosa que necesitara; todo el mundo en la compañía hacía lo mismo y él nunca se había quejado. Era charlatán y gregario, y su camarín era la casa de todos. Por el modo cómo se me había echado encima, cualquiera habría creído que yo era un ladrón dispuesto a llevarme su posesión más preciada. O nuestro ex ídolo de las matinées estaba muy alterado por el estreno o, aunque según él no tenía más que cuarenta y tres años, se estaba volviendo senil.

Steve Brown se hallaba al otro extremo del *hall*, riéndose de mí.

—Esta vez te pilló, ¿eh?

—Nunca me han insultado así, en todos mis años de cleptómana.

Steve rió entre dientes y luego recobró la seriedad.

—¿Qué le pasa a Carol? ¿No puede trabajar esta noche?

—No. Tiene laringitis. Le duele hasta el murmurar.

—¡La noche de estreno de su primera comedia! ¿Por qué ocurrirán cosas así? —Hundió las manos en los bolsillos de su salida de baño y se dirigió con el ceño fruncido al camarín de Ashley.

Siempre me costaba trabajo convencerme de que Steve Brown era el Steve Brown descendiente de los Steve Munson Brown, del más rancio abolengo bostoniano e, incidentalmente, varias veces millonarios. Con su salida de baño descolorida, que debían haberle regalado cuando tenía diez años, una toalla deshilachada al cuello, y los rubios cabellos despeinados, parecía un chico escapado de un barrio pobre para dedicarse al teatro. Desde su aparición en escena, muy contra la voluntad de los demás, Stephen Munson Brown había ocupado más de una milla de espacio en las columnas de comentarios teatrales. Todo lo que hacía era interesante, desde convidar a una muchacha a Coca-Cola, mudarse de hotel o cambiar

de marca de cigarrillos. Él aceptaba la publicidad tranquilamente, pero creo que a veces llegaba a hartarse de ella.

Bajé a mi camarín. Alice no estaba en él y yo empecé a ponerme una base de maquillaje en la barbilla. Tommy abrió la puerta una o dos pulgadas, gritó: «Media hora» y salió. Yo le oí a lo largo de todo el *hall* y en la escalera, conforme se detenía delante de cada puerta, gritando su aviso. Antes de que me hubiera pintado hasta la frente, estaba ya de vuelta. Por el ruido de sus pies en las escaleras y por el modo como irrumpió en mi habitación, comprendí enseguida que algo pasaba.

—¿Adónde fue MacDonald?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Febe la vio salir corriendo por el callejón. La llamó, pero Alice corría velozmente y no ha vuelto aún.

—Probablemente fue a tomarse un bromuro. Tenía dolor de cabeza.

—Llevaba puesto el sombrero y el abrigo.

—Afuera hace un frío terrible, Tommy.

—A estas horas podía haberse tomado ya un galón de bromuro. La farmacia está a diez pasos de distancia. —Miró nerviosamente su reloj—. Vaya a llamar a Carol.

—¡Carol!

—Tiene que estar aquí, por si McDonald no vuelve. Y, no sé por qué, pero me da el corazón que no va a volver.

—Claro que volverá, si es la oportunidad que…

—No podemos arriesgarnos, Haila. ¿Quiere hacerme el favor de llamar a Carol?

Traté de tener paciencia.

—Tommy, aunque viniera no podría trabajar. ¡No puede hablar! Es inútil que la llame, porque no contestará el teléfono; no puede.

—Muy bien, iremos a buscarla.

—¡Iremos! Pero si yo me estoy maquillando. Yo…

Tommy me echó el abrigo por encima, me agarró de la muñeca, me hizo bajar corriendo la escalera, atravesar corriendo el callejón y

luego me metió en un taxi. El chófer, dándose cuenta de la prisa de Tommy, puso el auto en marcha antes casi de que entráramos en él. Me quité la toalla de la cabeza e intenté inútilmente sacarme con ella la pintura, mientras Tommy le decía al chófer donde tenía que ir y le pedía que se diera prisa, porque se trataba de asunto de vida o muerte.

El chófer me miró y dijo:

—Lo creo, amigo.

A través de la ventanilla del taxi vi que el reloj del Paramount señalaba las 8:20. Tommy se inclinó hacia adelante en su asiento, sin hacer caso de mí. Su rostro, moreno, y pecoso, tenía un gesto de mal humor. La boca, grande y generalmente sonriente, estaba apretada en una línea tensa. De repente pensé que Tommy había dejado ya de ser el hombre bromista y campechano que tan simpático resultaba a todo el mundo. Conforme iban adelantando los ensayos se había ido volviendo hosco y triste. Luego me olvidé de Tommy y traté de recordar mis primeras líneas. Al menos, lo único que podía hacer era prepararme para cuando subieran el telón.

El auto se detuvo ruidosamente delante de mi departamento. Cruzamos la acera en dos pasos y el umbral de la puerta de un salto. Jinx dormitaba en el banco de falso nogal que había junto al ascensor. Yo detuve con un gesto las Veinte Preguntas que se agolpaban a su mente superior.

—¡Si nos subes enseguida, Jinx —le dije—, te juro que mañana te lo contaré todo!

Busqué la llave en mi cartera y miré el reloj. Eran las 8:30, faltaban diez minutos para que se alzara el telón y yo me encontraba en un ascensor, a catorce manzanas de distancia del teatro, sin maquillar y hecha un adefesio. Y todo para nada. El mismo Tommy tendría que reconocerlo cuando oyera el ruido débil y cascado en que se había convertido la voz de Carol. Si Alice McDonald no trabajaba aquella noche, delante de la taquilla se formaría una larga cola de gente para que le devolvieran su dinero.

Abrí la puerta y fui a encender la luz. Una mano se cerró sobre la mía, cuando iba a tocar la llave. La otra mano de Tommy me agarró del hombro mientras él me decía, en voz baja, casi al oído: «¡Aguarde!»: En la otra habitación hablaba alguien; era la voz de Carol, que hablaba por teléfono. Una voz normal, alta y clara.

Yo debí lanzar un grito. Oí que colgaban el receptor con fuerza, y Carol apareció en el umbral. Tenía puesto su traje sastre azul marino, un sombrerito vuelto, y llevaba debajo del brazo la cartera de charol que yo le había regalado.

Carol me miró a mí, luego a Tommy y después apretó con fuerza la cartera.

—Volvió —dijo—. Recobré la voz de repente. Llamaba al teatro para decirle… —Y se detuvo.

No sé cómo me di cuenta de que Carol mentía, ni cómo se la dio Tommy; pero nos la dimos. Tommy se volvió y abrió la puerta del departamento.

—Vamos —dijo.

II

UN HOMBRE ALTO Y DELGADO

Subimos los escalones de hierro pisándole los talones a Tommy. Con una mano en el tirador de la puerta de nuestro camarín, él se volvió hacia nosotros.

—¿Pueden estar listas para salir a escena en diez minutos?

Yo asentí. Entonces abrió la puerta de par en par y yo le vi alzar las cejas, sorprendido.

—¿Dónde diablos has estado? —preguntó furiosamente.

Alice sonrió. Llevaba la ropa que Carol usaba en el primer acto, tenía la cara maquillada y con las manos se alisaba los suaves cabellos.

—Fui a…

Entonces vio a Carol. Su sonrisa desapareció y su cuerpo se puso rígido. Lentamente, se volvió hacia Tommy.

—¿Está bien? —Su boca casi no se movía.

—Va a trabajar —asintió Tommy—. ¿Qué te pasó?

Alice no le contestó y se quitó la chaqueta de piel de tiburón. Tommy gruñó algo ininteligible mientras salía de la habitación. Carol dijo tímidamente:

—Lo siento, Alice.

Alice le volvió la espalda. Se quitó mecánicamente la ropa y la fue poniendo en una silla. Después se puso una bata y, sin decir palabra, salió.

Antes de que hubiéramos tenido casi tiempo de movernos, Tommy volvió a llamar a la puerta, gritando.

—¡Cinco minutos!

Terminé de vestirme. Febe Thompson, una muchacha menudita y de rostro gracioso, que era la ayudante de Tommy, me abrochó el vestido por detrás y me rizó las puntas del cabello. Eve North había enviado a su doncella, Amelia, que arrodillada en el suelo me ponía los zapatos de gamuza blanca y me los ataba. Yo no podía extenderme bien el *rouge* por las mejillas y el rímel se me corría y me escocía en los ojos. Carol, que no aparecía hasta la mitad del primer acto, trataba de ayudarme y vestirse al mismo tiempo. Al fin me quedé sorprendida al ver que seguía entera y que mi cara, después de maquillada, seguía teniendo aspecto humano.

Tommy abrió la puerta.

—Cada uno a su lugar. ¿Lista, Haila?

Me miré por última vez al espejo y lo seguí entre bastidores. El decorado del segundo acto estaba ya casi dispuesto y me quedé junto a él, mirando hacia el escenario. Aun con una escalera apoyada contra una de las sillas de satinada madera, y un electricista subido en la escalera, seguía siendo una hermosa salita inglesa. Una cálida luz de sol se filtraba por los ventanales y daba en los redondos jarrones con flores, y en las lámparas de blanca pantalla. En el centro de la escena había un diván color limón, a cada lado de él un sillón color chartreuse, y en una esquina, debajo de una ventana, un gran escritorio de caoba clara. Unas cuantas cosas más, objetos de incalculable valor, procedentes de la casa de Clinton Bowers, completaban la habitación. El efecto del conjunto era alegre y encantador. Dijeran lo que dijeran de nosotros, los críticos tendrían que hablar bien del decorado.

De repente, Tommy me puso la mano en la espalda y me empujó hacia fuera, no con mucha suavidad.

—¡Haila! ¡Cuidado!

Me señaló los rollos de lona verde pálido que, atados juntos, formarían el fondo del decorado para el comedor del tercer acto.

—Le dije a Febe que avisara a todos —gruñó—. Esos malditos pintores no le pusieron la cola suficiente y la pintura se pega.

Yo di un salto, torciendo la cabeza para ver si me había manchado.

—¿No me he hecho nada, Tommy?

—No. Pero, por amor de Dios, tenga cuidado. —Miró hacia la escena, luego hacia el tablero de las luces y finalmente a mí—. Okay, Haila, a escena. ¡Buena suerte!

Entonces, y cuando menos lo esperaba, me acometió un pánico terrible. Mis manos se humedecieron y se me revolvió el estómago. Frenéticamente, traté de recordar mi papel, no necesariamente las primeras líneas, sino cualquiera de ellas, pero no pude. El decorado bailaba ante mis ojos y tuve que agarrarme a Tommy.

—Recuérdamelo —le dije—, para que no vuelva a hacerlo nunca.

Sonó un timbrazo apagado —la señal de la sala— y el escenario se despejó. Se levantó el telón y, al cabo de un segundo, sonó el teléfono. Tommy me dio un codazo. Sin que supiera cómo, mis piernas me llevaron a través de la escena hasta el aparato y mi mano levantó el receptor. Algo que se parecía extraordinariamente a mi voz normal, decía: —¡Hola!—, y cuando Philip Ashley entró por la puerta ventana y empezamos la primera escena, yo me sentía completamente a gusto y me habría gustado pasarme la vida en el escenario, especialmente en aquel.

«Manzanas Verdes» era una de esas comedias inglesas, dulzonas y de salón, de un tipo casi pasado de moda en el teatro americano, pero tenía algo que las obras de su género no tienen. No se servía el té más que una vez y no se hablaba para nada de caballos. El diálogo de Greeley Morris era brillante e ingenioso, y si los personajes no eran reales, por lo menos resultaban divertidos.

Recuerdo la representación a trozos, algunas partes con toda claridad, otras confundidas con el borroso fondo de la noche de estreno. Recuerdo al público, amable y bien dispuesto, riéndose cuando debía reírse, callándose cuando debía callarse, contento de haberse gastado sus cuatro dólares cuarenta o sus diez dólares, por

una localidad. Recuerdo el primer entreacto, cuando cayó el telón entre una tempestad de aplausos, que nos hizo sonreír alegremente mientras corríamos a nuestros camarines. El único que no estaba contento era el viejo Ben Kerry. Meneó la cabeza, en señal de lúgubre sorpresa y murmuró:

—¡La maldita obra tiene por lo visto éxito!—, y Clint Bowers, que nos miraba sonriente desde bastidores, le dio una palmada en la espalda y se echó a reír. Febe Thompson, con la cara manchada y la bata azul al viento, entraba y salía del escenario, evitando el chocar con los muebles que colocaban los tramoyistas y los electricistas.

Una vez, cuando subía corriendo a mi camarín para cambiar de vestido, vi a Alice. Me detuve y le tomé la mano.

—Alice, ¿qué ocurrió? ¿Te pasó algo?

Ella se soltó de un tirón.

—No me pasa nada.

—Pensé que podría ayudarte en algo.

—No puedes. —Las lágrimas asomaban a sus ojos cuando dio media vuelta—. No… lo comprenderías.

Recuerdo vagamente haber subido varias veces para arreglar mi maquillaje y los momentos de tensión que pasé entre bastidores, aguardando para salir a escena. Y al fin nos encontramos todos reunidos en torno a la larga mesa de roble, al final del tercer acto. Ben Kerry levantó su vaso en un brindis y Eve le contestó con su voz cálida y ronca. Bebimos todos, Carol y yo, Philip Ashley, Steve Brown y Eve, y el telón y las risas se confundieron. Los aplausos fueron entusiastas y prolongados; el telón subió y bajó once veces, antes de que se apagaran del todo.

Cuando al fin bajó definitivamente, pensé en Jeff, por primera vez desde hacía varias horas, lo que era un record. Lo vi acercarse, alto y buen mozo, o al menos eso me pareció desde donde yo estaba. Aunque, estuviera donde estuviera, Jeff siempre me parecía buen mozo. Me besó y luego se echó hacia atrás, sonriente.

—Y bien —le dije—, ¿cómo estuve?

—¡Demasiado linda, y demasiado bien! Mañana mismo me abandonarás para irte a Hollywood.

—¡Yo! ¡El cine! Nunca. ¿Te gustó la obra?

—No la vi, sólo te vi a ti.

—¿Verdad que Carol estuvo maravillosa?

—Sí, magnífica.

—¿Qué te pareció Eve?

—Maravillosa, maravillosa. Vamos, querida, ponte tu ropa de paisano, para bajar a tierra.

Me separé de Jeff en el *hall* y lo dejé luchando por hallar un lugar entre la multitud de amigos, admiradores y colegas sin trabajo que se dirigían hacia los camarines. El aire estaba cargado de «Queridas», «Divinos» y «Magníficos», y la modestia que emanaba de los maquillajes era asfixiante.

Eché una mirada a nuestro camarín y le hice a Jeff seña de que guardara su entrada. Carol estaba apoyada contra el tocador, con los brazos colgando inertes a los costados, y la cara que me miraba desde el espejo, sin verme, estaba alterada y, a pesar del maquillaje, extrañamente pálida. Al fin me vio y con mano torpe trató de darse un poco de *cold cream*.

Me senté junto a ella.

—Carol, ¿qué te pasa?

Entonces empezó a colocar febrilmente las cosas en su caja de maquillaje, como si temiera que fuera a pedirle explicaciones por su rápida curación. Pero tenía un aspecto tan desdichado, que no pude hacerlo. Con forzada alegría me dijo:

—Estoy bien, Haila. Muy cansada y nada más. Voy a irme directamente al departamento y a meterme enseguida en la cama.

—Será mejor que te acompañe.

—No, de veras, Haila. Lo único que necesito es dormir y mañana estaré perfectamente bien.

Al parecer hablaba en serio, y yo tenía tantos deseos de irme con Jeff que dejé que se saliera con la suya. Las dos empezamos a arreglarnos la cara. A través del tabique que separaba nuestro

camarín del de Eve se oía el rumor de muchas voces. Afuera, oí que Jeff le decía a alguien, con voz triste:

—Lo siento, pero *miss* Rogers no puede ver a nadie. Un enjambre de avispas le ha picado los ojos.

La voz de Eve se alzó por encima del rumor confuso que reinaba en su camarín. Era una voz viva y suave al mismo tiempo, con el tono que se emplea para reñir a un niño.

—Philip, querido, ¿no crees que ya has representado bastantes comedias por una noche? Estoy segura de que toda esta gente está satisfecha ya.

—Tú te quedaste con toda la obra. —La voz de Ahsley era furiosa y yo me alegré de no poder verle la cara—. ¿Tenías también que robarme mi única escena?

—Querido Philip —rió Eve—, no tengo ni la menor idea de lo que dices. En serio.

Jeff entró en nuestro camarín, sonriendo. Señaló con el pulgar el tabique y se sentó junto a él, para no perder ni una palabra.

—Lo sabes muy bien —decía Ashley—. Te quedaste junto a la mesa, moviendo los cubiertos y los vasos y haciendo ruido con ellos, durante mi escena. ¿Por qué no volcaste la mesa, Eve? Habría sido mucho más efectivo.

—¡Oh, eso! —La voz de Eve era como un encogimiento de hombros—. La culpa la tuvo Tom Neilson, o la Thompson. Durante tu escena yo tenía que quedarme arreglando unas flores, pero ¿dónde estaban? ¿Iba a quedarme como una momia mientras tú largabas tus parrafadas?

—Lo correcto es no hacer ruido cuando otro actor está hablando —dijo ácidamente Ashley—. Es lo que enseñan en las escuelas de arte dramático.

—Philip, querido Philip, un día debes leer la obra. Yo no tengo que demostrar ningún interés, ni escucharte siquiera, mientras tú lanzas tu interminable discurso. Philip nunca lee las obras, sólo su papel. —Los amigos de Eve lanzaron una carcajada, mientras Ashley

decía algo que terminaba en «diablo», y lo puntuaba con un seco portazo.

—Se acabó —dijo tristemente Jeff—. Ganó Eve por K. O. técnico.

Yo tomé mi cartera y mis guantes.

—Vamos, Jeff. Ya he tenido actores de sobra por un día. —En cuanto lo dije me entraron ganas de morderme la lengua, pero Carol no me había oído.

—Haila —dijo—, ¿puedo llevarme tu llave? Creo que debo haberme dejado la mía en la cartera azul.

—Claro. —La saqué de mi monedero y se la tiré—. Déjala en el reborde de la puerta. Jeff y yo llegaremos tarde. ¿De veras que estás bien?

—Sí. Váyanse y que se diviertan.

Después del pesado calor de entre bastidores, el frío de la noche me pareció terrible. Caían unos cuantos copos de nieve.

—¿Qué vamos a hacer, Jeff?

Él se echó a reír, porque todas las noches de estreno hacíamos lo mismo. Nos paseábamos mordiéndonos las uñas hasta que aparecían las críticas, al rayar el día. Si las críticas eran malas, el hombro de Jeff me venía muy bien para llorar, y juntos maldecíamos a los críticos por su incultura y falta de gusto. Si eran buenas, bebíamos una vez más para brindar por ellos, llamándoles caballeros y eruditos. Afortunadamente, yo podía dormir todo el día siguiente; Jeff cargaba con lo peor.

—¿Y cómo vas a trabajar mañana, Jeff?

—Estoy de vacaciones.

—¡Vacaciones! —Aquello no formaba parte de la rutina—. ¿Cuándo fue eso?

—Hoy, al mediodía. «¿Quiere tomarse dos semanas de vacaciones, Troy?»… «Lo que usted quiera, con tal de darle gusto, señor»… «Muy bien, Troy, a ver si vuelve con renovado vigor. Últimamente no ha vendido muchos anuncios, Troy»… «Los negocios son malos en todas partes, señor.»… «Márchese, Troy. Descanse»… «Me iré si quiere, señor, pero no descansaré».

—¡Jeff, vacaciones en noviembre! Te dejas dominar por Leonard y Milligan.

—Nunca. Quizá por Leonard, pero no por Milligan.

Nos dirigíamos hacia Ralph's, donde se reúnen todas las gentes de teatro que no pueden pagarse más que una cerveza y spaghetti, y adonde van de cuando en cuando las estrellas, para demostrar que el teatro es un arte democrático. Es el Sardi de la calle 45, el sello de la igualdad entre los actores.

—Jeff —le dije, esforzándome por hablar como si lo sintiera—, creo que debes marcharte. ¿Por qué no te vas a Florida?

—No he ido nunca a Florida. No quiero romper mi record.

—¿Qué piensas hacer?

—Aún no lo sé. A lo mejor iré al Barrio Chino, para que me laven unas cosas.

Era temprano y el humo de Ralph lo suficientemente claro aun para permitirnos dar con una mesa. Teddy Hart, a quien Jeff tiene por el mejor actor americano, desde que W. C. Fields dejó su carrera para dedicarse al cine, se hallaba en el bar y Jeff sonrió al verle. Jeff pidió un *whisky* con soda, y yo un Cuba Libre sin ron.

—O a lo mejor me caso —dijo Jeff.

—¿Conmigo?

—Ya es hora de que acabemos nuestra amistad. No he estado nunca casado. ¿Conoces en Nueva York a alguien que esté casado? Podía informarnos.

—Mi padre y mi madre estaban casados.

—Y mira lo que les ocurrió. Naciste tú. —Apartó el brazo de alguien que se había apoyado en el respaldo de su silla y se acercó más a mí—. Haila, te amo.

—Yo también te amo, Jeff.

—¡Si pudiéramos ahorrar algún dinero! Queremos casarnos como es debido, ¿no? Queremos tener hijos, ¿no es cierto?

—Sí. Algún que otro niño y bastantes niñas.

—Y una criada, para que tú no tengas que dejar tu carrera, y a mí no me entren ganas de afiliarme a la Y. M. C. A.

—No te dejarían salir las noches de fiesta en la Y.

—Pero eso evitaría que fuera a las salas de billar.

—Jeff, si los críticos se portan bien, voy a ganar dinero durante algún tiempo. «Manzanas Verdes» puede durar en cartel un año.

—No. Ya hemos hablado de eso. Yo tengo que buscar algún medio de ganar más dinero.

—Me casaría contigo —sugerí modestamente—, aunque no ganaras más que cinco dólares cincuenta a la semana.

Pensé que iba a besarme, pero Tommy Neilson lo impidió sentándose en nuestra mesa y dedicándose inmediatamente a emborracharse. Pidió un *whisky* puro, con un vaso de cerveza, y los apuró en hosco silencio. Después de gruñir un saludo se negó a abrir la boca como no fuera para llenarla de líquido.

—Tommy es un gran conversador —le expliqué a Jeff.

—¿De qué se puede hablar? —me preguntó desafiadoramente Tommy.

—De diversas cosas —dijo Jeff.

—La gente habla demasiado.

Tommy llamó al camarero y volvió a pedir lo mismo. Íbamos a escaparnos, cuando Febe Thompson se unió a nuestro alegre grupo y se quedó mirando a Tommy.

—Veo que se está preparando para pasar la noche de juerga.

—¡Oh, no se lo censuro! —le compadecí—. La noche ha sido terrible.

—No se trata de la noche —dijo Tommy.

—¿De qué entonces?

—De la noche, no.

Febe se encogió de hombros.

—No lo sé. Está furioso. Cuando empezamos los ensayos era un cordero que bebía Sherry Flips. Y ahora, mírenlo. —Todos lo miramos.

Tommy se levantó, frunciendo el ceño. Jeff le puso una mano en el hombro y le hizo sentarse de nuevo.

—Ha tenido que trabajar mucho. Tommy está agotado.

—La obra es espantosa. El trabajo me da asco.

Febe le sonrió tolerante.

—¡Qué obra tan desagradable! Va a ser un verdadero éxito.

—Es espantosa. Ojalá no hubiera cometido la tontería de trabajar en ella. Llevo demasiado tiempo en el teatro para no cometer el disparate de mezclarme en alguna de las producciones de Clint Bowers. Todas son espantosas.

El alegre rostro de Febe se ensombreció.

—Las producciones de Clint Bowers son buenas. ¡Está borracho!

—Sí, ya lo sé. Yo estoy borracho y Clint Bowers es un genio. Un genio que no ha producido una obra de éxito en cinco años. Un genio que pone en escena obras malísimas, representadas por una primera actriz marchita y fracasada, un hombre de teatro que…

Febe se volvió contra él.

—¡Basta! No consentiré que lo siga calumniando. Él sabe más de teatro en un minuto que usted en toda su vida. Él… ¡Clint Bowers *es* el teatro!

Tom le replicó con cansancio:

—Déjese de esas cosas, Febe. Estoy cansado. Sí, Bowers es un gran tipo. Pero produce malas obras con malos actores, y las produce mal.

Febe se puso el abrigo y se subió bien el cuello.

—Me marcho a casa. ¡Buenas noches! —Se fue, y su figurita azul se perdió en la niebla azulada del humo de Ralph's.

Me volví a Tommy.

—Debería ser más amable con Febe. Es su primera obra y le ha ayudado mucho.

—¡Oh, está enamorada del teatro! Su primer productor real, de carne y hueso, es tan maravilloso que no puede hacer nada mal. Además, su nombre figuraba en el libro de texto que estudiaba en un curso llamado Historia del Teatro, así que eso le convierte en un dios. Estoy harto de oír hablar de él.

—¿Por qué le tiene tanta antipatía a Bowers?

—No se la tengo. Estoy cansado. No me gusta «Manzanas Verdes». Nunca me gustó. Cuando la leí me pareció una obra espantosa y todavía me lo sigue pareciendo. La producción no la ha mejorado. Una ingenua que pierde la voz la noche del estreno. Una reemplazante que desaparece. Le pelea North-Ashley. Hasta los decorados están pintados mal.

—Me ha fascinado —dijo Jeff parpadeando—. ¿Quién perdió la voz? ¿Quién desapareció? ¿Quién peleaba con quién?

Se lo conté. Mientras hablaba, Tommy siguió con todo interés su carrera de borracho. Una vez me interrumpió para murmurar:

—Sí, háblele de Carol, la muy… —No oí bien el resto, pero no le pedí que lo repitiera.

Jeff aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo y luego lo aplastó bajo el zapato.

—¿Qué habrá pasado?

—No lo sé. Todo es muy extraño. Ni siquiera podía murmurar una palabra cuando me marché para el teatro y, una hora más tarde, estaba completamente bien. Eso no puede ser, Jeff. Pero no me atrevo a preguntarle nada. Tenía tan mal aspecto cuando la dejé esta noche, que no me atreví a hablarle de eso.

—Quizá eran nervios de noche de estreno. ¿No es algo muy corriente?

—¡Nervios! ¡Sí, sí! —Tommy bajó la cabeza y miró con el ceño fruncido su vaso.

—Los actores empiezan a asustarme —dijo Jeff poniéndose en pie—. Salgamos de aquí.

No eran más que las 12:30. Teníamos que matar varias horas antes de que aparecieran los diarios de la mañana. Jeff sugirió lo inevitable, el cine. En la Calle 42 encontramos un programa doble, del que sólo uno de nosotros había visto la mitad.

Jeff me despertó apartando su hombro de debajo de mi cabeza.

—¿Es aquí donde entramos? —le pregunté.

—Mis recuerdos no llegan tan lejos. Vamos afuera y veremos qué tal día hace.

En los puestos de diarios no había aún ningún periódico cuyas críticas podían significar para mí comida, ropas y casa, o una lenta muerte por hambre. Gastamos quince minutos más dando vueltas por la Penn Station. El tiempo no caminaba; se arrastraba lentamente. Finalmente, Jeff me hizo subir a un taxi.

—Así no ahorraremos dinero, Jeff.

—Si mientras vamos en él encontramos algún medio de que yo gane lo suficiente para casarnos, será una buena inversión. Vamos a ver. Podría vender sellos de Navidad.

—La Navidad no es más que una vez al año.

—¿Y «Saturday Evening Posts»? Esos salen cincuenta y dos veces.

—Pero a lo mejor no te daban más que una bicicleta, o unos guantes de *catcher*.

—No vendrían mal los guantes.

—Nos limitaremos a pasearnos —le dije—. Puedes pasarme el brazo por la cintura.

Cuando el contador llegó a los dos dólares, salimos del taxi y tomamos el metro hasta Times Square. Los diarios acababan de salir cuando subíamos las escaleras del Times Building. Los compramos todos y nos los llevamos a un Childs.

Mientras comíamos tortas de manteca y bebíamos el café humeante, los fuimos leyendo; cada uno trataba de leerle en alta voz el suyo al otro, que no le hacía el menor caso. En conjunto la crítica era buena. Burns Mantle le daba cuatro estrellas y Brooks Atkinson le otorgaba una bendición más enfática. Richard Watts preguntaba: «¿Quién dice que el teatro ha muerto?», y nadie le contestaba.

La crítica hablaba bien del diálogo de Greeley Morris y de la dirección de Clint Bowers. Steve, Ashley y el viejo Ben Kerry eran honorablemente mencionados. Hasta había alguna que otra frase amable, dedicada a mí. Pero las orquídeas eran para Carol. Los críticos la aplaudían como un nuevo descubrimiento, y los elogios que le dedicaban aseguraban por sí solos el éxito de la obra.

«Manzanas Verdes» había triunfado y todos habíamos triunfado y todos habíamos contribuido a su triunfo. Es decir, todos menos Eve North. *A pesar de la defectuosa actuación de Miss North*, decía el «Times», y uno de los *tabloides* decía lo siguiente: *La vieja yegua gris no es ya lo que era antes, o sea joven, pero se niega a reconocerlo*. El «Herald Tribune» era cruel en su amabilidad. La única mención que hacía de Eve era una admirativa descripción del vestido que usaba en el segundo acto.

Aquello me impresionó. Sabía, claro está, que Eve no era ya la actriz que había sido en otros tiempos: que cuando su deslumbradora belleza empezó a marchitarse, su talento había ido desapareciendo con ella, pero nunca creí que la fueran a tratar así. Desde hacía cinco años, había ido perdiendo un poco de terreno en cada una de sus obras, pero en «Manzanas Verdes» había llegado por fin al fondo. Cuando se trabajaba con ella y se la veía tan gran señora, por encima de toda crítica y reproche, uno se olvidaba de su modo de actuar. Ella misma estaba tan convencida de su talento que había acabado por hacer lo mismo. Me dio pena Eve North. Me gustaba trabajar con ella, y en otros tiempos había sido realmente una gran actriz.

—Escucha esto —me dijo Jeff—. «*Miss* Haila Rogers es una actriz delicada y encantadora a la vez».

—Tan delicada que ahora mismo me voy derecho a la cama.

Después de reunir los diarios para enseñárselos a Carol, pagamos la cuenta y salimos a la calle. En el cielo oscuro se veían unas estrías rosadas, y las luces y los anuncios luminosos se iban apagando. Pasaban algunos transeúntes apresurados, tratando de evitar las rociadas del camión de riego. Íbamos andando lentamente y cuando llegamos al departamento era de día claro. El timbre del ascensor sonó extrañamente en el edificio silencioso, pero Jinx no apareció.

—Déjalo dormir —dijo Jeff.

—¡Qué corazón tan tierno!

Subimos los seis pisos, descansando en cada descansillo. Luego busqué en el reborde de la puerta la llave que Carol me había

dejado. Mis dedos tropezaron con una superficie lisa. Medio dormida, di vuelta al tirador y la puerta se abrió. Retrocedí hacia Jeff. Un hombre alto y delgado dormía en mi diván.

—Es un ladrón agotado por el trabajo —murmuré—. ¿Crees que debo gritar o puedes encargarte tú de él?

—Grita —dijo Jeff.

El hombre se levantó. Me figuro que no debía estar dormido. Me miró y vi que tenía unos ojos grises muy agradables y una boca de gesto amargo.

—¿*Miss* Haila Rogers? —me preguntó.

—¡Ah… sí! ¿Puedo entrar?

—Entre —me dijo, muy poco graciosamente—, y siéntese. Soy Peterson. De la Brigada de Homicidios.

III

LA MUJER DESCONOCIDA

—¿Cómo está? —le dije amablemente. Y luego me le quedé mirando, boquiabierta—. ¿De qué ha dicho?

—Peterson —repitió él—, de la Brigada de Homicidios. —Y miró a Jeff—. ¿Quién es ése?

—Jeff Troy, un buen amigo mío. ¿Y sería una descortesía preguntarle cómo ha entrado, qué hace aquí y dónde está mi compañera?

—Siéntese. —Con gran sorpresa, vi que me sentaba, sin protestar. Jeff se sentó en el brazo de un sillón. Peterson nos miró tranquilamente—. ¿Usted vive aquí con Carol Blanton?

—Sí. O, mejor dicho, ella vive aquí conmigo. El departamento es mío.

—¿Trabajan las dos en una obra de Clinton Bowers, titulada «Manzanas Verdes» que se estrenó anoche en el Teatro Colony?

—Sí.

—¿Cuánto hace que conoce a *Miss* Blanton?

—Cuatro, no, cinco semanas. Desde el día que empezamos a ensayar «Manzanas Verdes».

—¿Y cuánto hace que vive con usted?

—Cinco semanas.

—¿Desde el mismo día que la conoció? —dijo, echándome una rápida mirada—. ¿Cómo fue eso?

—Porque no tenía otro lugar donde vivir, ni dinero. La invité a vivir conmigo, y aceptó.

—¿Qué sabía entonces de ella?

—Poca cosa. Es una muchacha muy agradable que quiere ser actriz. ¿Por qué? ¿Qué le pasa?

Él siguió adelante.

—¿Sabe algo de su vida privada? ¿De su casa, de su familia? ¿Qué amigos tiene?

—Es de Salt Lake City, no tiene familia, y nunca me ha contado nada más que eso. Y, hasta ahora, no tiene ningún amigo en Nueva York. Conoce a algunos amigos míos, que han venido al departamento y, claro está, a todos los que trabajan en «Manzanas Verdes».

—¿Cuánto tiempo lleva en Nueva York?

—No lo sé exactamente. Creo que unos seis meses.

—¿Seis meses? ¿Y no ha conocido a nadie?

—No es nada raro —le dije—. No cuando se vive en una habitación amueblada y se come en bares lácteos, y se pasan los días recorriendo oficinas teatrales.

—¿Qué sabe de Lee Gray?

Fruncí el ceño.

—Es amigo de ella, ¿no es cierto?

—No lo sé. Si lo es, nunca la oí hablar de él. Nunca lo he visto.

Peterson se acercó a la ventana y se puso a hacer sonar las monedas que llevaba en el bolsillo.

—¿Y no conoce a nadie que tuviera deseos de matarla?

Di un salto, lo pensé mejor y me dejé caer de nuevo en mi sillón.

—¡Matarla! —exclamé. Mi voz era algo tan ahogado, que me sorprendió—. ¿Ha intentado alguien matarla?

Él asintió secamente.

—Y estuvo a punto de salirse con la suya. Anoche se desmayó en el ascensor y cuando llamaron al médico, éste descubrió que le habían dado una buena dosis de veneno. Nos avisó a nosotros y conseguimos llevarla a tiempo a Bellevue. Se salvará de ésta.

Jeff habló por la primera vez.

—¿Qué veneno era?

—Morfina.

—¿Dónde se lo dieron?

—En el teatro, durante el último acto. Hay una escena donde todos brindan. Pues bien, entonces ocurrió. En la Jefatura dicen que la morfina estaba en el vaso en que bebió. Los demás vasos no tenían nada.

Jeff aspiró con fuerza el aire.

—¡Envenenada en escena! ¡Delante de mil personas y todas ellas mirando lo que hacían! ¿Han logrado descubrir de dónde procedía el veneno?

Peterson frunció el ceño.

—¿Descubrir de dónde procedía la morfina? ¡Imposible! Todos los médicos tienen alguna en su consultorio y la llevan en su maletín. En todas las farmacias hay morfina. Se la puede conseguir de mil modos. —Se volvió hacia mí—. Usted no sabrá cómo pusieron la morfina en el vaso de *Miss* Blanton, ¿no es así?

Jeff dijo, antes de que yo pudiera abrir la boca:

—¿Sabe usted cómo la pusieron allí?

Peterson se caló el viejo sombrero.

—Yo no estaba en el escenario. Tendrá que decírmelo alguien que estaba allí —replicó amablemente y salió. La puerta se cerró tras él y el ruido de sus pasos se fue perdiendo escaleras abajo.

Jeff lanzó un largo silbido y yo me dirigí al teléfono y llamé a Bellevue. El estado de *Miss* Carol Blanton, me dijeron, era favorable.

—¿Cuándo puedo verla? ¿Cuándo estará en condición de salir?

Su estado era completamente satisfactorio, me dijeron. Yo colgué, disgustada. De repente, recordé cómo Carol había colgado el receptor cuando nos oyó llegar, la noche anterior; recordé su cara al mirarnos a Tommy y a mí. Estaba pálida y tensa, no por enfermedad o sorpresa, sino pálida de ansiedad y de algo muy cercano al miedo.

Agarré a Jeff por los hombros.

—Jeff, ¡ya sé por qué Carol perdió la voz, por qué iba a renunciar a su primera noche de estreno! ¡Porque tenía miedo de que le ocurriera algo en el teatro!

—Entonces, ¿por qué fue finalmente?

—Me imagino que porque la pillamos telefoneando y sabíamos que estaba bien. Y si se hubiera negado simplemente a trabajar, habría perdido su papel. ¡Si nos lo hubiera dicho!

Jeff frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Si Carol pensaba realmente que iba a ocurrirle algo, que su vida corría peligro en el teatro, me extraña que saliera al encuentro de lo que fuera, perdiera o no el trabajo.

—Pero éste no es un simple trabajo, Jeff. Es el comienzo de una carrera, de una vida nueva para ella. Una vida en el teatro.

—No, si iba a terminar la primera noche.

Me puse a pasear por la habitación.

—Me gustaría saber lo que ocurrió. Las voces no se pierden y se recobran como el que enciende una luz. No se puede croar como una rana y, al minuto siguiente, hablar perfectamente bien. Creo que a Carol no le pasaba nada. Creo que fingió perder la voz para no tener que ir al teatro aquella noche, y poder representar el papel más adelante. Lo hizo muy bien, pero no me extraña. Es una actriz magnífica.

—Me gustaría hablar de eso con Clint Bowers. ¿A qué hora va a su oficina?

—A eso de las once, generalmente —le dije—. ¡Eh!, ¿qué estás haciendo?

Jeff se había quitado la corbata y se estaba desabrochando los zapatos. Puso cuidadosamente la corbata sobre mi cactus y dejó los zapatos sobre mi mesita Windsor. Se tendió en el diván y hundió la cabeza en los almohadones. Yo me aproximé a él, rabiosa.

—¿Quieres decir que te vas a tender ahí tan tranquilo y te vas a dormir mientras Carol está en Bellevue, envenenada? ¡Jeff, alguien trató de matarla! ¿No vamos a hacer nada?

—Hasta las once, no. Entonces iremos a ver a Bowers.

—¿Y hasta las once nos vamos a quedar aquí sentados?

—Tú siéntate si quieres. Yo voy a dormir. —Se echó sobre una oreja y se tapó la otra con un almohadón.

Yo me senté cansadamente ante el escritorio. Traté de pensar en quién podía haber envenenado a Carol y por qué, y en lo que debería hacer. Apoyé la cabeza en la carpeta de cuero rojo y cerré los ojos.

Eran las 10:30 cuando Jeff me sacudió; en la cocina se sentía el delicioso sonido del café que se colaba en la cafetera. Me di una ducha fría, me puse mi traje de *tweed* y me arreglé apresuradamente la cara. Luego, de pie en el estrecho espacio que quedaba entre la cocina y la heladera, tomamos un vaso de jugo de tomate y un café puro y bien cargado que me supo maravillosamente.

Hacía un día claro y frío cuando bajábamos por la Quinta Avenida hacia la Calle 44, camino del Colony. La oficina de Clint Bowers estaba en el tercer piso del teatro. Nos metimos en el pequeño ascensor y subimos.

Bowers se hallaba sentado delante del gran escritorio de caoba, cubierto literalmente de papeles, cartas y fotografías. Apoyaba la cabeza en una mano, tenía el rostro demudado y los rizosos cabellos revueltos, como si se hubiera pasado muchas veces los dedos por ellos. Febe Thompson, que por la mañana hacía las veces de secretaria suya, estaba sentada enfrente de él, con el lápiz levantado sobre unas páginas en las que no había escrito nada. Y paseándose frente a una ventana se hallaba nuestro nuevo amigo, *Mr*. Peterson, que al oírnos entrar levantó la cabeza.

—¡Oh, son ustedes dos! Entren, siéntense.

—Clint —dije yo—, ¿sabe cómo está Carol?

—He estado llamando al hospital. Su estado es…

—Satisfactorio. Ya lo sé. Yo he llamado también.

—Su amiga está bien —dijo Peterson—. El teniente Sullavan acaba de informarme acerca de su estado. Saldrá dentro de poco. Ahora, ¿quieren sentarse?

Lo hicimos, en el borde de las sillas.

Peterson lanzó un largo suspiro.

—Muy bien, volvamos a donde estábamos. *Miss* Thompson, ¿usted dice que era la encargada de esos vasos?

Febe mordisqueó la punta de su lápiz.

—Sí… lo soy. Yo los saco del depósito de accesorios y los coloco en la mesa del escenario. Y luego me encargo de volverlos a su lugar, cuando termina la representación.

—¿Y anoche? ¿Lo hizo así anoche?

—Sí. En cuanto dispusieron el decorado, llevé todas las cosas y puse la mesa, colocando los cubiertos y los vasos. Los limpié bien…

—¿Los limpió? ¿Limpió los vasos?

—Habían estado todo el día en el depósito de accesorios y lo necesitaban. Los fui limpiando conforme los ponía en la mesa.

—¿Y no había entonces nada en los vasos?

—Estoy segura de que no lo había.

—¿Cuándo los limpió?

—Dos… no, tres minutos antes de que se levantara el telón del tercer acto.

Peterson exclamó con satisfacción.

—¡Bueno, eso sí que sitúa claramente el momento del crimen! En los pocos minutos que mediaron entre el momento en que usted limpió los vasos y el instante en que se levantó el telón, alguien puso la morfina en el vaso de Carol Blanton.

—No necesariamente —dijo Jeff.

—¿Qué?

—Podían haberla puesto en cualquier momento, desde que Febe limpió los vasos hasta que Carol bebió.

Peterson le miró furioso.

—¿Quiere decir que uno de los actores pudo ponerla, después de levantado el telón? ¿Mientras se representaba la obra?

—Es una posibilidad.

Peterson sonrió.

—Mejor será que lo intente de nuevo, Troy. —Y se volvió hacia Febe—. ¿Quién estaba en escena, mientras usted preparaba la mesa?

—Pues… pues, nadie.

—¿Nadie? ¿Cómo es posible?

—Los actores tenían que cambiarse de ropa y estaban todos en sus camarines. El decorado estaba colocado ya y los tramoyistas se habían ido al foso para seguir jugando a las cartas. Tommy Neilson estaba arriba… le oí avisar a los actores. Y Amelia, la doncella de Eve North, había entrado en la cocinita para prepararle algo a Eve. No sé dónde estaba el portero… pero desde luego no estaba en el escenario. Ya están todos, ¿no?

—Excepto yo —dijo Clint Bowers.

—¿Y usted, que hacía?

—Había subido al camarín de *Miss* North. En el tercer acto había un pasaje del que quería hablarle.

Peterson miró de nuevo a Febe.

—¿Qué hizo cuando terminó de arreglar la mesa?

—Fui a la cocina. Tenía que hacer el té. Ya sabrá que en vez de vino, usamos en el último acto té coloreado.

—Y el escenario se quedó vacío. Muy convenientemente.

—Sí. —Febe le miró ansiosamente—. ¡*Mr*. Peterson! En esos pocos minutos, antes de que Tommy hiciera bajar a los actores, no había nadie en el escenario. ¿No cree que entonces pudo entrar alguien por la entrada de artistas, poner el veneno en el vaso y marcharse sin que nadie lo viera? Amelia y yo estábamos en la cocina y no nos habríamos dado cuenta.

—Sí, eso pudo haber ocurrido.

—¿Y Nick? —le preguntó Jeff—. ¿No se habría dado cuenta Nick de la presencia de un desconocido, que entraba entre dos actos?

—He hablado con él. No estuvo todo el tiempo en la puerta. Él mismo reconoce que alguien pudo entrar así.

—Y además hay la puerta de la sala —dijo Febe, que llevada de su excitación se había levantado—. ¡Cualquier persona del público

pudo entrar por ella durante el entreacto, sin que nadie lo notara!

—Sí, pudo haber ocurrido —repitió Peterson—. Pero no ocurrió. Nadie entró por esa puerta, ni por la entrada de artistas.

—Pero ¿por qué no?

—La persona que lo hizo no era un extraño.

—¿Quiere decir que algún miembro de la compañía envenenó a Carol entre bastidores? ¡Oh, no, *Mr*. Peterson! —Febe estaba horrorizada—. ¿Quién, iba a hacer eso?

—Alguien —dijo secamente Peterson— que conocía la obra, la escena y el teatro. Tenía que saber lo que iba a hacerse, que iban a poner los vasos en la mesa, y de qué vaso iba a beber Carol Blanton. Eso no parece obra de un extraño, ¿verdad?

Febe tuvo que reconocer su derrota.

—No… no, no lo parece. Entonces… ¿eso significa que alguno de los que trabajan en «Manzanas Verdes» es un asesino en potencia? Eso es lo que quiere decir, ¿no es cierto? Cualquiera de los que estábamos entre bastidores pudimos aprovechar esos tres minutos para poner el veneno en el vaso de Carol. ¡Cualquiera de nosotros!

Los demás nos miramos y un extraño escalofrío de horror me recorrió la espina dorsal.

—Sí —dijo Peterson—. Fue uno de ustedes. —Se volvió hacia Bowers—. A lo mejor usted puede decirme por qué Eve North salió esta mañana de madrugada de la ciudad.

—¡Eve! ¿Salir de la ciudad? —Bowers tomó el teléfono que estaba sobre su escritorio—. Creo que debe estar equivocado.

—No se moleste en llamarla. He estado en su hotel. Dicen que ha salido de la ciudad, que no volverá hasta la noche, a la hora de la función y que no saben dónde está.

—¡Pero Eve es incapaz de irse al día siguiente de un estreno, sin decirme adónde va!

—Eso hace que sea aún más raro. ¿Adónde puede haber ido, *Mr*. Bowers? ¿A Long Island? ¿A Westport? —Miró a Bowers, como esperando una respuesta que el otro no le dio—. *Okay*. Si no vuelve esta noche, tendremos que buscarla.

—*Miss* North volverá esta noche —dijo Bowers—, a tiempo para la función, esté donde esté.

Peterson se quedó mirándonos un momento, en silencio. Luego metió dos dedos en el bolsillo de su chaleco y sacó una hojita de papel amarillo.

—Dígame, *Mr*. Bowers, ¿quién es Lee Gray?

—Ya me lo preguntó antes, y le dije que no tenía la menor idea.

Peterson miró interrogativamente a Febe, que meneó negativamente la cabeza, y luego se volvió a mí.

—¿Le conoce?

—Ya le dije antes que no lo conocía.

Él se golpeó pensativo la palma de la mano con el papel. Yo vi que en él había algo escrito. Miró a Jeff y no dijo nada.

—¿Por qué no se lo pregunta a mi amigo, *Mr*. Troy? —le dije—. Seguramente ese tal Lee Gray es un antiguo amigo suyo.

Jeff me miró con gesto de mal humor.

—Ni siquiera lo conozco de nombre.

—Troy no sabe nada de lo que ocurrió aquí anoche —dijo Peterson—. ¿No es así, Troy?

—No, señor.

—No, no sabe nada. Y eso es lo único que he logrado poner en limpio. Durante el segundo entreacto, Troy estuvo todo el tiempo hablando con la señorita del guardarropa. Me enteré de lo que había hecho, después de verle esta madrugada en su departamento.

Jeff abrió mucho la boca.

—¿Se enteró de mis pasos? ¿Por qué?

—Porque —dijo Peterson— usted me parece un tipo capaz de envenenar a una muchacha.

Jeff se le quedó mirando sin poder hablar, y luego nos miró a los demás. No pudimos menos que echarnos a reír, y la risa nos hizo bien.

Jeff inspeccionó cuidadosamente su cara en el espejo y se frotó la barbilla.

—Es porque me hace falta afeitarme. Siempre parezco un asesino cuando estoy sin afeitarme.

—Peterson —dijo Bowers—, ¿qué es eso de Lee Gray?

El detective alisó el papel que tenía aún en la mano.

—En la cartera de Carol Blanton encontramos esta nota. Dice, «Encuéntrese conmigo en la puerta del Broadhurst, tenemos que vernos después de la función. En una nota no puedo decirle lo que esto significa». Está firmada Lee Gray. La nota puede ser un aviso. Y también puede no serlo. Pero yo creo que lo es.

—¿No sería una buena idea preguntarle a Carol quién es Lee Gray? —dije dulcemente—. Después de todo, la nota se la enviaron a ella.

—Voy a preguntárselo, *Miss* Rogers. En cuanto pueda contestarme.

Todos nos volvimos al oír crujir una puerta. El hombre que se hallaba en el umbral me pareció el más alto que había visto en mi vida, quizá en parte porque era delgado y de cuello largo y llevaba la cabeza tan increíblemente erguida. Tenía cabellos castaños, ojos de pesados párpados, con manchitas parduscas, como el *tweed*, y una boca delgada y desagradable. Oí que Clint Bowers decía:

—*Mr*. Morris, ¿no es así? —y sentí un pequeño escalofrío nervioso, seguido de una profunda decepción.

Así que aquel era nuestro autor. Aquel era el comediógrafo favorito de los ingleses. Sonrió con una cortesía claramente forzada, mientras Bowers nos iba presentando a todos. La sonrisa no le favorecía. Bowers le indicó un sillón y le ofreció la caja de cigarrillos. Morris tomó uno, miró la marca y lo volvió a dejar ostensiblemente.

Sus ojos recorrieron la habitación y se detuvieron en el detective.

—i*Mr*. Peterson! —Aun sentado, daba, no sé por qué, la impresión de dominar con su altura a todos los demás—. *Mr*. Peterson, de la policía. Usted fue el que me destrozó los oídos por teléfono, cuando me llamó esta mañana a las diez.

Peterson asintió.

—Gracias por haber venido.

—Iba a venir de todos modos, sin que usted me lo pidiera. Ahora bien: ¿a quién han envenenado? Quiero decir, aparte del público.

Nos quedamos callados de sorpresa. Febe se volvió vivamente, con los ojos chispeantes de cólera, y lo miró. Al mismo Peterson le paró la colosal grosería de aquel hombre sonriente.

Con una voz completamente tranquila, Bowers dijo:

—Carol Blanton fue envenenada anoche, en escena. Pusieron morfina en su vaso.

—¿Blanton? ¿Quién era?

—La muchachita que hacía el papel de Dina.

Una sombra de algo que tal vez era fastidio pasó por su cara.

—Lo siento mucho, realmente. Era la única que tenía al parecer idea de lo que era la obra.

Peterson no podía aguantar ya más. Se plantó enfrente de Morris y, aunque tenía las dos manos en los bolsillos, pareció que iba a apuntarle con el índice.

—¿Quién es Lee Gray?

Morris encendió un cigarrillo que había sacado de su bolsillo, y sonrió a través de una nube de humo.

—Ya veo. El método directo. La sorpresa. Página diez de «Cómo Atrapar al Culpable». Pues bien, Lee Gray… ¿no es ése el nombre? Lo siento, *Mr*. Peterson, nunca oí hablar de ella.

Oímos que Febe contenía el aliento.

—¡De ella! ¿Dijo de *ella*? ¿Lee Gray es…?

Peterson miraba con curiosidad a Morris.

—Sí. Es una mujer. La letra es claramente femenina. ¿Cómo sabía, *Mr*. Morris, que Lee Gray era una mujer?

Morris estaba molesto.

—Elijo mis pronombres al azar, *Mr*. Peterson. El nombre Lee es un nombre femenino, muy vulgar en Inglaterra. Tan vulgar, que no creo conocer a nadie que se llame así.

—¿Es ésta su primera visita a América?

—¿Hay personas que vienen aquí dos veces?

Por el modo como le miró el detective, comprendí que no le iba a invitar a comer con él el domingo por la noche. Las dagas de los dos habían comenzado a cruzarse.

—Me gustaría que se quedara en Nueva York hasta que hubiéramos aclarado este asunto, Morris.

—Lo siento. Tengo otros planes.

—¿Qué otros planes?

Bowers se interpuso entre los dos.

—Seguramente, *Mr*. Peterson, usted no creerá que *Mr*. Morris tiene ninguna relación con lo ocurrido aquí anoche, ¿no? Llegó a Nueva York ayer por la tarde.

—Tuvo tiempo de sobra.

—No tenía absolutamente nada que ver con la producción. Hasta anoche nunca había visto a *Miss* Blanton, ni a las demás personas que intervienen en «Manzanas Verdes».

—Le aseguro —le dijo Morris sonriente— que si hubiera conocido a alguno de ellos, el reparto de mi obra habría sido muy distinto. ¿Sospecha que yo envenené a *Miss* Blanton?

Bowers le interrumpió inmediatamente.

—Claro que no, *Mr*. Morris. Es simplemente… una precaución rutinaria de la policía. *Mr*. Peterson ha establecido ya que el envenenamiento fue obra de… un miembro de nuestra compañía, y no de un extraño. ¿No es así, *Mr*. Peterson?

Peterson asintió.

—Así es. —Y sonrió con complacencia a nuestro autor—. Pero como *Mr*. Morris no es un extraño, lo incluyo también a él. Conoce la obra tan bien como cualquier miembro de la compañía. Pudo haber estado entre bastidores durante el entreacto. Lo siento, *Mr*. Morris, pero en este momento sospecho de usted tanto como de los demás.

Aquello parecía divertir a Morris.

—De veras, oficial, a mí no me interesa más que el teatro… y el envenenar solamente a una ingenua no beneficiaría gran cosa al teatro americano.

—Aparentemente, no le gustó nuestra producción —dijo Clint Bowers. Su disgusto se le notaba claramente en la cara y en el tono de su voz—. Pues tuvo bastantes buenas críticas.

—¡Y *Mr*. Bowers mereció grandes elogios por su dirección! —intervino lealmente Febe, a quien le temblaban las comisuras de los labios.

—¡Oh! ¿La dirigieron?

El odio brilló en los ojos de Febe y su rostro se puso pálido. El lápiz con que estaba jugueteando se rompió con un ruido seco, en medio del silencio de la habitación.

—Dígame, Bowers —prosiguió Morris—. Esa tal Eve North. ¿Por qué trabaja? ¿Es su madre?

Todo Nueva York se había estado haciendo esa pregunta, pero sin emplear la palabra «madre». Yo no me atreví a mirar a Bowers. Cuando habló al fin, su voz era tranquila.

—Los críticos han sido muy injustos con Eve. Ella mantuvo viva la representación, sin querer lucirse a costa de los demás. Si en algunos momentos parecía deslucida era porque quería que los otros resultaran mejor. Eve North es la actriz menos egoísta que he conocido.

Morris se encogió de hombros.

—Bueno, espero que tendrán éxito. Después de todo, la obra es mía, aunque casi no la reconocí.

—Trataremos de hacerlo mejor esta noche —dije amargamente.

—Háganlo, por favor. Pero no por mí. Yo me marcho para Hollywood en el avión de las cinco. Me han ofrecido más dinero del que yo creía que existía, y aunque estoy seguro de que me parecerá espantoso, estoy deseando ir.

—Pues tendrá que quedarse en la ciudad. —Peterson hablaba como los policías brutos que aparecen en las comedias cómicas, pero su aspecto era muy distinto—. Me hará ese favor, *Mr*. Morris, y así no me veré obligado a hacer que se quede por la fuerza.

Morris le miró, con los ojos semicerrados.

—Muy bien. Pero me niego en absoluto a someterme a otra representación de «Manzanas Verdes».

—No tiene que someterse a nada, como no sea Nueva York. —El policía se echó hacia atrás el sombrero y abrió la puerta. Enfrente de él había aparecido una muchachita muy pálida, con un traje azul marino y un sombrerito levantado.

Nos la quedamos mirando, como si hubiéramos visto un fantasma. Ella se agarró a la puerta y recorrió con la mirada la habitación. Por un momento, pensamos que iba a dar media vuelta y a desaparecer, tan silenciosamente como había venido.

Pero inmediatamente, Bowers arrastró un sillón hacia ella y Jeff le ofreció un vaso de agua, mientras Febe iba de un lado a otro sin saber qué hacer. La presentaron apresuradamente a Greeley Morris, y todo el mundo se puso a hacer preguntas que nadie trataba de contestar.

—Abajo hay un taxi esperando —dijo Carol—. Yo no llevaba dinero.

Jeff se hizo cargo de la situación.

—Que espere. Díganos por qué anda por las calles de ese modo. ¿Cuándo salió del hospital? ¿Por qué no está en cama?

Carol le sonrió. Debajo de los ojos tenía unas profundas ojeras violáceas.

—Estoy bien, Jeff. Y me dejaron salir del hospital; no me escapé. Ni tampoco andaba por las calles. Vine para decirle a *Mr*. Bowers que podía trabajar esta noche.

—No va a trabajar esta noche —dijo secamente Bowers.

—¡Pero si estoy bien, de veras que lo estoy! Un poco débil y… como cansada. Pero esta noche estaré bien.

—¡No se trata de eso, Carol! —exclamé—. ¡Alguien intentó matarte, alguien de la compañía! Y esta noche, pueden… —Me detuve y me entraron deseos de morderme la estúpida lengua.

Los labios de Carol temblaban y le costó mucho trabajo que las comisuras se alzaran en una sonrisa. Pero al fin lo consiguió.

—Ya lo sé, Haila. Me lo dijeron en el hospital… que habían puesto veneno en el vaso y cómo lo habían hecho. Y… todavía me niego a creerlo. No hay nadie en el mundo que… quiera hacerme una cosa así. —Me pareció pequeña y asustada, pero, a la vez, valiente. Aspiró con ansia el aire—. Pero aunque alguien hubiera querido matarme, tengo que trabajar. Tengo que hacerlo, ¿no lo comprenden? Si no trabajo hoy, tendré miedo de trabajar mañana. Es como… el subir a un avión después de haber tenido un accidente. Tengo que hacerlo. No puedo pasarme el resto de mi vida encerrada en el departamento de Haila, espantándome cada vez que toquen el timbre o el ascensor se detenga en el piso. Lo he estado pensando toda la mañana y sé que tengo que trabajar esta noche.

Bowers fruncía el ceño, con la vista fija en el lápiz que tenía en la mano. Nunca pensé que Carol fuera así. Si hubieran puesto el veneno en mi vaso, no habría habido en la tierra un poder capaz de arrancarme de mi dormitorio, después de que me hubiera encerrado en él.

—Más vale que la dejen. —El que hablaba era Peterson. No se había movido desde que Carol apareció, y yo me había olvidado de que estaba allí—. Creo que tiene razón —dijo—. En el teatro no puede ocurrirle nada. Está allí más segura que en ninguna otra parte. Yo estaré allí. —En su tono no había ninguna jactancia, sino una simple seguridad que nos convenció de que su presencia bastaba para arreglarlo todo.

—Muy bien —dijo lentamente Bowers.

Carol se levantó y se pasó una mano por los ojos.

—Llegaré a tiempo al teatro.

—Yo te acompaño a casa —le dije.

Peterson nos detuvo junto a la puerta.

—Un segundo, *Miss* Blanton. —Y yo comprendí que iba a cantar de nuevo su canción favorita—. ¿Quién es Lee Gray?

Carol miró al detective y luego a todos los demás. Peterson aguardaba tranquilamente. Al fin, ella dijo, en voz tan baja que casi no se le oía.

—No lo sé.

Peterson tenía de nuevo la nota entre los dedos.

—Encontraron esto en su cartera. Es de alguien llamado Lee Gray. —Carol le miró, sin moverse—. Se la entregaron ayer en el teatro, ¿no?

—No —dijo ella lentamente—. No me la entregaron. Cuando entré en mi camarín, para cambiarme para el segundo acto, estaba allí. Apoyada contra el espejo. La metí en mi cartera. Pero no vi a la mujer.

Yo contuve el aliento.

—¿Sabías… que era una mujer?

Ella me miró, sorprendida.

—Sí, claro que sí. La letra es de muchacha. Pero no sé quién es.

—¿No se reunió con ella frente al Broadhurst, después de la función? —le preguntó Peterson.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no había nadie allí.

Él le puso la nota debajo de los ojos.

—¿No reconoce esta letra? ¿No la ha visto nunca antes?

—No. Nunca.

Peterson tenía el aspecto muy serio.

—Mire, jovencita. Esta Lee Gray sabía algo y quería decírselo a usted. Quizá sabía que su vida corría peligro. No sé por qué no la estaba esperando como dijo, a no ser que alguien que también la conocía la detuviera. Su vida sigue aún en peligro. Pero si pudiéramos encontrar a esa tal Lee Gray, podría tal vez solucionarse todo y usted no tendría ya nada que temer. Piense bien, *Miss* Blanton. Es muy importante. Puede salvarle la vida. ¿No tiene ni la menor idea de quién es Lee Gray?

Carol le miró serenamente.

—No —dijo al fin, lenta y distintamente—. Nunca oí ni hablar de ella.

IV

JEFF TROY, DETECTIVE

Metí el brazo de Carol debajo del mío y las dos subimos al taxi. Carol lanzó un suspiro de cansancio y cerró los ojos. Me bastó dirigirle una sola mirada, para contener todas las preguntas que se agolpaban a mis labios.

Una señal luminosa nos detuvo en la esquina de Broadway y la Calle 44. En la acera, un muchacho que no conocíamos, pero que sin duda era también actor, dio un codazo a su compañero y le señaló a Carol, que seguía con los ojos cerrados. En un momento, como suele ocurrir tantas veces en Nueva York, se formó en la acera un grupo que miraba el auto. Yo me incliné hacia adelante, tratando de proteger a Carol, de evitar que se diera cuenta de lo que pasaba, pero cuando el taxi se puso en marcha de nuevo, ella se irguió en el asiento y vio a los curiosos.

—¿Qué miran?

—Nada, querida.

—¡Oh, ya me doy cuenta! Una representación en Nueva York y ya soy famosa. Pero no es ésta la fama con que yo soñaba. Quería que mi foto apareciera en la página teatral, no en primera plana.

—¿Así que has visto los diarios?

—Sólo los que había en un puesto. —Y se echó de nuevo hacia atrás.

—Pero, Carol, también se ocupan de ti en la página teatral. Hablaban de ti, no de Eve ni de la obra.

—Ahora ya no me importa tanto.

—Carol, ¿quieres hablar de lo ocurrido?

Ella me dijo con voz cansada y opaca:

—Me es igual.

—Entonces… ¿quién crees que puede haberlo hecho, Carol?

—Haila, no lo sé —me replicó meneando la cabeza—. *Mr*. Peterson dice que es alguien de la compañía, alguien que conocía la obra. Yo he estado tratando de pensar… he ido separándolos a todos, uno por uno, tratando de recordar todas las cosas que nos hemos dicho. Pero no encuentro uno que me odiara lo suficiente para matarme, ni siquiera que me odiara. ¡Todos han sido tan buenos conmigo, desde *Mr*. Bowers a… Nick, el portero! Yo creí… bueno, que todos me apreciaban. —La expresión de perplejidad de mi rostro le hizo exclamar—. ¡Haila, no me crees!

—Sí, te creo. Claro que te creo. Pero… —Y se lo solté francamente—. Tú sabías que iba a ocurrir algo, ¿no es cierto? Tenías miedo de ir anoche al teatro…

El asombro se reflejó en sus hermosos ojos azules.

—¿Miedo?

—¿No tenías miedo de algo? ¿No es por eso por lo que…?

—Sigue, Haila, por favor.

—Carol, cuando me dijeron que te habían envenenado, pensé que habías fingido que perdías la voz para no tener que ir al teatro. No te lo censuro, querida, ¡lo que creo es que no debías haber ido de ningún modo!

Vi que su perplejidad cedía el paso a la comprensión. Apartó el rostro de mí y lo apoyó contra la ventanilla.

—¡Ya…! —dijo, poniéndome la mano en el brazo—. Haila, no era eso. Te ruego que me creas. Perdí mi voz y la recobré. Te parecerá extraño, pero eso fue lo que ocurrió. Media hora después de que te fueras, la recobré, eso es todo. Me vestí apresuradamente, para llegar a tiempo. En aquel momento comprendí que debía llamar al teatro para avisarles… y entonces fue cuando Tommy y tú llegasteis. Me imagino que nadie me creerá.

—Yo sí, Carol. No lo entendía. Esperaba… tener razón. No sería tan misterioso y tan terrible si tú supieras quién podía querer… Carol, ¿no hay en la compañía alguien que conozcas de antes?

—Nunca había visto a ninguno hasta que empezaron los ensayos.

—Y no sabes si alguno…

—No. No lo sé.

El taxi entró en la Calle 54, a la altura de Lexington Avenue. Yo miré el contador y busqué a tientas mi monedero.

—Carol, tiene que haber una respuesta de esto. Piénsalo bien; tiene que haber alguien que…

Ella me detuvo.

—Lo he intentado una y mil veces y siempre termino igual. No sé quién puede querer matarme, ni por qué. ¡Por favor, Haila, no hablemos más de ello!

El contador del taxi, que estaba andando desde que Carol salió del hospital, marcaba ahora más de cuatro dólares, pero afortunadamente yo llevaba el dinero justo. Carol se apoyó pesadamente en mí, mientras nos dirigíamos al ascensor. Menos mal que estaba en él el ascensorista diurno y no Jinx, la interrogación humana. Abrí la puerta y Carol casi se cayó en el sillón más cercano. Yo insistí en que debía descansar, si quería trabajar aquella noche.

—Estoy bien, Haila, de veras que lo estoy. —Se esforzaba por aparentar que estaba en condición de hacer cualquier cosa, pero fracasó en su esfuerzo.

Al fin la llevé al dormitorio, la obligué a acostarse, abrí la ventana y bajé las persianas.

—¿Querrías tomar algo? ¿Una taza de té?

—No, gracias, Haila. Eres muy buena. Lo único que quiero es dormir y olvidarme de la bomba que me metieron en el estómago.

Estaba ya casi dormida. Después de taparla, salí en puntillas al *living*. Me paseé al azar, apagué y encendí la radio, me puse a hacer solitarios, que dejaba sin terminar y, cada sesenta segundos, me acercaba a la ventana para ver si venía Jeff. Sabía muy bien lo que me pasaba, y al fin lo reconocí. Tenía miedo.

Ahora todo estaba bien, era de día y me encontraba en mi departamento, a seis pisos de distancia de la calle y encerrada con llave. Lo que me asustaba era la noche: Carol y yo iríamos al Teatro Colony y pasaríamos allí varias horas con un asesino. Iríamos quizá a su camarín, para hablar del crimen. Representaríamos una escena con él, o lo detendríamos entre bastidores para pedirle un cigarrillo. Nos lo encontraríamos en aquellas escaleras largas y oscuras. A él… o a ella. Y todos tendríamos miedo los unos de los otros, nos vigilaríamos los unos a los otros, y aguardaríamos ansiosamente a ver qué le ocurría a Carol Blanton.

Carol, decidí, estaba hecha de una fibra más fuerte que la mía. Si alguien hubiera puesto morfina en mi vaso, ni con caballos salvajes habrían conseguido arrastrarme aquella noche las diez manzanas que nos separaban del teatro. Inmediatamente habría empezado a hacer mi equipaje para irme al convento de monjas más cercano.

Eran casi las cinco de la tarde cuando Jeff llamó a la puerta con su llamada particular. Cuando entró, parecía un gato que acaba de comerse una docena de canarios. Con tostadas. Su sonrisa le llegaba de oreja a oreja y sólo verla me puso furiosa.

—¿Dónde has estado? ¿Viendo alguna película mientras yo estaba aquí, petrificada de terror?

—¿Cómo está Carol?

—Está durmiendo, gracias a Dios.

—Magnífico. Bueno, querida, he encontrado un modo de pasar mis vacaciones.

—Me parece muy bien. Mándanos una postal a Carol y a mí. Dirígela a la morgue.

—¿Alguien ha tratado también de asesinarte a ti, Haila? —Pero no parecía en absoluto preocupado.

Yo le hice quitar los pies de la mesita de café.

—Tú estás haciendo lo posible porque me muera.

—Niña, voy a solucionar el Caso del Intento de Asesinato del Teatro Colony. Voy a encargarme de que no os pase nada malo a

Carol ni a ti. Ni a nadie. De ese modo tan abnegado pienso pasar mis vacaciones.

—¿Qué es lo que estás farfullando?

—Soy un detective. Puedes llamarme siete-siete-dos-nueve. Regent siete-siete-dos-nueve. Bowers me ha contratado.

—¿Qué, querido?

—Bowers me ha contratado como detective particular.

—¿Por qué?

—Porque «Manzanas Verdes» le va a hacer ganar a Bowers una buena cantidad de dinero, si alguien que no conocemos deja de atentar contra la vida de su ingenua. El asesinato que acecha entre bastidores no es lo mejor para llegar a las cien representaciones. Y Bowers no quiere reemplazar a Carol, porque sabe muy bien que el éxito no depende de la obra, ni de Eve North, sino de Carol. Y de ti, querida, de ti.

—¡Ah… ja!

—Más aún, a Bowers no le gusta ver cómo asesinan a sangre fría a sus conocidos.

—¡Shh! ¡A lo mejor Carol no está dormida!

Jeff bajó cortésmente la voz.

—Así que ha aceptado mi ofrecimiento. Hemos hecho un convenio de caballeros. Si aclaro el asunto, él me recompensará el trabajo.

—¿No le convenciste para que firmara un contrato?

—Dije que era un convenio de caballeros.

—Los caballeros convienen siempre sobre el papel.

—Veo que eres cínica, Haila, muy cínica.

—Bueno, si la policía no puede solucionar esto…

—La policía no se interesa mucho por un intento de asesinato. Tienen demasiados crímenes en serio de qué preocuparse.

—¿Qué hace Peterson?

—No es el único caso en que está trabajando. Y yo le prometí a Clint que me dedicaría por completo a él.

—¡Tú, un detective! Eso es ridículo. El que decidas ser detective no te convierte en detective. Me figuro que si tomaras un saxofón sabrías tocarlo.

—No podría hacerlo, si no lo tomara. De todos modos, lo sé tocar. Lo tocaba antes de conocerte.

—Muy bien, un xilofón.

—A los xilofones no se los toma, se los toca mientras están acostados. Se ve que no entiendes nada de música.

—¡Y tú sabes muy bien lo que es un detective! Aceptar el dinero de un hombre…

—No me pagará hasta que… solucione el caso.

—Hablas como un detective, y eso es algo que no hacen nunca los buenos detectives.

—¿Por qué estás enfadada conmigo?

—No lo estoy. Estoy simplemente nerviosa. La pobre Carol y… bueno, quizá sea una egoísta, pero Carol y yo vivimos juntas; nos enjuagamos la boca en el mismo vaso.

—Mi interés por esto no es puramente financiero, aunque si tengo éxito tal vez signifique que puedo casarme contigo. No quiero que le ocurra nada a Carol. Ni a ti.

—Ya lo sé, Jeff. Ojalá puedas hacer algo.

—Ya lo he hecho. Tenía mis ideas sobre el caso, antes de hablar con Bowers. Dime, ¿te ha contado algo Carol?

—Sólo que no sabe quién fue, por qué lo hizo y todo lo demás. Mi teoría, la de que tenía miedo de ir anoche al teatro y fingió la enfermedad porque sabía lo que iba a pasarle, se deshizo en pedazos. Dice que perdió realmente la voz y que la recobró realmente, y que iba a llamar a Tommy cuando llegamos los dos.

—Sí, ya lo verifiqué. Febe dice que el teléfono sonó a eso de las ocho y media, y que alguien pidió hablar con Tommy y luego colgó. Febe dice que era Carol.

—Bueno, ya está eso en claro. Y tú, ¿qué sabes?

—No gran cosa. Pero voy a enterarme de muchas. Como, por ejemplo, ¿quién diablos es esa Lee Gray?

—No tienes mala tarea. ¿Y qué más?

—¿Por qué el asunto éste fastidia tanto al gran Greeley Morris? ¿Y por qué sabía que Lee Gray era una mujer?

Yo meneé la cabeza.

—No creo que haya nada en eso. Está fastidiado porque es uno de esos hombres que siempre lo están y llamó «ella» a Lee Gray porque fue el primer sexo que le pasó por la cabeza.

—A mí no me pareció una persona que dice lo «primero» que le pasa por la cabeza. Dice lo «mejor».

—¡Es un estúpido!

—A mí me resulta simpático.

—Muy bien, que te lo sea. ¿Qué más?

—Quiero saber por qué Alice McDonald se marchó anoche tan apresuradamente, en cuanto se enteró de que Carol no iba a trabajar.

—Quieres decir, en cuanto se enteró de que iba a representar el papel de Carol.

—Como lo digo yo es más significativo. Pero, como tú quieras. Otra cosa, ¿dónde está hoy Eve North?

—Creo que lo sé, Jeff.

—Si lo sabes, puedes ser mi ayudante. ¿Dónde?

—En su departamento —dije con aire de complacencia—. Se lo podría haber dicho a Peterson, si no me lo hubiera preguntado en la oficina de Clint. Porque, ¿dónde estarías tú si fueras Eve North, después de haber leído los diarios de la mañana y ver cómo todos los críticos de la ciudad se encarnizaban despiadadamente contigo? ¿Que todos los que trabajaban en la obra recibían elogios, menos tú? Te habrías encerrado en tu departamento y le habrías dado a la doncella orden de que le dijera a todo el mundo que no estabas en casa. Estarías disgustada, llorando, o paseándote de un extremo a otro de la habitación y maldiciendo a los críticos y mandándolos al diablo. Y eso es lo que está haciendo Eve North.

—Pero no hay nada de eso. He estado en su casa. En el Alexandria. Es un hotel residencial. El portero me dijo que había

salido.

—Claro está, habrá dado órdenes de que…

—¡Aguarda! Le escribí una nota y el tipo la puso en su casillero y entonces pude ver que había allí un telegrama. Los telegramas no se dejan en los casilleros. Si es posible, se entregan.

—Sí —dije, vacilante.

—Tampoco me satisfizo eso. Empleé la mentira. Algo muy degradante para un detective. Le dije al empleado: «Veo que la tía Eve no recibió mi telegrama».

—¡La tía Eve! Le encantará saberlo.

—El empleado levantó las cejas. Muchísimo. «¿Es su sobrino?», me preguntó cortésmente. «Sí», le repliqué. «Por eso la llamo tía Eve». El empleado bajó las cejas. «He venido de muy lejos», proseguí, «y no he comido ni bebido nada porque deseaba antes que todo ver a mi tía Eve. Es la hermana de mi padre». Al oír esto, el empleado no pudo más. «¿Y cómo está su padre?», me preguntó.

—Jeff, deja de divertirte a costa mía. Recuerda que estás tratando de salvarle la vida a Carol.

—Pues bien, el empleado se tragó mi mentira y me dijo que Eve y su doncella se habían ido por la mañana temprano. La doncella llevaba una maleta pequeña.

—Pero eso no significa necesariamente que salió de la ciudad.

—No, pudo haber ido al Zoo de Bronx y la maleta podía ir llena de maní, pero yo le pregunté al portero y él recordaba que la doncella de Eve le había dicho al chófer que las llevara a la Estación de Pennsylvania.

—Aun así, eso puede no significar nada.

—Claro, a lo mejor tiene un hijo natural que se educa en Princeton. Eso es algo de lo que yo me avergonzaría.

—No seas tan melodramático.

—Cuando una actriz se levanta en las primeras horas de la mañana, después de una noche de estreno, y se marcha de la ciudad, eso significa algo. El que una actriz se levante temprano me hace entrar en sospechas. Despierta mi curiosidad.

—Puedes preguntárselo esta noche, en el teatro.

—Si está allí esta noche.

El teléfono sonó fuertemente junto a mi codo y yo me sobresalté. Aquel asunto podía más que yo. Era Philip Ashley: acababa de enterarse del envenenamiento y su voz británica sonaba inquieta. Yo repliqué fríamente a sus solícitas preguntas, recordando que debía mantener una digna reserva, mientras él no me presentara excusas por su pueril grosería de la noche anterior.

Entonces recordé algo. Me excusé rápidamente con Philip y colgué.

—Jeff, ¿cómo es la morfina?

—Un polvo blanco.

—¿Podría estar en forma de tabletas?

—Sí.

—¿Cómo las de aspirina?

—¡Oh! Philip Ashley y su aspirina.

—¡Sí! ¿Por qué se puso tan furioso conmigo si se trataba simplemente de una aspirina?

—¿Porque no lo era? ¿Porque era morfina? No. —Jeff sonrió con tolerancia—. No creo que nuestro hombre dejara su morfina en un lugar donde pudieras encontrarla.

—Pero no se habría puesto tan enfurecido si…

—Dime quién es Ashley.

Yo no sabía gran cosa de él. Era uno de esos actores ingleses que vienen a Nueva York con una compañía de Londres, consiguen un contrato aquí, otro allí, y finalmente se quedan, abandonando gustosos la escena británica por los tentadores salarios americanos. Era un actor bueno, seguro y sin interés, y me figuro que las grandes estrellas tenían simpatía por él, porque no les robaba nunca la atención del público. Philip Ashley era incapaz de robarle una escena a un montón de nieve. Le había conocido varias temporadas atrás y desde entonces éramos amigos. El año anterior lo había pasado en Chicago, representando obras clásicas. Bowers le había

rescatado de ellas, para darle el primer papel masculino en «Manzanas Verdes».

—Hum —dijo Jeff cuando terminé—. Ha estado todo el año en Chicago. Carol lleva seis meses en Nueva York. No podían haberse conocido aquí, antes de los ensayos de «Manzanas Verdes».

—En contra de la opinión local, no creo que Nueva York sea la única ciudad del mundo.

—Carol nació y vivió en Salt Lake City. Philip Ashley es inglés. No encuentro muchas posibilidades de relación entre los dos.

Me di cuenta de que estaba derrotada.

—Entonces, ¿cómo explicas su conducta por la tableta de aspirina?

—Probablemente se debía a una mala digestión. Carol y Ashley, ¿han sido especialmente amigos durante los ensayos, o viceversa?

—Amigos, sí, pero no especialmente. Solían jugar al rummy durante los descansos de los ensayos. Jeff, esto es demasiado para mí. Alguien trató de matar a Carol, pero nadie la conocía hasta hace cinco semanas y nadie es realmente amigo suyo.

—El asesinato no es como el amor. No ocurre a primera vista.

—Entonces, el motivo está tan oculto que ni la misma Carol lo conoce.

Un apagado gemido de terror llegó hasta nosotros desde el dormitorio. Jeff abrió la puerta de par en par. Por encima de su hombro pude ver que Carol dormía aún, retorciéndose nerviosamente, tapándose los ojos con un brazo. Suspiró profundamente y luego siguió durmiendo con la respiración regular de un niño.

—Malos sueños —dije yo.

Jeff cerró la puerta sin hacer ruido.

—Me gustaría que hablara en ellos y nos dijera quién es Lee Gray.

—¡Pero, Jeff, si no lo sabe!

—A lo mejor, su subconsciente sí.

V

BAJO LA CAPA NEGRA

Al caer la tarde, el día se oscureció, con la oscuridad rápida y antinatural de una tormenta. A las cinco, comenzó a caer la nieve. Carol se sentó en el banco que había al pie de la ventana, y apretando el rostro contra los cristales se quedó viendo cómo caía.

Yo encendí todas las luces e hice un fuego de carbón en mi diminuta chimenea. En la cocina, mientras preparaba la comida con todos los restos que pude encontrar en la heladera, me puse a cantar en voz alta y decidida. Carol colocó una mesita cerca del fuego y nos sentamos a ella y nos esforzamos valientemente por comer. La luz alegre, cálida y amarilla de las lámparas, y el chisporrotear del fuego, aumentaban aún el horror de las horas que nos aguardaban.

Fuimos a pie al teatro. Carol fue quien lo propuso. Yo pensé que trataba desesperadamente de posponer su llegada a un lugar donde la noche anterior había estado tan cerca de la muerte. La nieve nos daba en la cara, blanca y seca. Los edificios resultaban extraños y poco familiares, vistos a través de ella, con sus contornos vagamente temblorosos.

Peterson, y un hombretón de rostro redondo y grueso, se hallaban junto a la puerta del escenario, hablando con Nick. Los oímos mientras nos deteníamos para sacudirnos la nieve de los sombreros y los abrigos.

—Nadie —dijo Peterson, y su voz era aún más severa y autoritaria que nunca—, nadie puede entrar por esta puerta esta noche, como no sean los miembros de la compañía.

Nick sacudió las cenizas de su pipa.

—No puede entrar nadie —asintió.

—Y nadie puede salir hasta que termine la función, y, entonces, no podrán salir hasta que yo lo diga.

—No puede salir nadie.

Había algo en la voz de Nick que hizo que el policía lo mirara vivamente. No era desprecio, Nick era demasiado dócil para eso, pero sí una especie de desdén mal oculto. Nick llevaba treinta años guardando puertas de teatros. Llamaba a los productores por su nombre de pila, las numerosas primeras actrices del teatro eran todas «querida» para él, y su respeto por las personas que no pertenecían a la profesión era muy escaso.

Sentía que Peterson nos seguía con la mirada, mientras atravesábamos el escenario. Yo pensé. *No es el mismo teatro de anoche. Es un lugar en el que hemos entrado por error*. La noche anterior el teatro era un sitio agradable e interesante; ahora me pareció frío y lúgubre, lleno de sombras y sonidos desconocidos. Un tramoyista miró curiosamente a Carol y luego apartó rápidamente los ojos, como si le hubieran pillado mirando a un inválido. Ella lo vio y su mano estaba fría cuando buscó la mía.

Jeff estaba tranquilamente sentado en una de las sillas de nuestro camarín, con los pies apoyados en otra. Parecía holgazán y poco útil, pero infinitamente consolador.

—Es Nero Wolfe[1], —dije yo—. *Miss* Blanton, Nero Wolfe.

—Siéntense, muchachas —y se acomodó aún más a gusto en las dos sillas.

Yo colgué mi abrigo de una percha y puse encima de él mi mojado sombrero.

—Jeff, ¿la has visto? Me refiero a Eve.

—Todavía no ha venido.

—Entonces, ¿no sabes nada más?

—¿Qué crees que he estado haciendo toda la tarde? He estado ayudando a la policía. Y hemos descubierto algunos detalles muy interesantes acerca de la misteriosa *Miss* Lee Gray.

Carol lo miró con ansiedad.

—¿Sabe quién es?

—Jeff, ¿la has encontrado? ¡Dínoslo!

—No sé si puedo confiar en vosotras.

—¡Jeff, déjate de esas cosas! No diré ni una palabra a nadie.

—Bueno —bajó la voz y miró en torno suyo—, no eres tú.

—¡Muy interesante! ¿Esto es todo?

—No. Tampoco es Eve North ni Alice McDonald. Ni Febe Thompson. Pensaron que la nota podía haber sido escrita por alguna de las mujeres de la compañía, que la firmó con un nombre falso. Pero la letra de Lee Gray no se parece a la de ninguna de ellas.

—¿Así que Lee Gray no es una de nosotras?

—Aparentemente, no.

—¡Magnífico! Vas progresando mucho. Ahora, quítate de esas sillas. Carol y yo tenemos que trabajar en la función.

Jeff obedeció y se quedó en un rincón, mientras nosotras nos maquillábamos. Yo miré a Carol en el espejo. Le temblaban un poco las manos mientras se ponía el colorete y la sombra azul en los ojos, y se pintaba las pestañas con rímel, pero mucho antes de que nos llamaran estaba ya lista, con las manos cruzadas sobre el regazo. Excepto por la pequeña línea tensa que había en torno a su boca, parecía simplemente una linda ingenua, cuya única preocupación es no olvidarse de su papel.

Peterson abrió la puerta.

—¿Se siente bien, *Miss* Blanton?

Ella asintió brevemente con la cabeza y le sonrió.

—Muy bien —dijo él—. No se preocupe. Esta noche todo saldrá bien. Nick tiene órdenes de no dejar entrar ni salir a nadie, y el teniente Sullavan vigila la puerta de entrada y se ocupa de la sala. Yo estaré cerca de usted todo el tiempo.

—Yo también, Carol —dijo Jeff—. Lo único que tiene que hacer si quiere tocarme es extender la mano.

Peterson sonrió con buen humor.

—Sí, Troy va a jugar también al detective. Por mí, puede hacerlo. Pero dentro de poco, en este teatro va a haber más detectives que actores. —Se volvió para irse—. Mire, *Miss* Blanton, todavía podemos ayudarla si ha recordado algo acerca de Lee Gray.

—No puedo recordar nada.

—Aunque nos dijera simplemente si había oído ya ese nombre —insistió él.

—Nunca lo he oído hasta ahora —dijo Carol.

Peterson meneó la cabeza perplejo y salió.

Eran casi las ocho y cuarto cuando llegó Eve. La oímos subir corriendo con paso ligero las escaleras. Amelia la seguía de cerca y la puerta de su camarín, al lado del nuestro, se cerró. Jeff salió rápidamente y yo le seguí. Llamó a la puerta de Eve. La puerta se abrió un tanto y la amplia figura de Amelia, que se asomó a ella, tapó por completo la rendija.

—Quiero ver a *Miss* North —dijo Jeff.

—No puede verla.

—Sólo por un segundo —dijo con firmeza Jeff.

—No dispone de un segundo, ha llegado tarde. Tiene que vestirse.

Le cerró la puerta en la cara. Él levantó la mano para llamar de nuevo, pero debió pensarlo mejor.

—Te felicito —le dije.

Él frunció el ceño.

—¿Cuándo la deja ese león marino que se llama Amelia?

—Casi nunca. Siéntate y deja de fruncir el ceño. No podrás verla hasta el entreacto. Está en escena durante casi todo el primer acto.

Poco después oíamos a Tommy llamar a la puerta de Eve para preguntarle si estaba lista, y a Amelia que le respondía que sí. Luego Tommy llamó a nuestra puerta. Carol se pasó nerviosamente la borla

de polvos por la cara, sin darse al parecer cuenta de su presencia. Tommy dio media vuelta y salió. Yo le murmuré a Jeff:

—No la pierdas de vista un minuto.

Él asintió y yo seguí a Tommy escaleras abajo. Peterson se había estacionado delante de nuestro camarín y Sullavan estaba en el lado izquierdo del escenario.

El primer acto fue una pesadilla. Yo sabía ya que nuestro trabajo sería malo, pero «Manzanas Verdes», aclamada y alabada por los críticos aquella mañana, no era más que un extraño melodrama cómico aquella noche. Philip Ashley exageraba tanto, que más bien parecía que estaba representando la escena de la daga de «Macbeth», y no el papel de un profesor inglés, humorista y callado. Steve estaba también nervioso y había perdido esa calma que da tanto encanto a su trabajo. Como siempre que está excitado, el viejo Ben Kerry se olvidó de su papel, y la voz de Febe, que hacía de apuntadora, se oía demasiado y demasiado alta. Sólo Eve era la misma de siempre. Su trabajo fue una réplica del que había hecho la noche anterior, idéntico hasta en sus menores detalles. No comprendo cómo lo hizo. Yo, que no pensaba más que en Carol, repetía de un modo mecánico mis frases, mis entradas y mis salidas.

El auditorio me pareció desde el primer momento frío y hostil, y lo odié por eso. No podíamos esperar que recibieran con calor nuestras bufonadas de aquella noche, pero, tercamente, le echábamos la culpa al público de nuestro fracaso. Cuando cayó el telón del primer acto, los aplausos fueron escasos y dolorosamente corteses.

Miré a Carol, que se apoyaba en una silla que había a la izquierda del escenario, y lancé un suspiro de alivio. Al menos, esa parte había pasado ya. La tomé del brazo y subimos juntas al camarín. Peterson nos siguió. Yo vislumbré una figura vestida de negro que atravesaba rápidamente el escenario, dirigiéndose al depósito de útiles. Cuando entramos en el camarín, Peterson, después de haberle dicho a Jeff que se quedara allí, bajo ruidosamente la escalera.

—Acabo de ver al león marino en el escenario —le dije a Jeff—. Creo que va a prepararle té o algo así a Eve. Ahora se presenta tu oportunidad… yo cuidaré de Carol.

Él había salido antes de que yo terminara. Le oí llamar a la puerta de Eve y a ésta que le contestaba: «¿Quién es?».

Me saqué el traje de deporte blanco y me puse el vestido de noche de *lamé*, tratando de oír lo que decían a través de la pared.

La voz de Eve llegó hasta mí con asombrosa claridad.

—¡No veo a nadie durante la función! Márchese, por favor.

—Usted casi no ve a nadie nunca. *Miss* North —dijo Jeff—. Pero me parece que ahora va a tener que verme.

—Bien, ¿de qué se trata? —preguntó Eve, resignada y paciente.

Carol se apartó del espejo y abrió la boca para hablar. Yo le hice un gesto, señalándole el camarín de Eve, y ella se detuvo y se quedó escuchando, clavando los ojos en la pared.

—No le interesa, *Mr*. Troy, saber lo que yo hacía en la mesa —dijo Eve con voz fría, de cólera—. Es un insulto el preguntármelo. No toleraré que me haga preguntas acerca de mi trabajo…

—Yo no le pregunto nada de su trabajo —dijo Jeff—. Anoche, usted hizo en aquella mesa algo que no tenía nada que ver con su trabajo. Y cuando se trata de un asesinato…

Se oyó un ruido, como si alguien se hubiera agarrado de algo para no caer y el objeto hubiera vacilado un momento. Al cabo de una pausa, oí de nuevo la voz de Eve, casi un murmullo.

—¡Asesinato!

—¿No lo sabía? —Jeff estaba sorprendido.

—No lo sabía. Me… ha causado una gran impresión.

—Ha estado todo el día fuera de la ciudad, así que no pudo hablar con nadie del teatro, *Miss* North… pero seguramente habrá leído los diarios.

Eve le respondió en voz baja.

—No he leído ningún diario, después de los de la primera edición de la mañana. Creo que usted comprenderá el porqué, *Mr*. Troy.

—Entonces, usted no sabrá que Carol fue envenenada anoche, en la escena del comedor —dijo Jeff—. En el vaso del que bebió había cuatro gramos de morfina.

La pared tembló ligeramente, Eve debía haberse apoyado contra ella. Aguardamos una eternidad hasta oír al fin el sonido de su voz.

—Morfina en su vaso… —Murmuró las palabras en voz tan baja que casi no pude oírlas.

—Si —dijo Jeff—. Así que ahora comprenderá por qué me interesa saber por qué estaba haciendo en aquella mesa cosas que no figuraban en el libreto. Le oí a *Mr*. Ashley hablarle de eso anoche. Dijo que usted movió los vasos.

Eve le replicó con voz vacilante.

—No había flores en la mesa y yo no podía hacer otra cosa. —Y de repente se echó a reír—. ¡*Mr*. Troy, ya comprendo por qué me lo dice! Usted cree que yo estaba quizá haciendo alguna otra cosa en la mesa, poniendo acaso, ¿la morfina, no?, en el vaso de Carol.

—No hago más que preguntarle una cosa, *Miss* North.

—¡No habría estado mal! ¡Mientras mil personas me miraban, poner el veneno en el vaso delante de los ojos de todos, sin que nadie me viera! —Eve rió de nuevo, casi histéricamente—. ¡Para eso hace falta ser muy buena actriz! Y, hasta usted mismo, *Mr*. Troy, ya debe saber que yo no lo soy. Para más detalles, lea su diario favorito. —La amargura había desaparecido de la voz de Eve, quien prosiguió hablando, como si fuera muy vieja y estuviera muy cansada—. No, no lo hice. Yo no envenené a Carol Blanton. Yo…

Si Eve dijo algo más, la voz de Tommy que venía a avisarnos a la puerta, ahogó sus palabras. Luego llamó a la puerta de al lado y protestó, incrédulo, al ver que Eve seguía aún vestida con el traje del primer acto. Entonces, oímos a Clint Bowers que hablaba afuera con Tommy, diciéndole que podía tardar todavía unos minutos en levantar el telón. Jeff volvió a nuestro camarín, con el rostro muy serio. Carol y yo no tuvimos más que el tiempo justo para lanzar una última mirada al espejo y salir corriendo.

Alice estaba afuera y Carol le dijo, al pasar.

—Alice, no te vayas. A lo mejor te necesitan todavía.

Lo dijo con voz ligera, como en broma, pero la difícil sonrisa de sus labios demostraba el esfuerzo que le había costado decirlo.

El segundo acto fue algo mejor que el primero. Los detectives seguían vigilando, pero se interesaban también por la función. Sullavan no podía comprender bien el ingenio brillante de Greeley Morris, pero Peterson sonreía cuando debía sonreír.

Philip Ashley había normalizado más su trabajo y los demás le imitamos. Yo temblé cuando Eve entró en escena. Su trabajo durante el primer acto había sido natural, pero ahora, sabiendo lo que sabíamos los demás, sintiendo el mismo horror e inquietud que todos sentíamos, a lo mejor no estaba a la altura de su papel.

Pero desde el momento en que entró, jugueteando con el cuello de la blanca chaqueta que llevaba sobre el vestido de noche, con un gesto que la había hecho famosa, comprendí que todo saldría bien. Eve llevaba demasiado tiempo en escena para permitir que nada alterara su compostura, una vez que entraba en escena. Su voz, al repetir las líneas de su papel, era quizá un poco tensa y sus ademanes algo exagerados, pero no lo suficiente para que el público lo notara. Su serenidad era tranquilizadora.

Hasta que el segundo acto estaba por terminar, no ocurrió nada.

Carol había representado a la perfección su gran escena y, a su salida, estalló una tempestad de aplausos en la sala. Entonces comprendí que nuestro público no era tan letárgico como nos parecía, pero que la inquietud había hecho también presa en él, como en nosotros. Esperaban, lo mismo que nosotros, que la función transcurriría sin que ocurriera nada. Los aplausos eran un premio al valor de Carol, y también a su labor.

La vi como se metía entre bastidores y se dirigía hacia las escaleras, seguida de cerca por Peterson y Jeff. Ya han transcurrido dos terceras partes de la función, pensé aliviada. Carol no tenía ya más que una escena corta, con Eve y conmigo, y luego bajaría el telón del segundo acto. Casi habían transcurrido dos terceras partes de la función, y Carol seguía ilesa.

En el escenario nos hallábamos solamente Eve, el viejo Ben Kerry y yo. Eve salió entonces por la misma puerta por donde había salido Carol. Kerry se sentó junto al gran escritorio de roble dorado, donde yo fingía escribir una apasionada carta de amor. Escribí «Manzanas Verdes, Manzanas Verdes, Eve North en Manzanas Verdes», y después cambié unas cuantas palabras con Kerry. Él se levantó, pesadamente, y luego de darme una palmadita en el hombro se dirigió hacia la puerta. El acto estaba casi terminado; no quedaba más que la pequeña escena con Eve, luego la entrada de Carol, y después, el bendito alivio de un entreacto.

Fue aquel ruido ahogado el que me hizo levantar la cabeza desde el escritorio y preguntarme si el viejo Ben Kerry no se habría vuelto loco. En vez de salir por la puerta de la derecha, la había cerrado silenciosamente y había entrado con paso vacilante en la escena.

Y entonces vi su cara. A pesar del tono rubicundo del maquillaje que usaba, no sé por qué me hizo pensar en una mascarilla de yeso, helada e inexpresiva. Pero sus ojos recorrían azorados la escena y por fin se detuvieron en mí, al no ver nada.

Busqué frenéticamente una frase que agregar a la obra.

—¿Tan pronto de vuelta? —fue la estúpida pregunta que subió a mis labios; me la comí, antes de pronunciarla, pero no se me ocurrió nada más. Tenía que sacar al viejo de la escena. Eve no entraría hasta que lo hubiera hecho. Traté de atraer sus miradas y señalarle la puerta. Él me miró, pero no se movió. El silencio pesaba como una nube abrumadora sobre la sala y fue al fin roto por unas risitas en el auditorio.

Al fin me levanté de mi silla y, tomando a Kerry por los hombros, le obligué a dar la vuelta y dirigirse hacia la puerta. Las risitas se convirtieron en francas carcajadas, que llenaban la sala, los palcos y las galerías. Yo traté de vencer la risa y dije:

—Buenas noches, tío George —y agregué al oído de Kerry—. ¡Por amor de Dios, márchese! —Y le abrí la puerta. Creo que fue entonces cuando grité.

Antes de que tocara la masa informe caída en el suelo a mis pies, antes que viera brillar el cuchillo junto a ella, sabía que estaba muerta. Lo sabía por el modo como estaba envuelta en la gruesa capa de terciopelo negro, por su terrible inmovilidad. Lo sabía, y aun así, grité. —¡Carol, Carol!—, y traté de levantarla.

Entonces vi la chaqueta, la brillante chaqueta blanca, cubierta ahora de grandes manchas verdes y arrugada debajo de la cabeza. Le arranqué la capa negra de los hombros y mis brazos cayeron, inmovilizados por el horror.

La espalda que la capa había descubierto estaba horriblemente arrugada, los hombros y los brazos cubiertos de antiguas y brutales cicatrices. No sé cómo logré ponerle la mano debajo de la cabeza y levantarla hacia mí. Los ojos muertos de Eve North miraron hacia el techo.

VI

EL HOMBRE DEL HALL

Eran las cuatro y media de la madrugada cuando salimos del teatro. Carol iba sentada entre Jeff y yo, en el auto, apretujando espasmódicamente la bola de fieltro que llevaba en el regazo y que, horas antes, había sido un sombrero. Yo vi que estaba nevando y que nuestro taxi avanzaba lentamente.

Jeff se metió un cigarrillo en la boca y buscó a tientas un fósforo. El chófer torció uno de los brazos por encima del asiento y le ofreció su encendedor. Un chófer muy cortés. Miré la tarjeta de identificación que estaba colgada delante de nosotros. «Su chófer, —decía—, es Fred Neblico». Miré la fotografía que había encima del nombre, pero no vi la cara de Fred Neblico, sino la de Eve North, que me miraba con sus ojos muertos. Cerré los míos y dejé que el cansancio se apoderara por completo de mí.

Era inútil. Si lograba borrar de mi memoria la cara de Eve, era para ver la de Carol. No la Carol de ahora, pálida y cansada, sino la Carol que salió corriendo de nuestro camarín al oírme gritar, y se quedó inmóvil junto a la espantosa figura, cubierta con su capa de terciopelo. Yo estaba agachada al lado de Eve, y alcé los ojos hacia ella. Esperaba que se desmayara o gritara, pero no que se riera. Carol extendió una mano y tocó un trozo del terciopelo negro, palpándolo, como si una vendedora le hubiera puesto una pieza encima de un mostrador, y luego se echó a reír. Entonces Jeff la abofeteó, con dureza, porque la huella de sus dedos le quedó en la

cara, blanca y roja. Después le echó un brazo por los hombros y la apartó de allí. Carol lloraba, con unos sollozos largos y ahogados, casi tan terribles como la espantosa risa del principio.

Lo peor de todo era la cara de Amelia. No había en ella ningún horror, sólo una frialdad que la hacía aparecer tan muerta como la de Eve. En un momento nada más había demostrado Amelia alguna emoción. Arrodillándose junto a su ama había levantado la capa y había vuelto a cubrir con ella los hombros y espalda de Eve. Lentamente se puso en pie.

—Usted la ha matado —dijo. Cada palabra era un témpano—. No la mire así ahora. Ella preferiría que la matara a que la mirara así.

Froté un trozo del empañado vidrio y miré hacia fuera. Pasábamos por la Calle 48. ¿Era posible que no hubieran transcurrido más que nueve horas desde que Carol y yo pasamos por ella la otra noche, camino del teatro? Mi mente volvió a vivir aquellas horas, con todos sus detalles estremecedores. Las maldiciones que Peterson murmuró entre dientes después del estallido de Amelia, y la ronca voz de Sullavan, hablando ásperamente por teléfono. Los policías del auto patrullero que entraban corriendo. Los uniformes azules que salpicaban la escena, apartándonos hacia los rincones, formando un cordón en torno al cadáver de Eve. Órdenes dadas en voz breve y seca. Más hombres de uniforme, policías de paisano, el *coroner*, los fotógrafos. Todos entraban por la puerta de Nick, en una procesión constante. Y en el callejón de afuera, el murmullo de los grupos que se habían reunido en un momento, los gritos de los periodistas.

Yo había contestado una y otra vez las mismas preguntas, hasta que la garganta se me secó. Una y otra vez les había dicho cómo había tomado al pobre Benjamín Kerry por los hombros, cómo había abierto la puerta de la derecha para obligarle a salir por ella y cómo había visto caído junto al umbral el cadáver de Eve. Se lo dije a un hombre de cejas hirsutas y voz ridículamente suave, que era el inspector, y el lápiz del taquígrafo de la policía volaba sobre la libreta, conforme yo hablaba. Se lo dije a un grueso sargento de

detectives y a otro que era delgado y pelirrojo. Volví a repetírselo a dos investigadores especiales, de la oficina del fiscal del distrito, uno que se enfurecía y me hablaba con voz seca, y otro que casi parecía no escucharme.

Y durante el implacable interrogatorio, seguía oyendo el murmullo de la multitud afuera, las incesantes conversaciones en torno mío, las voces que hablaban por teléfono llamando a la jefatura o al laboratorio, en medio de los fogonazos de las máquinas fotográficas. El cuerpo inerte de Eve había sido fotografiado desde todos los ángulos, igual que la chaqueta manchada de verde y la capa de Carol salpicada de sangre, los bastidores donde había sido muerta, el decorado, la puerta por donde había salido.

Antes de que nos dejaran ir oímos a los vendedores de diarios que voceaban en las calles; «¡El Crimen del Teatro!».

Ahora, todo había terminado. Eve había muerto y Carol vivía. *No había habido detenciones*. Apoyé mi cansada cabeza contra los helados vidrios y me sentí mejor. *No había habido detenciones*. Entonces, no había terminado. Eve había muerto, pero el asunto no había terminado. Alguien aguardaba aún, en algún lugar, la oportunidad de matar a Carol.

El taxi se detuvo delante de mi casa y nosotros entramos en ella. Jinx se despertó sobresaltado cuando la puerta se cerró con ruido detrás de nosotros, y su rostro soñoliento y suave me hizo comprender que a sus oídos no había llegado aún la noticia de lo ocurrido en el Colony. Ninguno de nosotros pensó en informarle; teníamos asesinato de sobra por una noche.

Jinx le guiñó uno de sus ojos saltones a Jeff.

—Veo que ya no le asusta el subir conmigo —rió.

Jeff se esforzó noblemente por hablar en tono ligero.

—Eres el piloto más seguro que conozco, Jinx… nunca tengo miedo cuando tú vas al timón.

—Pues el domingo se asustó. Si no, no habría subido y bajado a pie.

—Yo no estuve aquí el domingo —dijo Jeff.

—Estoy seguro de que era usted, *Mr*. Troy.

Yo intervine, con cierta viveza.

—El domingo no vino nadie, Jinx. Debes tener tus fechas cambiadas.

—Sí —dijo él con perplejidad—. Perdóneme. Eso debe ser.

El departamento resultaba cálido y agradable, en comparación con el terrible frío que hacía fuera. Yo fui directamente al pequeño bar que había debajo de la biblioteca y puse una botella de *whisky* escocés en la mesita de café.

—Quiero beber algo —dije—. Beber un vaso lleno, de algo fuerte. ¿Y vosotros?

—Yo también —dijo Jeff.

Carol metió la mano en el bar y sacó una botella de coñac y un vaso grande. Llenó el vaso hasta los bordes y lo apuró de un trago. Sin hacer siquiera una mueca, volvió a llenar el vaso y lo vació de nuevo. Cuando uno ha pasado por lo que ha pasado esa muchacha, pensé, probablemente no se siente nada. De repente dejó el vaso en la mesa, se acercó lentamente a la ventana y se puso a mirar hacia fuera.

—Si no hubiera dejado mi capa en la escalera, Eve no se la habría puesto. Eve viviría aún y yo… —Y se tapó los ojos con los puños cerrados.

Jeff le sirvió otro coñac.

—Tome esto.

Ella lo rechazó.

—Pensaron que era yo la que iba cubierta con la capa. Con la capucha echada era difícil distinguirnos. Un minuto después, habría estado donde ella estaba. Pensaron que me clavaban el cuchillo en la espalda. Es casi igual que si yo hubiera matado, porque la dejé que se pusiera mi capa.

—No digas disparates, Carol. Tú no le dijiste que se apoyara contra el decorado y se manchara su chaqueta. Tú no tuviste la culpa de que tomara tu capa.

—Y entonces —dijo Carol, con labios temblorosos—, cuando la vi… ¡me eché a reír! ¡Me reí! Me quedé allí…

Jeff la tomó bruscamente de un brazo.

—Beba esto. ¿O quiere que le pegue otra vez?

Carol echó hacia atrás el vaso y lo vació. Dejó caer débilmente la mano y el vaso rodó sobre la mesa. Carol se volvió hacia el dormitorio. Yo iba a seguirla, pero Jeff me agarró de una mano.

—Déjala en paz.

Yo me senté junto a él, en el diván. Mis ojos me ardían, cansados y doloridos; tenía el cuerpo frío y como vacío de sensaciones.

—Jeff, ¿quién lo hizo?

Jeff arqueó una ceja.

—¿Crees que lo sé?

—Sabes algo. Oíste lo que decían. Me refiero a la policía. Yo, no. Lo intenté, pero no pude. Lo que decían era un círculo vicioso.

—Están en un círculo vicioso.

—Pero deben tener algún indicio sobre el que trabajar. No es como el envenenamiento. Tienen el cuchillo.

—El cuchillo procedía de la cocina. Tom Neilson lo reconoció enseguida; lo vio en un cajón el primer día de los ensayos. Desde entonces no había vuelto a fijarse en él, como los demás. Cualquiera pudo haberlo sacado del cajón, en cualquier momento. No —prosiguió rápidamente, al ver que abría la boca—, no había huellas digitales. Estaba limpio.

—Pero deben tener alguna idea… sospechar de alguien…

—Lo único que sospechan es quién no lo hizo. Eso es todo lo que han adelantado.

—¿Quién no lo hizo, según ellos?

—Tú: estabas en el escenario. Ben Kerry: estaba también.

—¡Eso no puede ser todo!

—No del todo. Carol está eliminada también.

—¡Claro!

—Quiero decir que tiene una coartada, porque Peterson y yo estuvimos con ella desde que salió del escenario hasta que tú

gritaste.

—Esas tres eliminaciones son una gran cosa —dije, disgustada—. ¿Nada más?

—Escucha, Haila. Esta noche, había entre bastidores veintisiete personas cuando asesinaron a Eve. Dicen que no entró ni salió nadie. Doce tramoyistas, seis actores del reparto, Alice McDonald, Tommy Neilson y Febe, Clint Bowers y el portero, la doncella de Eve… y Peterson, Sullavan y yo. Tú, Kerry y Carol quedan afuera. Los detectives y yo, también. Pero nadie más.

—Eve North también queda afuera —le recordé.

—Sí, y eso deja veinte personas. Tommy hizo bajar el telón en el mismo momento en que gritaste. Así que estaba cerca de la cuerda, al otro lado del escenario de donde se encontró a Eve. Pero no tiene ningún testigo de sus movimientos desde que salió Eve hasta que gritaste tú. Febe se hallaba en el mismo lado del escenario, pero no sirve de testigo de Tommy. Dice que estaba entre bastidores, con los ojos clavados en ti, tratando de pensar algo para ayudarte a salir de la situación ridícula en que te había metido Kerry, y que no vio a Tommy ni sabe lo que estaba haciendo, hasta que bajó el telón. Y Tommy tampoco sirve de testigo de los movimientos de Febe, así que ninguno de los dos tiene una coartada.

—¿Y Sullavan, qué dice? Estaba en aquel lado.

—Sullavan no sirve de nada. En la oscuridad, no podía distinguir a Febe, con sus *slacks*, de Steve Brown. Veintisiete personas se movían entre bastidores. Nadie recuerda cuándo o cómo vio a los demás. La policía lo ha dejado por imposible. Saben más o menos dónde estaba cada uno cuando gritaste, y eso ya es algo, pero Eve fue asesinada un minuto, o quizá cuatro antes de que gritaras. Y, por ejemplo, en treinta segundos Steve Brown pudo haber ido desde el escenario hasta su camarín. Peterson estuvo a punto de volverse loco cuando se dio cuenta de que *este* asesinato no iba a resolverse descubriendo dónde estaba cada uno en el momento del crimen.

—¡Pero, Jeff, deben tener algunas coartadas!

—No lo suficientemente buenas. Cinco tramoyistas estaban en el foso y cada uno testifica por los demás.

—¿Y el resto?

—Por diversos lugares. En el tablero de luces, en el depósito de útiles, en las escaleras, en el sótano. No hay ninguna coartada. Bowers estaba sentado en uno de los muebles del decorado del primer acto, amontonados en la parte posterior del escenario, y vio entrar y salir a mucha gente. Pero así lo dijo: «gente», no ninguna persona individualizada. Estaba demasiado oscuro. Cree que vio salir a Amelia de la cocina, cuando tú gritaste, pero ni siquiera está seguro de ello.

—¿Y los demás actores, Jeff?

—Philip Ashley estaba en su camarín, cambiándose para el tercer acto. El de Alice está al lado y ella estaba en él, pero eso no les sirve de coartada, porque ella tenía la puerta cerrada y estaba «absorta» leyendo una obra. Ninguno de los dos vio u oyó al otro. Steve estaba también en su camarín, en el piso segundo, pero el camarín de al lado es el de Kerry, y Kerry estaba en escena. Así que Steve tampoco tiene coartada.

—Déjalo, Jeff, estoy mareada.

—Tú, yo y… Peterson. Terminó teniendo quince sospechosos. Y yo voy a agregar otro de regalo.

—¿Quién?

—Greeley Morris.

—¡Pero si no estaba en el teatro, Jeff!

—Nadie le vio en el teatro, querrás decir.

—¡Pero si las puertas estaban guardadas!

—Así es. Pero, en cuanto pueda, voy a enterarme de cómo y dónde pasó la velada.

Yo fui a la mesa y me serví otra bebida.

—Jeff, los brazos y la espalda de Eve. ¿Qué era aquello?

—Quemaduras. Muy antiguas. De más de veinte años. Del incendio de un teatro en Detroit.

—¿Eran… tan terribles como me parecieron?

—Bastante.

—¿Y sin embargo, nadie lo sabía?

—No. Amelia nos lo dijo. ¡Eve había sido una mujer tan hermosa! Nunca pudo reconciliarse con el hecho de que su cuello, brazos y espalda estaban deshechos. En vez de acostumbrarse a ello, su sensibilidad era cada vez mayor. Todavía iba a consultar especialistas de la piel, y se sometía a tratamientos en todo el país. Era algo desesperado, pero Eve no había perdido la esperanza. Ahora iba dos veces por semana a un especialista de Filadelfia. Ese fue el misterioso viaje de esta mañana.

—¿Y fue por eso por lo que tomó la capa de Carol?

Jeff asintió.

—Debió apoyarse contra el decorado y entonces, al darse cuenta de lo que había hecho, se quitó la chaqueta para ver el daño. La espalda de la chaqueta estaba cubierta de pintura. Me figuro que pensó que no tenía tiempo para ir a buscar otra al camarín. No podía usar la chaqueta, y no podía salir sin algo. La capa de Carol estaba en la barandilla de la escalera, casi a su lado, y se la debe haber echado por encima, mientras aguardaba el momento de salir a escena. Entonces, como estaba en el mismo lugar en que Carol iba a estar un minuto después, y tenía la capa puesta y la capucha echada, la mataron creyendo que era Carol. Era un error muy fácil de cometer. Las dos tienen aproximadamente la misma estatura y el mismo cuerpo.

Yo dije, pensando en las muchas veces que había visto a Eve North en escena:

—Siempre llevaba unos vestidos con el cuello muy alto y las mangas largas y amplias. Creí que era una afectación, pero, en realidad…

—Sí. Vivía espantada ante la idea de que la descubrieran. Creo que Amelia tenía probablemente razón. Eve North habría preferido que la mataran a que le vieran la espalda.

—¡Pobre Eve! —dije. No había oído ningún ruido en el dormitorio, ni había sentido abrirse la puerta, y casi salté de sobresalto, al ver a

Carol, parada en el umbral de la puerta y envuelta en mi salida de baño.

—No puedo dormir y es peor el estar ahí sola. Puedo… ¿crees que puedo beber otro coñac?

Yo estaba en el bar, sirviéndoselo, cuando oí una llamada sigilosa en la puerta. Miramos con temor a Jeff, que se dirigió a abrirla. No había abierto más que una pulgada, cuando Jinx la abrió de golpe, entró y la cerró con llave, volviéndose hacia nosotros.

—¡Hay un hombre en el *hall*! —murmuró—. Lleva una hora sentado en los escalones. ¿Quieren que llame a la policía?

—¿Por qué?

—Acabo de leer en los diarios lo del asesinato. Este tipo tiene un aspecto sospechoso. A lo mejor quiere matar a *Miss* Blanton.

—No sea tonto, Jinx —le dije.

—Muy bien, entonces, ¿por qué está ahí sentado?

—¿Ha hablado con él?

—No, desde que leí lo del asesinato. Cuando entró por primera vez hablé con él. Le pregunté que quería. Y él me dijo que una granjita en Long Island.

—¿Está borracho? —le preguntó Jeff.

—A mí me parece que no, *Mr*. Troy.

—¿Le preguntaste quién era?

—Me dijo que el Almirante Byrd. Pero no lo es, yo he visto fotos del Almirante Byrd.

—Jeff —le dije—, ve a hablar con él.

—No quiero hablar con él.

—¡Por favor!

Jeff salió al *hall* y gritó.

—¡Eh, usted!

Unos pasos lentos sonaron en el corredor. Jeff se apoyó contra la jamba de la puerta y aguardó. Un individuo bajo y moreno, vestido con un traje de sarga azul, apareció en el umbral.

—¿Sí? —dijo el individuo.

—¿No quiere entrar y beber algo?

—¡Jeff! —dije yo.

—No importa, señora. Pero no puedo beber cuando estoy de guardia.

—¿De guardia?

—Peterson me envió para que vigilara a *Miss* Blanton.

Carol trató de sonreír.

—Bueno, ya que quiere vigilarme, ¿no es mejor que nos presentemos?

—Me llamo Lugotti.

—¿Cómo está usted, *Mr*. Lugotti?

—Muy mal. ¿Cómo cree que se puede estar después de doce años siguiendo a gentes?

—Depende de a quién siga —dijo Jeff.

—Tendría que ver algunos de los tipos que me encargan seguir. Generalmente es un político muerto de miedo, y, si es una mujer… ¡no son mis pies los únicos que se llevan una paliza!

—¡Pero sus ojos no padecerán mirando a *Miss* Blanton! —exclamó convencido Jinx.

Nos habíamos olvidado de que estaba allí. Le sugerí que volviera a su ascensor y él se fue de mala gana.

—Me imagino que tendré bastante competencia —dijo Lugotti—. Estoy seguro de que muchos tipos la siguen a *Miss* Blanton, sin que les paguen por hacerlo. —La mirada que dirigía a Carol era realmente una obra de arte.

—Escuche, *Mr*. Lugotti —le dije—. Esperamos…

—No se preocupe, señora.

—¡No me llame señora!

Jeff se echó a reír.

—Es un modo de hablar, Haila. No has entendido bien a Lugotti. Probablemente está casado y tiene cinco o seis hijos.

—No, no estoy casado. Nunca me acerco a ellas lo suficiente para casarme. Me paso la vida a cincuenta pies de distancia de todas.

—¿Va a estar aquí todo el tiempo, vigilándome? —dijo Carol.

—Voy a alternar con Jimmy Rosen y Crowley. Y escuche, *Miss* Blanton: cuando Crowley esté de guardia, podría hacerle un favor. No suba a los autobuses. Crowley se marea en ellos.

—¿Me vigilarán vaya adónde vaya?

—Así es, *Miss* Blanton.

Ella alzó agudamente la voz.

—¡Entonces lo de esta noche no es el final! ¡*Mr*. Peterson piensa que van a tratar de asesinarme otra vez! Me envenenaron, intentaron acuchillarme, y no se pararán hasta que…

—No se preocupe —dijo Lugotti, con una voz que quería ser tranquilizadora—. No le pasará nada estando nosotros cerca. Pero mire. En su caso, yo me quedaría en el departamento. No saldría para nada.

—No saldrá —le aseguré.

—Y, *miss* Blanton —prosiguió él—, puede dormirse con toda tranquilidad. Porque le prometo que yo no me dormiré.

VII

EL AGENTE TEATRAL

Carol y yo estábamos tomando nuestra segunda taza de café, y Jeff la cuarta, cuando Peterson se presentó, a la mañana siguiente. De una de las comisuras de su boca colgaba un cigarrillo que tenía aspecto de llevar allí veinticuatro horas. Tenía el rostro tan cansado y con tan mal aspecto como el cigarrillo, pero su voz seguía siendo aún la de un policía. Brusca, pero consoladora.

—¿Cómo está usted, *Miss* Blanton?

—Todavía aquí.

—¡Así me gusta!

—Gracias por Lugotti. Y por Crowley y Rosen.

—Usted se las merece —sonrió Peterson—. Puede guardárselos si quiere. Si Lugotti se vuelve atrevido, como lo hará probablemente, avíseme.

—¿Cree que necesito toda esa protección, *Mr*. Peterson? ¿No cree que después de lo de anoche lo dejarán?

—¡Ojalá lo supiera! Pero, por si eso la tranquiliza, le diré que no la siguen para protegerla. Técnicamente, nuestro deber no es impedir el crimen, sino detener a los criminales. Y eso es lo que están haciendo esos tipos. Claro está que también cuidarán de usted. Ahora escúcheme bien. *Miss* Blanton. Quiero que siga viviendo como si no hubiera ocurrido nada.

—¡Pero Lugotti me dijo que me quedara aquí! —exclamó perpleja Carol.

—¿Qué? ¡El muy holgazán!… Voy a… No le haga caso. *Miss* Blanton.

—Yo creí que era un buen consejo.

—¡Aguarde a que vea a Lugotti! Lo que quiere es arreglar las cosas de modo que lo único que tenga que hacer es quedarse sentado en el *hall*. Se está buscando unas vacaciones.

—*Mr*. Peterson —intervine yo—, el decirle que salga es pedirle que vaya en busca de un desastre. ¡Ya vio lo que ocurrió anoche! Tiene que haber algún otro medio…

—¡Escúcheme, *Miss* Rogers! —En su actitud había una notable falta de afecto—. Si conoce alguno mejor, dígamelo. Nos hallamos ante un muro de piedra. La misma *Miss* Blanton no puede ayudarnos en nada. Tenemos un solo indicio, Lee Gray. Y, aun en ese caso, *Miss* Blanton no puede decirnos nada.

—Pero, realmente, yo no… —comenzó a decir Carol.

—Usted y yo discutiremos eso más tarde. Y solos. —Se volvió hacia mí—. ¿Quién sabe si no habrá otro intento? Si lo hay, lo mismo puede ser el domingo que viene que el año próximo. *Miss* Blanton no puede pasarse el resto de su vida escondida, ¿no es así? Yo no digo que se saque nada en limpio por medio de mis muchachos. Pero si alguien se porta de un modo extraño, o si alguien se interesa demasiado por sus idas y venidas, lo sabremos. ¡Troy!

—¿Sí?

—No me importa que meta las narices en este caso. La policía necesita toda la ayuda posible. Pero dije ayuda, no intromisión. Si sabe algo, si descubre algo, avíseme. Enseguida.

—Desde luego.

—Pero no lo hará. Y probablemente se llevará un disgusto. Yo no hago más que gastar saliva al avisarle. Ahora, llévese a su novia a dar un paseo. *Miss* Blanton y yo queremos estar solos.

Carol sonrió y nos indicó con la mano que nos fuéramos, pero a mí me pareció que contenía el aliento al oírnos salir.

Jeff se detuvo en la esquina de la calle 54 y Lexington.

—¿Crees que hay alguna probabilidad de que Bowers esté en su oficina?

—Sí.

—Entonces, vamos a verlo a él primero.

—¿El primero? ¿Quieres decir que vamos de investigación?

Él asintió y, en silencio, nos dirigimos hacia la oficina. Enfrente del Teatro Colony nos encontramos a Philip Ashley y los tres entramos juntos en el callejón.

—Es una imprudencia mía —nos dijo Ashley— el venir a molestar a Clint en un momento así, para preguntarle qué vamos a hacer. Pero pensé que probablemente querría cerrar el teatro.

—Muy probable, sí —dijo brevemente Jeff.

Philip se aflojó la bufanda de alegres colores que le envolvía la garganta.

—Eso pensé yo. Pero, de todos modos, tengo que saberlo para trazar mis planes. No sé si sabrán que Hollywood lleva bastante tiempo haciéndome proposiciones. Si se enteran de que estoy libre, aprovecharán enseguida la ocasión. Y no me vendría mal. Me iría al otro extremo del país hasta que esto pasara. Usted comprenderá —agrego, dirigiéndose a mí—, que esto no nos va a hacer ningún bien. Es mala publicidad. Muy mala.

Entramos en el *hall* al que daba la oficina. Estaba vacío, el escritorio de Febe cerrado, y la puerta con el cartel que decía «Clinton Bowers — Privado», cerrada también. Yo fui a dar vuelta al tirador, pero alguien hablaba adentro de la oficina y en el tono de su voz había algo que nos hizo detenernos bruscamente y mirarnos los unos a los otros.

—Por favor, *Mr*. Bowers —decía Alice McDonald, como si estuviera leyendo un papel, exageradamente, como las actrices malas—. Déjeme probar. ¡Déjeme probar! ¡Usted sabe muy bien lo que eso significaría para mí! ¡Oh, tiene que dejarme, tiene que darme esa oportunidad!

—Lo siento, Alice. —La voz de Clinton Bowers sonaba muy cansada y muy paciente—. He decidido cerrar hoy mismo el teatro.

No habrá otra representación de «Manzanas Verdes». Esto es el final.

—¡Pero no tiene que cerrarlo! —dijo Alice con vehemencia—. Yo puedo representar el papel de Eve. Es el papel con que siempre soñé. ¡Yo le mostraré lo que puedo hacer con él, se lo mostraré a todo el mundo! Nunca se arrepentirá de haberme dejado, *Mr*. Bowers, se lo prometo.

—Lo siento, Alice. No.

—Pero si yo me lo sé perfectamente. No tendría que ensayar ni una sola vez. Podría empezar a trabajar ahora mismo.

—No.

Cualquiera que no fuera Alice, frustrada y enloquecida por el teatro, se habría dado cuenta de que hablaba en serio.

—Pero yo… —dijo.

—Voy a cerrar el teatro. Nadie representará el papel que Eve North creó aquí.

—¡Creó! —exclamó desdeñosamente Alice—. ¡Si llama *crear* a destrozar uno de los papeles más hermosos que se han escrito! ¡Llamar *crear* a una serie de modismos falsos y de artificio! Nadie va a representar su papel… usted se encargará de eso y yo sé por qué, *Mr*. Clinton Bowers. Porque cualquier actriz decente haría que resultara aun peor el trabajo de Eve North. ¡Mostraría al público cómo había destrozado el papel! Les demostraría que su gran Eve North no era más que una cómica de la legua, que…

—¡Alice! —Su voz no era ya paciente, sino fría y amenazadora—. ¡Salga de mi oficina, Alice! ¡Salga!

La puerta se abrió de par en par y creo que Alice ni nos vio. Se dirigió directamente al ascensor y la puerta de éste se cerró, ocultándonos su rostro pálido y furioso.

Bowers seguía sentado ante su escritorio, con la cabeza entre las manos. Cuando la levantó y nos miró, nos espantó el tinte grisáceo de su cara.

Philip tosió, con una tos forzada y teatral.

—No pudimos menos de oírla, Clint. ¿Así que «Manzanas Verdes» no va a representarse más?

Bowers asintió.

—Sí. No va a presentarse más.

—Entonces… me figuro que quedo en libertad de aceptar los ofrecimientos que puedan hacerme, ¿no? Estaba pensando en Hollywood.

—Por mí, puede hacerlo. La policía…

Ashley sonrió, con una especie de grave diversión.

—No creo que haya ninguna dificultad por esa parte. Después de todo, mi larga historia en la escena americana…

—¡Su larga historia en la escena americana! —repetí, indignada. Su tranquila seguridad me asqueaba—. ¿Qué tiene que ver eso con que tratara o no de matar a Carol?

—Tranquilízate, Haila —Jeff me puso la mano en el hombro.

—No se preocupe, —Ashley rezumaba condescendencia—. Todos estamos terriblemente excitados y trastornados. Ha sido una terrible experiencia este… este…

—Asesinato —dijo simplemente Bowers.

Jeff se movió, inquieto.

—Lo siento, pero me parece que no estuve a la altura de mi papel.

—No —dijo Bowers—. No podía hacer otra cosa. No se eche usted la culpa, Jeff. Yo le pedí que cuidara de Carol.

—Podía haber cuidado… de alguien más.

—No podía saber que Eve iba a ponerse la capa de Carol y quedarse en el mismo lugar donde Carol iba a estar un minuto después, vestida como si fuera Carol…

—¡Qué locura! —dijo Ashley.

—Querido, hiciste lo que pudiste —dije yo—. Clint lo sabe. ¡Pero si ni el mismo Peterson pudo impedirlo!

—Estaba cumpliendo la tarea que le habían asignado. Para él era un caso rutinario. Yo trabajaba en algo que me había buscado yo

mismo. Y fracasé. —Lanzó un hondo suspiro—. Pero pienso seguir. Y olvídese de que hablamos de dinero, Clint.

Bowers lo miró.

—No me olvidaré de nada, Jeff. Desde anoche… desde que Eve… —E hizo girar su silla, para que no le viéramos la cara.

Nadie habló, como si todos buscáramos la palabra adecuada y nadie diera con ella.

Al fin, Philip tosió de nuevo y se levantó.

—Es un asunto terrible. Me gustaría poder hacer algo. Ya sé que no puedo. Pero… si alguna vez tiene algo para mí, Clint, tendré como un privilegio el trabajar con usted.

—Si vuelvo a producir alguna obra.

—¡Claro que lo hará! Y muy pronto, muchacho, muy pronto. —Philip le dio una palmadita en el hombro.

—¿Sin Eve? Hace cinco años que no producía una obra en la que Eve no trabajara. A mi oficina no me envían obras, como los agentes no crean que haya en ellas un papel para Eve North. —No hablaba con nosotros; estaba pensando en voz alta—. Todas mis producciones han sido un marco para ella. Los demás actores del reparto, un contraste de ella. Cada decorado, el fondo apropiado para ella. Yo… no sé cómo voy a seguir produciendo sin Eve.

Se detuvo, y sus ojos, suaves y tristes, se volvieron amargos. Miró papeles que había en su escritorio, sin verlos. Los demás nos despedimos murmurando unas palabras que Bowers ni oyó.

Acompañada de Jeff y Ashley seguí hasta Broadway. Philip nos explicaba con toda clase de detalles cómo el asesinato de Eve era para él un inconveniente. Al llegar a Times Square, vimos que un camión de reparto de diarios se detenía y tiraba un paquete de periódicos. Compré uno para ver lo que decían del caso. Jeff me dejó la primera sección. Yo me puse a mirar las páginas teatrales, mientras Philip seguía hablando, al parecer sin darse cuenta de nuestra falta de atención.

Entre las notas de las producciones a estrenarse vi algo que me hizo lanzar una exclamación de asombro.

—¡Jeff, Jeff, oye esto! Para su próxima producción, «Aunque se hundan los Cielos», Vincent Parker ha contratado a Morgan Thomsand, Marge Flint, y… ¡y *Lee Gray*!

Jeff me arrancó el diario de la mano. Yo le señalé la noticia y él la leyó en voz alta, como si esperara que el nombre, en caso de figurar en ella, hubiera desaparecido ya.

—… Morgan Thomsand, Marge Flint y Lee Gray. Haila, ¿quién es Vincent Parker? ¿Tiene una oficina? ¿Dónde está?

—En Radio City. Yo lo conozco.

—Vamos —dijo Jeff— aprisa.

—Un segundo —Ashley le puso a Jeff la mano en el brazo—. ¿Van a… ir a la oficina de Parker ahora? ¿Inmediatamente?

—Antes que eso. Vamos, Ashley, venga con nosotros.

—No, gracias. No quiero que me vean en la oficina de Parker. No es conveniente para mí. Además, tengo una cita muy importante en el centro.

—En Wall Street, sin duda —dije, maliciosamente.

—Pues, efectivamente, es en Wall Street. ¡Taxi!

Ashley subió al auto y yo tuve que correr unos pasos para alcanzar a Jeff, que se hallaba ya a la mitad de Broadway. Al llegar a la Sexta Avenida, le agarré de un brazo y le dije.

—Jeff…

Jeff lanzó un resoplido y dos mujeres de cierta edad se me quedaron mirando. Yo probé de nuevo, en tono más suave.

—Jeff, ¿no crees que deberíamos informar de esto a Peterson?

—Probablemente está informado ya. No malgastes el aliento. Deberíamos haber tomado un auto.

—¿A qué viene esa prisa? Parker no se olvidará de quién es Lee Gray, antes de que lleguemos allí.

En Radio City tomamos uno de esos aviones cohete que llaman ascensores *express* y yo le dije al ascensorista:

—Al piso sesenta y dos.

Él apretó un botón con un ligero movimiento del nudillo y subimos al 62. Se abrió la puerta y salimos afuera.

Jeff iba a decir algo, pero de repente se detuvo. Yo miré en la dirección que miraba él. Philip Ashley retrocedía lentamente dentro del ascensor de al lado, que se iba llenando de gente. Las puertas se cerraron. Era imposible que Ashley no nos hubiera visto, pero sus ojos nos miraron impasibles, como si no nos reconocieran.

—Bueno —dije yo—, así que esto es Wall Street.

—Sí.

—Pero ¿por qué hizo eso?

—A lo mejor quería enterarse antes que nosotros de quién era Lee Gray. Vamos a ver.

La secretaria de Parker me anunció por teléfono sin preguntarme antes mi nombre, lo que me gustó mucho. La muchacha y sus colegas habían estado a punto de cortar en flor mi carrera, hasta que un día logré burlar su vigilancia, y entonces Vincent Parker me proporcionó mi primer contrato en Nueva York… *Mr*. Parker me vería dentro de unos minutos. En respuesta a la pregunta de Jeff, la secretaria le dijo que Philip Ashley no había ido a ver a Parker aquel día ni, que supiera ella, nunca.

Jeff se sentó junto a mí.

—Haila —dijo— déjame que yo le hable de L. G.

Vincent Parker abrió la puerta y me hizo señas de que entrara. Parecía cinco pies y medio de arco iris, con su camisa azul oscuro, su corbata de punto amarilla, su traje de *tweed* castaño y sus conservadores botines grises. Su boca se entreabrió en una sonrisa que le llegaba hasta las orejas. Cuando Jeff entró conmigo en la oficina, me hizo el cumplido de aparentar desilusión.

—Es mi novia —le explicó Jeff—. Nunca la dejo sola con hombres extraños.

—¡Si cree que yo soy extraño debería conocer a mi hermano! —dijo Parker.

Cuando dejó por fin de reírse, yo le presenté a Jeff y luego nos sentamos. Parker detrás de su lujoso escritorio moderno, Jeff y yo en un lujoso diván que Vincent debía haberle comprado de segunda mano a un califa insolvente. Lo único que faltaba en la habitación

era un par de etíopes, en pie, detrás de Parker, echándole aire con abanicos de palma morada.

—Está muy bien puesta la habitación —dijo Jeff. Casi me hizo romperme el cuello para llegar hasta allí y ahora hablaba con suavidad y falta de interés, como Philo Vance[2]. ¿Quién decoró su oficina? ¿Billy Rose?

—¿Billy Rose? No. Pero es un gran tipo. Conocí a Billy cuando era campeón mundial de taquigrafía. Billy tiene una gran opinión de mí y yo siempre lo admiré, también.

—Según parece, piensa producir una obra, *Mr*. Parker —dije, tratando de que Jeff fuera al grano.

—Cuando me llama *Mr*. Parker, Haila, no sé a quién se refiere. Mi nombre es Vincent. Somos algo más que simples conocidos. Yo la hice entrar en Broadway. Dígame si me equivoco.

—No se equivoca, Vincent.

—¿Puedo llamarle Vincent también? —preguntó Jeff, sacando un cigarrillo del paquete.

—Los amigos de Haila son amigos míos, Jeff. A lo mejor le interesa cambiar ese cigarrillo por un cigarro. Ahí los tiene, en esa caja. Importados. Del extranjero.

—Vincent —exclamé—, ¿quién es Lee Gray? ¿Quién es y dónde está?

—¿Quieren saberlo también, eh? —dijo Parker, sonriendo.

—¡También! —exclamó Jeff—. ¿Quién más se lo ha preguntado?

—La policía. Uno de los muchachos que hacen las páginas teatrales del *Post* les avisó, al ver la noticia. Ya me figuré que iba a dar lugar a muchos comentarios.

—Y bien, ¿quién es Lee Gray?

—Francamente, Haila, no lo sé.

—¡No lo sabe!

—Es decir, no lo sé aún, Haila.

—Pero usted está en contacto con ella —dijo Jeff.

—Francamente, Jeff, no.

—¿Sabe algo acerca de ella? ¿Sea lo que sea?

—Francamente, entre amigos, como le dije a la policía, no.

—¡Pero, qué diablos! —gritó Jeff—. ¡Usted la anuncia en su obra!

—¡Eso fue un verdadero rasgo de ingenio! ¡El nombre de Lee está en los labios de Nueva York, en los labios de todo el país! ¡Llenaremos la sala! ¡Mi obra será un exitazo! ¿No se dan cuenta de mi intención?

—Pero, Parker —dijo Jeff desesperadamente—, ¡usted tiene que saber cómo puede ponerse en contacto con ella!

—¡Ojalá! Si ustedes averiguan algo acerca de ella, ¿me avisarán?

Yo tenía ganas de llorar. Pero yo debería haber conocido mejor a Vincent Parker. Jeff lo miraba con una mezcla de asombro y asco.

—Todavía no lo entiendo. Usted puso el nombre de Lee Gray en los diarios. ¿Qué esperaba? ¿Por qué?

—Ella no trabaja en otra obra, ¿no? ¡Así que necesita trabajo! Okay. Cuando vea que yo la he contratado, ¿no cree que se alegrará y vendrá a verme?

—¿Entonces usted da por sentado que Lee Gray es actriz?

Se veía claramente que no se le había ocurrido otra posibilidad, pero aquello sólo le detuvo un segundo.

—Si no es actriz, lo único que tengo que hacer es hablarle de modo persuasivo. ¿Quién no quiere ser actriz? ¿Conoce a alguien que no lo quiera?

Jeff se acercó a Parker y le tendió la mano.

—Vince, permítame que le dé la mano. Tiene razón, es un genio.

Parker estrechó calurosamente la mano de Jeff.

—Se lo agradezco, Jeff. No me dijo en qué trabajaba.

—Yo trabajo en… publicidad. Pero ahora estoy de vacaciones.

—¿Publicidad, eh? —Parker tomó una nota—. ¿Con quién? Hablaré con uno de los amigos que tengo allí y le pediré que le dé un puesto mejor.

Jeff consiguió no reírse.

—Vamos, Haila. Tenemos que irnos.

—No me están entreteniendo —dijo Vincent, y se volvió hacia mí —. Haila, me alegro de que haya venido, porque tal vez pueda

decirme una cosa. Estoy pensando en Carol Blanton para el papel femenino de mi obra. La he visto en «Manzanas Verdes» y era buena. Pero lo que quiero saber es lo siguiente: ¿Su trabajo era un indicio de su talento? ¿Era típico en ella?

Aquello significaba, por lo menos, el sueldo de las dos semanas de ensayo para Carol, si es que la pieza fracasaba, como solían fracasar todas las de Vincent, y también una oportunidad de que la vieran en otro papel.

—Carol es una actriz magnífica —le aseguré a Parker—. Y no lo digo por amistad.

—Me lo imaginaba. Pero quería asegurarme de que el papel que representaba en la obra de Bowers no era la única clase de papel que podía hacer. Que sabe hacer otros papeles.

—¡Oh, no, Carol tiene un maravilloso sentido de los personajes!

—Sí —intervino Jeff—. Lo tiene todo. Especialmente voz. Es una voz que conmueve y excita.

—Me gustaría que me leyera un papel.

—Tiene una cosa mala, Vincent —le dije—. Y es que lee muy mal sus papeles.

—¡Celos profesionales! —dijo burlón Jeff.

—No digas tonterías, Jeff.

—¿Estabas cuando le leyó su papel a Bowers?

—No. Pero un agente nos envió un par de obras al departamento, y Carol y yo las leímos en voz alta. De veras que es mala, y lee su papel como si fuera un horario de ferrocarriles. Lo reconoce, y eso la preocupa mucho. Se lo he dicho a Vincent porque no quiero que la juzgue por su lectura. El papel lo representa muy bien.

Parker parecía mortalmente ofendido.

—Haila, ¿cuándo he dejado yo de apreciar el talento? ¿No ha sido ése uno de mis fuertes?

—Debe haber sido también uno de los fuertes de Clint —dijo Jeff —, ya que contrató a Carol, a pesar de la lectura.

—¡Ah-já! Clint y Vincent son famosos por la habilidad con que eligen sus actores. ¿No es así, Vincent?

Él sonrió modestamente.

—La única diferencia entre Bowers y yo es que yo tengo sentido de la publicidad. Quiero a Carol Blanton no solamente porque es perfecta para el papel, sino también porque con toda la publicidad del asesinato y el envenenamiento, se nos llenará la sala. Con ella, y con Lee Gray, tendremos el éxito asegurado.

—¡Qué! —exclamé, ligeramente asqueada—. Vincent, no irá a explotar la publicidad del… asesinato de Carol, ¿verdad?

—¡Eso es sentido de la publicidad! ¡La sala se llenará!

—¡Pero, Vincent, Carol no lo tolerará!

—Cuando lea el papel… si es una artista…

—De todos modos, no creo que Carol le deje…

—¡Un momento, Haila! ¡Haila! Ella necesita trabajo, ¿no? Bowers ha cerrado el teatro, ¿no? —Parker meneó tristemente la cabeza—. Le cae en las manos la oportunidad de su vida, y cierra. Con toda esa publicidad, podría dar la obra un año y ganar un millón. Compréndame bien. Clint es una gran persona, pero no tiene sentido de la publicidad. Somos muy pocos los que lo tenemos.

—Creo, Vincent, que ni usted mismo habría querido ganar un millón con el asesinato de uno de sus mejores amigos.

—Haila, ya sabe que en el negocio teatral no se puede andar con sentimentalismos. Por eso fracasó Bowers. Eve North había terminado ya hacía varios años, pero Clint no lo veía. La arena del sentimentalismo le ciega. Cuando Eve tenía el encanto de la juventud era una atracción de taquilla. Pero cuando la perdió, y todos la perdemos, yo no critico a Eve, ya no le quedaba nada. Nunca fue una actriz, sólo una mujer linda. Bowers nunca se dio cuenta de que Eve estaba acabada y eso fue lo que le arruinó.

—¿Arruinó? Habla como si estuviera en un asilo —dijo Jeff—. Recuerde que su dirección sigue siendo Gracie Square.

—Vincent quiere decir arruinado artísticamente —le expliqué yo.

Parker meneó la cabeza.

—Quiero decir que Bowers no tiene ni un centavo.

Yo me le quedé mirando, pensando en las lujosas producciones de Clint, en sus autos, sus departamentos, su ropa. Todo lo suyo respiraba riqueza. Y le dije incrédulamente:

—¿Quiere decir que Clint Bowers no tiene dinero?

—Ni un céntimo. Está cargado de deudas.

—¡Pero si tiene fama de ser un gran hombre de negocios!

—Hace falta serlo para seguir viviendo en Gracie Square y producir obras, cuando no se tiene ni un céntimo. Personalmente, a mí no me gusta Gracie Square. No fue su sentido de los negocios lo que arruinó a Bowers. Fue, como dije, el sentimentalismo y la falta de sentido de la publicidad.

—Una combinación extraña —dijo Jeff—. El agudo hombre de negocios y el sentimental. ¡Mala suerte! «Manzanas Verdes» habría sido un gran éxito y habría salvado a Bowers.

—Claro, era su recuperación. Eso fue lo que le dije cuando le vi el domingo por la noche, después de la representación privada. Lo único que necesitaba la obra para ser un exitazo era un pequeño cambio en el tercer acto. Y yo había pensado uno estupendo. Los acompañé por Lexington, a él y a ese muchacho que hacía de director de escena…

—Tommy Neilson. —Jeff me hizo una seña y comenzamos a dirigirnos hacia la puerta.

—Sí, yo quería regalarle a Bowers la idea, no vendérsela. Pero él no me hizo caso. Finalmente, desistí al llegar a Zollers y entré para beber algo. Hasta le ofrecí convidarle, pero él se negó… y el chico también. No me extraña que Bowers esté arruinado. En el teatro hay que ser más asequible. Mírenme a mí, por ejemplo…

Logramos escaparnos. Cuando yo iba a apretar el botón que decía «abajo», Jeff me interrumpió.

—¡Espera! —Y me condujo al cartel donde figuraban los nombres de los inquilinos del piso 62 de Radio City.

—Si Ashley no vino aquí a ver a Parker —murmuró—, ¿a quién vino a ver? —Y comenzó a leer la lista—. Compañía Grayson,

Litografía. Ernest Horowitz, Abogado. Novedades de Cuero. Accesorios Fotográficos Lincoln.

Yo seguí.

—Artículos de Deporte, Mallon. *Madame* Mantillini, *Corsetiére*. Compañía Farmacéutica Wandell. Y Displays Zenith. ¿Y bien, Jeff?

—Humm. Me parece que debo comprarme una libreta.

—Puede haber estado en cualquier lugar de éstos.

—O en todos ellos. A lo mejor les estaba regalando calendarios con su fotografía. Y a lo mejor —dijo, tratando de imitar a Ellery Queen— no los estaba regalando.

VIII

LA SOBRESALIENTE

La gran casa de piedra oscura, con sus limpias cortinas en las ventanas, signo inevitable de todas las pensiones femeninas, nos pareció sombría y callada, mientras subíamos los escalones de entrada. A mitad de camino, Jeff se volvió y me miró, perplejo.

—¿Es éste el Club de los Ensayos?

—Sí. No es elegante. Pero sí económico.

—¡Oh! —Fui a tocar el timbre, mas Jeff me tocó antes en el brazo —. Pero ¿por qué vive aquí Alice?

—¿Dónde crees que debía vivir, Jeff?

—¿No tiene familia?

—No. Ella es lo último que queda de los McDonald que, como verdaderos actores, murieron sin un céntimo.

—Lo siento.

—Sí, pero no vayas a prestarle dinero a Alice.

Toqué el timbre. Una criada salió a abrir la puerta y luego fue a buscar a *Miss* McDonald, mientras Jeff y yo aguardábamos en el *hall*.

Alice bajó con paso lento, calzada con unas zapatillas de piel que amenazaban caerse a cada paso que daba. Llevaba una larga blusa amarillo pálido que le tapaba casi por completo la sucia falda de *tweed*, y debajo del brazo tenía un manuscrito con tapas color castaño. Con un dedo marcaba el lugar donde había quedado. Alice estaba siempre leyendo las obras de dramaturgos jóvenes y

extraños, que escribían acerca del Bronx en verso libre. Se detuvo en el descansillo.

—¿Qué quieren? —Su voz era muy fría.

Jeff le sonrió.

—Ahora soy el *Detective* Troy, Alice, y me gustaría hacerle unas cuantas preguntas. Nada de tercer grado, sólo unas cuantas preguntas amistosas.

—Tengo que terminar este manuscrito, el autor quiere conocer mi opinión…

—*Mr*. Bowers me dijo que estaba seguro de que todos los actores de la compañía cooperarían. Siéntese y tome un cigarrillo.

—No fumo. —Y no se movió del descansillo.

—Quería hablar con usted esta mañana, cuando nos encontramos en el despacho de Bowers, pero, por lo visto, tenía mucha prisa.

Ella se mordió los pálidos labios.

—¡Oh! Así… que me escucharon. Saben lo que le dije y lo que él me contestó. Me lo imaginaba. —Prosiguió desafiante—. Pero no me importa. No me interesa lo que piensan los que escuchan detrás de las puertas.

—Si no le gusta que los demás escuchen lo que dice, Alice, no debería gritar tanto.

—Piensan que soy una mujer sin piedad, ¿no? Quizá. Pero puedo representar el papel de Eve North y puedo representarlo bien. —Lo miró cara a cara, como desafiándole a que la contradijera—. La obra no tiene que dejar de representarse por ella. No era una actriz, nunca lo fue. Hace años que la veía trabajar y siempre comprendí que le faltaba clase. La vi trabajar en la obra en que trabajaba mi padre cuando murió. Entonces era joven y hermosa, y mi padre la contrató por eso. Pero, aun entonces, no era buena. ¡Mi padre lo sabía como todo el mundo! Y nunca mejoró. ¡Y miren lo que pasa ahora! ¡Van a quitar del cartel «Manzanas Verdes» por su culpa! Eso no debería hacerse; «Manzanas Verdes» no debería terminar porque

una actriz de segunda categoría, como Eve North, haya sido asesinada por error.

—No puede censurarle a Bowers porque no quiera seguir.

—¡Nunca volveré a trabajar con él, nunca más! —Alice arqueó los labios en una ligera sonrisa—. Van a decirme que nunca trabajé con él, ¿no es cierto?

—Estuvo a punto de hacerlo. Tuvo mala suerte, la noche del estreno, cuando Carol recobró la voz. La laringitis es una cosa muy rara.

—La laringitis no tenía nada que ver con la voz de la Blanton.

Había tenido cierta simpatía por Alice; hasta que dijo eso… al menos me daba lástima. Ella debió advertir mi resentimiento, porque se apartó de mí, excluyéndome de la conversación.

—Creo que Carol tiene una voz espléndida —dijo Jeff—. Una voz sensual.

—El papel no era sensual. Es una muchacha enamorada por primera vez, y por última. Debe ser tímida en el amor, que para ella es algo hermoso, delicado… —Y termino bruscamente su análisis—. El reparto estaba terriblemente mal distribuido. Yo podría haber hecho algo con ese papel. Me lo habían prometido.

—¡Qué! —exclamé. En aquella conversación, afortunadamente, no tenía nada que ver, pero la noticia era demasiado para mí.

—Sí. Se lo leí a Bowers y le gusté. Iba a firmar el contrato el día en que llegó Blanton y lo entusiasmó. Con su voz sensual.

—Okay, Alice —dijo Jeff—, usted podía hacer cualquier papel.

—Evidentemente Bowers lo pensaba así, o si no, no me habría contratado como sobresaliente general.

—¡Qué coincidencia el que, después de todo, estuviera casi a punto de representar el mismo papel que Carol! Lo habría hecho, si no se hubiera ido del teatro cuando estaba a punto de levantarse el telón. Eso fue una tontería, Alice.

La invitación a la confidencia era tan obvia, que yo parpadeé y la misma Alice miró a Jeff con desdén.

—¿Qué quería preguntarme, *Mr*. Troy?

—¡Oh, unas cuantas preguntas rutinarias! —dijo despreocupadamente Jeff—. ¿No podemos sentarnos en alguna parte? Yo hago mejor estas cosas cuando estoy sentado.

Taciturna, bajó de la escalera, y nos condujo a una habitación donde se sentó muy erguida en el taburete de un piano. Con un suspiro de cansada resignación, dijo:

—Muy bien. Puede jugar al detective, *Mr*. Troy.

Jeff sonrió con dificultad.

—¿Dónde estaba, Alice, cuando acuchillaron anoche a Eve North?

—Se lo he dicho a la policía cientos de veces. ¿Por qué me hace esas preguntas estúpidas; es necesario?

—Sí. Lo siento.

Alice comenzó a recitar.

—Estaba en el camarín extra del tercer piso. Estaba leyendo una obra y tenía la puerta cerrada y lo primero que oí fueron los gritos de Haila. Bajé las escaleras y miré. Había tanta gente, que no pude ver lo que pasaba. Entonces alguien se apartó, creo que *Mr*. Peterson, y vi el cadáver de Eve. Eso es todo lo que vi y oí. ¿Satisfecho?

—No del todo. ¿Sabe algo acerca de Lee Gray?

—¿Es usted el eco de *Mr*. Peterson? —le dijo ella burlona—. No. Hasta que Peterson me lo preguntó, ni siquiera había oído el nombre. Aparentemente, los demás tampoco. Estoy empezando a dudar de que exista tal persona. —Y de repente se echó a reír—. ¿Eso es todo? ¿Puedo irme ya?

—No, quiero saber una cosa más. ¿Por qué se fue así la noche del estreno?

La risa cesó.

—Eso no es asunto suyo.

—Creo que sí. Puede resultar muy importante el saber por qué usted, en el último minuto, abandonó una oportunidad que había estado esperando años enteros. ¿Por qué lo hizo, Alice?

—Le digo que no es asunto suyo. No fue nada. —Se volvió hacia mí—. Si usted y Tommy no se hubieran puesto tan histéricos, no

habría pasado nada. Volví con tiempo de sobra.

—Debería haberle dicho a Tommy adónde iba.

—No… no me habría dejado salir —murmuró.

—Creo que es mejor que lo cuente todo, Alice —dijo Jeff—. A la larga, nos ayudará. La policía no les tiene mucha simpatía a las gentes que guardan secretos.

Se levantó, dándonos la espalda, y pasó la palma de la mano sobre las teclas, que lanzaron un sonido discordante.

—La policía no sabe nada. Tommy no hablará. Y como no sea que Haila o usted…

—Haila no hablará —dijo Jeff—. Pero yo, sí.

Ella se volvió. Sus ojos se fijaron vacilantes en el rostro de Jeff, y luego en el mío. Al fin, dijo:

—No les interesa lo más mínimo saber por qué lo hice. Sólo me importa a mí. No sé quién envenenó a Carol Blanton, aunque sé que hay muchos a quienes les gustaría hacerlo. Es un parásito que emplea el teatro como un medio de subir, que no le interesa…

Estaba harta de oír insultar a Carol.

—A Carol le encanta el teatro. No la conoce bien, Alice.

—¿Sí? ¿Y lo de Tommy Neilson?

Jeff me miró interrogativamente. Yo me encogí de hombros.

—Alice nos lo dirá… yo no lo sé.

—No sea inocente —exclamó Alice—. Tommy está locamente enamorado de la Blanton, y ella jugará con él hasta que le haya sacado todo lo que pueda.

Yo casi me eché a reír al oír su acusación.

—Eso no es cierto, Alice, es un absurdo. Cuando una muchacha quiere casarse por dinero, no elige una de las personas más pobres de Nueva York. Y el pobre Tommy no tiene ni un centavo.

—Por eso es tan horrible. Me figuro que la cree capaz de amarle por lo que él es.

—¡Amar a Tommy! —Entonces sí que me reí—. ¡Pero, Alice, si casi no lo conoce! Para ella es igual que Philip Ashley, Clint Bowers, o Nick, el portero.

—Alice, dígame una cosa —le dijo Jeff—. Usted y Tommy… ¿son buenos amigos?

—¡Me debía haber imaginado que iba a pensar eso! No. Nos tenemos simpatía; nos entendemos. Tom es una gran persona; el teatro va a deberle muchas cosas. Por eso me indigna tanto ver cómo juega con él un parásito trapisondista como la Blanton…

—Alice, va a hacerme creer que odia a Carol, y el odio, como sabrá, conduce al asesinato. El odio y los celos. No puede probar que no envenenó a Carol y asesinó a Eve, lo mismo que los demás, así que, en su caso, yo no hablaría de ese modo.

Alice apretó los puños y se puso pálida como una muerta.

—No tengo celos de ella ni la odio. No me expondría a destrozar mi vida, por acabar con la suya. No lo merece. Ahora, por favor, déjenme en paz.

Salió de la habitación, casi corriendo. Oímos cómo subía con paso torpe y precipitado la escalera y, un segundo después, una puerta se cerró ruidosamente sobre nuestras cabezas. Yo miré a Jeff.

—Vamos —me dijo él—. Afuera habrá aire más puro.

Había demasiado aire. El viento, que azotaba furiosamente la Calle 53, me pilló con las manos en alto, y un chófer detuvo su auto para ver cómo me bajaba las faldas. Jeff se acercó de una zancada al sonriente imbécil.

—¡No, Jeff! —grité—. ¡No quiero escenas!

—La escena la has dado tú —dijo Jeff por encima del hombro. Y le dio al chófer la dirección de Tommy Neilson.

—¿Te has hecho la ilusión de que has encontrado al fin el criminal? —le pregunté dulcemente.

—Estoy deseando ver la expresión de tu cara cuando haya solucionado este asunto —gruñó Jeff—. Reconozco que no descubrí el por qué Alice salió del teatro, pero no lo hice tan mal. La muchacha me descubrió hasta el fondo de su corazón.

—Lo único que hizo fue decir tonterías. ¡No creo que Bowers le prometiera el papel de Carol, y menos creo lo de Tommy! Llevó a

Carol a comer una o dos veces, porque sabía que no tenía un céntimo, la acompañó a casa unas cuantas veces y eso fue todo.

—Vamos a ver lo que nos dice Tommy —dijo Jeff.

Pero no lo vimos. Tommy había salido. Desde el Bristol, Jeff llamó a Greeley Morris, pero, según la telefonista del Gotham, *Mr*. Morris no quería que lo molestaran. Volvimos al auto y Jeff le dijo que nos llevara al Alexandria.

—La próxima visita de la lista… Amelia.

—Pero, Jeff, ¿por qué Amelia?

—¿Por qué no?

—Muy bien, pudo haber envenenado a Carol. Pero nunca habría confundido a Eve con Carol, fuera Eve como fuese. Llevaba con ella siglos. Es un absurdo que Amelia… Jeff, no puedes pensar que haya sido ella.

—No sé quién fue. Pero Amelia estaba siempre en el teatro. Cuando no tenía que prepararle algo a Eve, no hacía otra cosa. Se sentaba y oía lo que decían los demás. Tú me lo has dicho. La llamabas la Esfinge de los ojos penetrantes. A lo mejor puede decirme algo. Puede tener un indicio, un indicio de lujo, con lentejuelas, sin haberse dado cuenta de que lo tiene.

Nos detuvimos delante del Alexandria. En el vestíbulo, Jeff me mostró con orgullo al empleado que tan útil le había sido en su primera visita.

Amelia nos abrió la puerta y, cuando la vi, me arrepentí de haber dejado que Jeff fuera. Molestarla con preguntas era despiadado. Su cara fea y oscura estaba llena de dolor, los ojos hinchados por las lágrimas. Su fuerza y su serenidad habían desaparecido, dejándola convertida en una mujer cansada y llorosa. No se sorprendió al vernos. Probablemente le habían molestado cien personas más antes que nosotros. En el centro de la habitación vi un baúl-ropero, medio lleno, y uno de los amplios negligés que usaba Eve colgaba arrugado del brazo de Amelia.

Jeff le dijo con mucha suavidad.

—¿Podría hablar con usted, Amelia?

—Sí. —Y nos indicó unas sillas con cansada paciencia.

—Queremos que nos ayude, si puede. Si encontramos a la persona que trató de asesinar a Carol Blanton, habremos encontrado al asesino de *Miss* North. Se da cuenta de ello, ¿no es así, Amelia? Y creemos que, si quiere, puede ayudarnos. Ha estado mucho tiempo en el teatro, durante los ensayos y las funciones. A lo mejor se ha fijado en algo que no vieron los demás.

Ella miró fijamente a Jeff, moviendo los labios en silenciosa repetición.

—Yo estoy siempre en el teatro, cuando *Miss* North trabaja. Siempre cuidé de ella.

—Ya lo sé, Amelia. Estaba preparándole algo la noche en que pusieron el veneno en el vaso de Carol Blanton, ¿no? Entre el segundo y el tercer acto, ¿recuerda?

Ella asintió silenciosamente con la cabeza.

—Estaba calentando agua para su té. Siempre le gustaba beber una taza de té entre acto y acto. Y como no entraba hasta mediado el tercer acto, no me di prisa.

—Cuando atravesó aquella noche la escena para ir a la cocina, Amelia, ¿vio a alguien?

—Casi todos los tramoyistas estaban trabajando.

—¿Alguien más?

—*Miss* Thompson. Estaba poniendo la mesa.

El esperanzado rostro de Jeff se nubló.

—¡Oh… la atravesó antes de que hicieran el trabajo sucio! ¿Y luego, qué?

—Hice el té y, uno o dos minutos más tarde, entró *Miss* Thompson. Entonces, yo volví al camarín de *Miss* North con la tetera.

—¿Había alguien en la escena cuando volvió a pasar por ella?

—No atravesé el escenario, pasé por detrás. No vi a nadie.

—Y anoche, cuando acuchillaron a *Miss* North y Haila gritó, usted estaba también en la cocina.

—Salía en aquel momento. Atravesaba la parte de detrás del escenario, cuando ella empezó a gritar. *Mr*. Bowers me vio, porque estaba sentado allí. Dio un salto al oír los gritos y pasó corriendo delante de mí, pero sé que me vio.

—Sí, Amelia, así lo dijo. —Jeff se inclinó hacia delante y le preguntó con interés—. Amelia, ¿ha notado algo raro en relación con *miss* Blanton? ¿Alguna cosa? ¿Vio si alguien espiaba sus movimientos o la seguía? ¿Sí?…

Ella no le escuchaba. Sus ojos, que miraban sin ver, recorrieron la habitación, mientras decía con voz monótona:

—Cuando volví todos la estaban mirando, mirando su pobre espalda. Nadie la había visto, más que yo. Yo fui su enfermera en el hospital, cuando ocurrió. En un hospital de Detroit. Dejé de ser enfermera para quedarme con *Miss* Eve. Desde entonces, estuve siempre con ella. *Miss* Eve me pagaba y yo trabajaba para ella. Pero era su amiga. Quizá su única amiga. Conocía muchísima gente, pero no eran amigos suyos. No iba a fiestas, ni las daba. No era como otras actrices, que siempre andan de acá para allá. No le gustaban los hombres, no quería tenerlos cerca. Le hacían recordar que no era enteramente hermosa, que tenía la espalda quemada. Yo era su única amiga.

—¿Y *Mr*. Bowers, Amelia?

Amelia meneó la cabeza.

—*Mr*. Bowers era su empresario y su agente. Todas las estrellas tienen su agente. En el teatro siempre fue así. Una actriz como *Miss* Eve no se molesta en tratar cuestiones de negocios. *Mr*. Bowers era bueno con ella, y ella no quería trabajar con otro que no fuera él. Él nunca le pidió que se pusiera un vestido que le descubriera la espalda. Cambiaba toda una obra, con tal de que no tuviera que hacerlo.

—¿Entonces él sabía lo del accidente? —le pregunté.

Ella no me había oído.

—*Miss* Eve no quería trabajar más que con *Mr*. Bowers. Él era bueno con ella. Comprendía lo que significaba para una mujer

hermosa el ser en parte fea. A veces, pensaba que a *Miss* Eve le gustaba tenerme cerca porque yo soy fea de los pies a la cabeza.

Jeff trató de volver a Carol.

—Amelia, ¿le pareció que *Miss* Blanton tenía miedo de alguien? ¿Que evitaba la compañía de alguien?

—Cuando la llevaron al hospital, tan hermosa y tan horrible a la vez, fue la única vez que lloré en toda mi carrera de enfermera. Hice que los médicos guardaran el secreto de las espantosas cicatrices. Y cuando salió del hospital, me fui con ella.

—Amelia —dijo Jeff.

—Nunca me separé de ella más que el tiempo estrictamente necesario. Y, en ese caso, porque iba a hacer algo para ella. No quería que estuviera mucho tiempo lejos de ella. Creo que tenía miedo de que alguien descubriera lo que le pasaba. Ahora está sola en la sala funeraria. Van a llevársela a Michigan para enterrarla. Ella no conoce allí a nadie, simplemente nació allí. Recuerdo el día que la trajeron al hospital. Yo era enfermera…

Le toqué a Jeff en el brazo y nos fuimos. Cuando cerraba la puerta, vi que Amelia doblaba el negligé color naranja y lo guardaba en el baúl.

La noche anterior había sido horrible y trágica, grotesca y fantástica. Sus consecuencias eran desgarradoramente reales. Salí casi corriendo del triste lugar donde Eve North había vivido y donde, ahora, una vieja cansada estaba poniendo en orden la casa de Eve.

IX

EL COMEDIÓGRAFO

Yo rezaba secretamente para que *Mr*. Greeley Morris siguiera sin deseos de que nadie le molestara. El empleado del escritorio frustró mis esperanzas. Después de hablar brevemente por teléfono, anunció sonriente que *Mr*. Morris nos iba a recibir.

Seguí a Jeff de mala gana al ascensor.

—Pero ¿por qué tenemos que verle, Jeff? Yo no tengo ganas.

—No es más que una visita social. Un apretón de manos a través del océano.

—Bueno, ¿y por qué tengo que ir yo?

—Tú das a la visita el toque social. Yo, el sabueso, me ocultaré detrás de tu encanto.

—¡Pero si es inútil! Sabes muy bien que él…

—¡Chiss! El ascensorista puede estar pagado por él. ¡El doce, por favor!

Al llegar a la puerta marcada con el 1211-3, me puse a buscar nerviosamente un cigarrillo en la cartera. Jeff meneó la cabeza. Se abrió la puerta y Greeley Morris parpadeó soñoliento al vernos. Todavía estaba en pijama.

—¡Buenas tardes, *Mr*. Morris! —El énfasis que Jeff puso en el «buenas» era terrible.

El comediógrafo nos miró y yo enrojecí y me sentí empequeñecer. Cuando al fin me hubo reducido a un pigmeo escarlata, dijo, sonriendo de labios afuera:

—Entren, por favor. Me alegro mucho de verlos.

Tratando de aparentar que no me había dado cuenta de que estaba en pijama, seguí a Morris y entré en la habitación.

—Siento mucho el que nos veamos obligados a importunarle así —dijo ligeramente Jeff.

—Estoy seguro de que no le quedaba otra alternativa. ¿Me permiten que me limpie los dientes? —Y desapareció en el cuarto de baño.

Yo iba a salir corriendo. Sin duda se me notó en la cara, porque Jeff me obligó a sentarme en una silla.

—Se acabará antes de lo que crees. Quiero simplemente saber qué clase de tipo es.

—En pijama no parece un asesino. Jeff, ¿tienes tú uno igual?

—¿Dónde iba a conseguirme uno así? Probablemente cuestan nueve libras. Con un solo pantalón.

—¿No vas a sentirte embarazado cuando Morris te pregunte qué diablos quieres?

—Su autógrafo. —Jeff estaba hojeando un libro grande que había encontrado en una mesita—. ¡Un libro de recortes! ¡Y otro más! Haila, creo que tiene siete. ¡Greeley Morris, el Sofisticado número uno del mundo tiene libros de recortes! Deben empezar con una canción de cuna que recitó en el jardín de infantes.

Jeff consiguió dejar los libros en su lugar y alejarse de la mesa, antes de que Morris volviera.

Su bata me hizo lanzar una exclamación; en realidad, al ver sus ropas me entraban ganas de ser hombre. Después de llamar y pedir que le enviaran café, encendió uno de sus largos y extraños cigarrillos. Sonó el teléfono. Morris contestó y, por lo visto, se trataba de una entrevista. Su cortesía me sorprendió.

—¿Quiere saber si me gusta América? Es un lugar muy animado, mucho. Las mismas gentes están llenas de vida… las mujeres son muy lindas. Cuando veo una fea, me vuelvo y me quedo mirándola. En Inglaterra, cuando un hombre ve una mujer hermosa, se sorprende tanto que se casa con ella. El matrimonio me parece bien,

desde luego, aunque tiene la tendencia de aumentar la población… ¡Oh, sí, me encantan los niños —cuando son ya mayores! Yo fui niño en una ocasión y no me gustó. Mi primera ambición fue tener cabellos grises. Ahora, mi ambición es tener cabello—. Desde luego… me encanta que me haya llamado. Me he sentido muy solo, terriblemente solo —porque no he podido estar solo ni un momento.

Colgó, y Jeff se preparó al ataque. Pero el teléfono volvió a sonar. Esta vez era una muchacha llamada Gladys, y Morris habló amablemente con ella, o mejor dicho, le habló a ella. Gladys no tuvo muchas oportunidades de decir una palabra. El camarero entró con el café y Morris se lo describió minuciosamente a Gladys, mientras él aguardaba la propina. Al fin, con el rostro enrojecido y la mirada furiosa, se marchó, mientras Morris reía a carcajadas. Un momento después de que colgara, Gladys llamó de nuevo. Quería saber por qué le había telefoneado Morris. Entonces, durante diez minutos, discutieron quién era el que había llamado a quién.

Al fin terminó y Morris se sirvió el café. Parecía vagamente sorprendido de que Jeff y yo estuviéramos aún allí.

—¿Y bien? —dijo irónicamente—. ¿Por qué quería matar a *Miss* Blanton? ¿Por qué acuchillé a *Miss* North? Como comprenderán, es justo que me informen de lo que hice.

Jeff hojeó un montón de recortes. Vi que eran críticas de «Manzanas Verdes». Morris se cruzó de piernas y encendió otro cigarrillo. Abajo, en la calle rugía el tránsito, acentuando el silencio de la habitación.

Yo cerré los ojos y empecé.

—Siento mucho, *Mr*. Morris, que su primera visita a Nueva York le haya resultado tan desagradable. Debe odiar nuestra ciudad.

—Su hermosa ciudad no ha despertado en mí ninguna emoción, y mucho menos la del odio. En cuanto a lo del asesinato, en Londres los tenemos también. Eso sí, en Londres nos permiten ignorarlos.

Jeff echó sobre la mesa los recortes.

—Dígame, Morris, ¿por qué se porta como si este asesinato le aburriera?

—Porque estoy aburrido. ¿Quiere que me intrigue la muerte y el intento de asesinato de dos actrices americanas, famosas sólo por la susodicha muerte y el intento de asesinato? La muerte me aburre. Me parece que ni siquiera apreciaré la mía.

Jeff lo miró con disgusto.

—Eso no suena a cierto. La policía le ha obligado a quedarse aquí por culpa de ese asesinato. Usted es uno de los sospechosos. Por lo menos, debería estar algo interesado. Su aburrimiento es demasiado elaborado, como el personaje de una de sus obras.

—Un cumplido, se lo aseguro.

—Usted sabe que es uno de los sospechosos. Usted pudo haber envenenado a Carol Blanton.

—Eso me dijo Peterson. Sin embargo, no pude haber acuchillado a su primera actriz, porque no estuve anoche en el teatro.

—Quiere decir que no le vieron anoche en el teatro.

—¿Que no me vieron? —Morris parecía perplejo, y luego sonrió —. ¡Oh, sí, claro! Me había olvidado de que puedo convertirme en calabaza cuando quiero. ¿Vieron ayer una calabaza en el teatro, *Mr*. Troy?

—¿Dónde estuvo entre las nueve y media y las diez y media, *Mr*. Morris?

—¿De veras le interesa?

—Me gustaría saberlo.

—Después de una cena muy mala, alegrada únicamente por el hecho de que estaba solo, me fui de paseo. Anduve y anduve. Probablemente desde las ocho hasta medianoche.

—¿Anduvo? ¿Eso es todo?

—A veces di saltos. Me encanta dar saltos.

—¿Quiere decir que no se detuvo a hablar con nadie? ¿Ni a beber?

—No.

—¿Sabe dónde estaba a eso de las diez?

—Sí. En ese sitio… en el Battery. Mirando los barcos que partían para Inglaterra con los ojos llenos de lágrimas.

—¿No lo vio nadie?

—¡Con los ojos rojos e hinchados! ¡Así lo espero!

—Quiero decir —prosiguió Jeff con admirable paciencia—, ¿no tiene ningún testigo que pruebe que estaba donde dice a la hora en que Eve North fue asesinada?

—No, claro que no. Me entran ganas de pegarme. Uno debería tener siempre un testigo, cuando sale a andar. Pero yo me los dejé todos en Londres. En alcanfor. ¡Qué descuido el mío!

Cuando sonó el teléfono, me entraron ganas de besarlo. Morris se estaba divirtiendo demasiado a costa de Jeff. Este se acercó a la mesa y se llevó el receptor al oído.

—Hola. Sí, pase la comunicación. —Se volvió a Morris—. Una importuna. Le libraré de ella. Hola… sí, habla Greeley Morris.

Morris hizo un rápido movimiento en dirección al teléfono.

—Yo puedo muy bien…

—¡Diablos! —gritó Jeff—. ¡Colgó! ¡Operadora!

Morris se tiró hacia el teléfono y Jeff lo contuvo con una mano, mientras con la otra agitaba frenéticamente el receptor.

—¡Operadora! —gritaba—. ¡Operadora, averigüe de dónde procede esa llamada! ¡Ahora mismo! Sí, puede hacerlo. ¡Demonios, deje de hablar y hágalo! ¿No ha oído hablar del asesinato del Colony? ¿No ha leído nada acerca de una muchacha llamada Lee Gray? ¡Oh, sí! ¡Bueno, pues la que hablaba era Lee Gray! Ahora, por amor de Dios —le rogó—, ¿quiere averiguar de dónde procedía la llamada? —Dejó el teléfono y se volvió hacia nosotros—. Me llamará. ¡*Miss* Lee Gray quiere hablar con *Mr*. Greeley Morris! ¿Qué dice a eso, *Mr*. Morris?

—Una treta muy ingeniosa y muy divertida. Sin embargo, no tengo ni la menor idea de quién es la dama, ni por qué me llama. Si es que era ella.

—Jeff —le dije—, ¿cómo era la voz?

—Cómo… no lo sé. No dijo más que una palabra: Greeley.

—¿Así que me llama Greeley?

—Sí, ¿y no la conoce? ¡Vaya si la conoce!

—Yo he oído a algunas vendedoras llamar Jorge a Su Majestad.

Al cabo de un momento volvió a sonar el teléfono. Jeff lo contestó. Escuchó, dio las gracias y colgó.

—Llamaba desde un teléfono público de una farmacia de Madison Avenue. —Jeff estaba disgustado—. ¡Un teléfono público de una farmacia! De mucho nos sirve. Pero llamó a *Mr*. Morris y eso es algo.

—Sí, ¿no es cierto? —dijo Morris—. Pero ¿el qué?

—Me gustaría que nos dijera quién es.

—No lo sé —dijo él con cansancio.

—Y yo no le creo —dijo Jeff—. En cuanto a lo de su paseo, tampoco lo creo. Dudo que haya dado cincuenta pasos consecutivos en toda su vida. Si los hubiera dado, no tendría ese aspecto bilioso. Vamos, Haila.

X

EL HOMBRE QUE NO ERA JEFF

Lee Gray, la muchacha a quien nadie había visto ni nadie conocía. La policía no había logrado descubrir su rastro. Y sin embargo, estaba en Nueva York; tenía que comer en alguna parte, dormir en alguna parte y, entre los siete millones de habitantes tenía que haber algún amigo suyo. Dos noches antes había entrado en el Teatro Colony, le había dejado una nota a Carol Blanton y, a la una menos cinco de aquel mismo día, había entrado en una farmacia de la Avenida Madison y la Calle 54, y había telefoneado a Greeley Morris. ¿Cómo había logrado huir de la red tendida por la policía y por qué —si, como ellos creían, sabía que Carol corría peligro: y había tratado de avisarla— no se había presentado por su propia voluntad a la policía?

Pero Lee Gray no era más que una parte del enigma. Dos días antes, éramos un grupo normal de personas que trabajábamos juntas teniendo el mismo fin: el éxito de «Manzanas Verdes». De repente, Philip Ashley, tan amable siempre, se había peleado con Eve North y me había gritado cuando me aventuré a entrar en su camarín. Tommy Neilson, tan alegre y despreocupado, fruncía el ceño, juraba y bebía demasiado. Carol había perdido la voz y la había recobrado milagrosamente. Alice McDonald, locamente ambiciosa de éxito, había huido cuando estaba a dos dedos de alcanzarlo y se negaba a explicar por qué lo había hecho.

Traté de olvidarme de tanta pregunta que no tenía respuesta. Quería descansar, aunque fuera por poco tiempo, de la despreciativa burla de Greeley Morris, del mudo dolor de Amelia, de la tristeza profunda de Clint Bowers y del desesperado valor de Carol, tan doloroso de ver. Aunque no fuera más que por una hora, quería volver a mi mundo de siempre, donde todas esas cosas no eran más que inflexiones en la voz de un actor y donde los rostros de espanto se borraban con *cold cream* y *Kleenex*.

Cuando daba vuelta a la llave, un hombre alto y de nariz aquilina surgió de las sombras del final del corredor.

—¡Eh, un minuto! —En dos largas y rápidas zancadas se acercó a mí y me miró la cara—. Oh, usted es *Miss* Rogers, ¿eh? Muy bien, puede entrar. Yo soy Crowley. —Su mano se acercó un instante al ala de su sombrero y luego desapareció, perdiéndose de nuevo en la sombra.

Carol dejó de jugar a los solitarios al verme entrar. Brevemente, le di cuenta del resultado de nuestras entrevistas de la mañana. Cuando le hablé de la llamada telefónica del Gotham, sus ojos se clavaron en mi cara.

—¡Oh, Haila! —exclamó—. Si pudiéramos descubrirla por esa llamada; si pudieran encontrarla…

—Si pudieran encontrarla, probablemente nos enteraríamos de todo.

—Pero ¿crees que lo conseguirán? ¡Una farmacia! ¿Se fija alguien acaso en las personas que entran en una farmacia?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Jeff fue a hablarle de eso a Peterson. Ya sabremos lo que hay cuando venga.

Nos callamos y Carol se puso a jugar a los solitarios, distribuyendo sus cartas metódicamente. Yo me tendí en el diván y me puse a fumar cigarrillos.

Eran más de las cuatro cuando llegó Jeff, cansado y abatido.

—Nada nuevo —dijo en respuesta a nuestra muda pregunta—, nada en absoluto. Peterson dice que hará todo lo que pueda para

descubrir el paradero de Lee Gray por medio de esa llamada telefónica, pero es algo desesperado.

—¿Y Greeley Morris? —protesté—. ¡Estoy segura de que sabe algo!

—Dice que no. Volví con Peterson al Gotham. Morris sigue sin conocer a Lee Gray, no la ha visto nunca y no tiene ni idea de por qué lo llamaba. Esa es su historia y no se aparta de ella. ¿Qué podemos hacer?

—Podrían someterle al tercer grado. ¿Lo han hecho?

—No —dijo Jeff con cansancio.

Alguien llamó a la puerta y yo la abrí. Un hombre delgado, vestido con un sobretodo de pelo de camello de un *beige* rosado y un sombrero gris perla, apareció en el umbral. Tuve que mirar dos veces para convencerme de que era Jinx, porque casi no le reconocí sin su uniforme. A su lado estaba Crowley.

—*Miss* Rogers, dígale a este caballero quién soy —dijo Jinx, indicando a Crowley.

—*Mr*. Crowley, le presento a Jinx. Es el ascensorista nocturno.

—Gracias, *Miss* Rogers. Oiga, tengo que hablar con *Mr*. Troy de un asunto importante. ¿Quiere decirle al caballero que puedo hacerlo?

—¿Quiere usted verlo, Troy? —preguntó Crowley.

—Sí —dijo Jeff—. Entre, Jinx.

Jinx entró triunfante, cerró la puerta en las narices de Crowley y murmuró.

—Hable en voz baja, a lo mejor le está escuchando por el agujero de la cerradura.

—No lo hay.

—¿No? —dijo Jinx, decepcionado.

—¿Qué le pasa, Jinx?

—Me han estado interrogando, *Mr*. Troy. Esta mañana fueron a mi casa, me sacaron de la cama y me interrogaron.

—¿Quién le ha estado interrogando, Jinx?

—*Mr*. Peterson. Y *Mr*. Sullavan le ayudó. Pero yo no hablé, *Mr*. Troy —agregó tranquilizadoramente.

Jeff estaba divertido.

—¿Por qué le interrogaban, Jinx?

—Querían que les hablara de los personajes sospechosos que había visto en el edificio. Y yo quería avisarle, *Mr*. Troy, por si acaso me obligan a hablar por la fuerza.

—¿De qué hablas? —le pregunté—. ¿Has visto algún personaje sospechoso?

—Sólo a *Mr*. Troy. Quería avisarle para que se largue antes de que le echen el guante.

—Jinx —dije vivamente—, deja de jugar al gánster.

Él no me hizo caso.

—*Mr*. Troy, más vale que salga de la ciudad y se esconda. Si le pillan, el crimen no da buenos resultados. Yo lo sé, porque he pasado entre rejas varios fines de semana. O, a lo mejor, tiene dinero para pagarse un buen abogado.

—¿Qué es lo que he hecho, amigo? —le preguntó Jeff.

—El domingo por la noche subió aquí y vino al departamento.

—No —dije yo, furiosa—. Te dijimos anoche que estabas equivocado.

—El que viniera no es lo que me hace sospechar de él, sino el que lo niegue.

—¡Pero si no estuve aquí el domingo por la noche, Jinx!

—No estuvo nadie —dije yo.

—¿Habla en serio? Si habla en serio, se equivoca. Alguien vino el domingo por la noche, porque yo lo vi. Pensé que era *Mr*. Troy Por eso no le hablaba a la policía. No quería traicionar a *Mr*. Troy.

—Está diciendo disparates —le dije a Jeff—. Aquí no había nadie. Pero si fue la noche que íbamos a ir a la fiesta de los Scriveners, ¿recuerdas? Y tú me llamaste al teatro y me dijiste que no podías ir. Yo me vine con Carol a casa, en cuanto salimos del teatro. Y las dos nos acostamos enseguida. ¿No es cierto, Carol?

Ella asintió, con los ojos fijos en Jinx.

—Pues yo conozco a un hombre cuando le veo —dijo él—. Fue un poco antes de que volvieran a casa, pasadas las doce. Me detuve en este piso para poner una bombilla y el hombre ése estaba ante su puerta. Y tenía una llave. Pensé que debía ser *Mr*. Troy, pero me extrañó que hubiera subido por la escalera en vez de venir conmigo.

—Probablemente alguien que trataba de abrir equivocadamente la puerta.

—No, señorita. Porque la abrió y entró. Y cerró la puerta tras él.

Carol exclamó impaciente.

—Tienes que estar equivocado, Jinx, porque no había nadie cuando llegamos aquí.

—Debió de salir de nuevo —Jinx era terco.

—¿Estás seguro, Jinx?

—Claro que lo estoy.

—Entonces, ¿por qué no hiciste nada? —le pregunté—. ¿Por qué dejas que hombres extraños entren y salgan en mi departamento?

—Le dije que creí que era *Mr*. Troy.

Yo miré a Jeff.

—¿Crees que nos visitó un ladrón? No debería ser muy bueno. No falta nada, que yo sepa.

—Tuvo suerte —dijo Jinx.

—Después de esto, Jinx —le previne—, si ves que algún hombre intenta entrar aquí, le das una paliza.

—*Okay*, *Miss* Rogers. Buenas noches. —Y se dirigió hacia la puerta.

Jeff lo detuvo.

—Un momento, Jinx. ¿Qué tipo tenía el hombre de la puerta?

—Se parecía a usted. Más bien alto. Más bien delgado. Ya sabe.

—¿Cómo iba vestido?

—Un traje corriente. Sombrero y sobretodo.

—¿De qué color?

—Oscuros. No podía ver bien. Porque una de las luces del *hall* estaba quemada. Pero creo que eran oscuros… más o menos.

—Escucha, Jinx, ¿reconocerías a ese hombre si volvieras a verlo?

Jinx reflexionó.

—Si no era usted… no, creo que no. La luz estaba…

—*Okay*, Jinx, gracias. —Jeff se volvió hacia nosotros, cuando Jinx cerró la puerta tras él—. Haila, piensa bien. ¿Sabía alguien del teatro que ibas a ir a la fiesta de los Scriveners?

—Pues… sí, creo que lo sabían todos. Yo había hablado mucho de ella.

—¿Sabía alguien que Carol no iba a ir, que iba a volver directamente a casa después de la función?

—Sí, eso creo. Yo me pasé toda la tarde pidiéndole que viniera, y Carol se negó todo el tiempo.

—Y entonces, trata de recordar esto, Haila. ¿Le dijiste a alguien que… después de todo tú tampoco ibas a ir?

—Yo… no. No, estoy segura de ello. Tú me llamaste cuando iba a salir del teatro. Decidí que no quería ir sin ti y salí corriendo para alcanzar a Carol. Volvimos a pie a casa.

Me daba cuenta de lo que Jeff quería aclarar. Carol también, porque se había quedado mirándole con los labios ligeramente entreabiertos y apretando con fuerza su copa de coñac.

—¿Cuántas llaves tiene el departamento? —me preguntó Jeff.

—Dos. Yo tengo una, y Carol la otra.

—¿Dónde están?

—La mía en mi bolso. La utilicé anoche para entrar. —Busqué en mi bolso y le mostré la llave a Jeff.

—¿Dónde está la suya, Carol?

Ella lo miró sobresaltada, como si no le hubiera estado escuchando y se esforzara frenéticamente por reunir los trozos de conversación que había oído.

—Carol —dije yo—, ¡tu llave! ¿Dónde está?

—Está… en mi bolso azul, creo. Sí, sí, allí está.

—Vaya a buscarla —dijo Jeff.

Su bolso estaba en la mesita del vestíbulo. Yo lo traje y se lo entregué. Comenzó a vaciarlo, lentamente al principio —un pañuelo, una polvera, un monedero… Luego sacó rápidamente lo demás—

lápices de labios, un espejo, tarjetas, cigarrillos. Pero ninguna llave. Carol levantó la mirada del montón de cosas extendido ante ella y nos miró, con incredulidad.

—No… no está aquí —dijo.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—No… no lo recuerdo.

—La tenía el domingo por la noche —dije yo—. Cuando nos íbamos para el teatro, yo te la di. La tomé de la repisa de la chimenea y tú la metiste en el bolso… en ese bolso.

—Sí, eso es —asintió Carol.

—¿Y después del domingo por la noche? —preguntó Jeff.

Ella cerró los ojos, esforzándose por concentrarse.

—No puedo pensar bien, Jeff. Estoy tan cansada…

—Yo usé mi llave el domingo por la noche, cuando volvimos a casa —dije lentamente yo—. Y el lunes… ¡el lunes por la noche, en el teatro, tú me pediste la mía, Carol!

—¡Entonces no ha visto su llave desde el domingo por la noche, Carol! —dijo Jeff.

—Yo… no, creo que no.

—Pero ¿el domingo por la noche la llevó al teatro en el bolso?

—Sí.

—¿Dónde lo dejó?

—En nuestro camarín. En mi tocador.

—¿Toda la noche?

—Sí.

Jeff se sentó y lanzó un silbido.

—Todo el mundo en el teatro sabía, o podía saber, que Haila se iba a una fiesta y que Carol iba a volver a casa… sola. Cualquiera pudo entrar en el camarín, mientras estaban en escena, y llevarse la llave. Pudo venir aquí antes de que llegara Carol, abrir la puerta con la llave y esperar.

La espina dorsal se me heló.

—¿Entonces, el lunes no fue el primer día que Carol corrió peligro? El hombre que robó su llave y vino aquí… vino aquí para…

—Así lo temo —dijo Jeff.

Carol protestó en voz muy alta.

—¡No, Jeff, no! ¡Le digo que cuando Haila y yo volvimos no había nadie aquí!

—Desde esa ventana —señaló Jeff— pudo verlas venir por la calle. Vio que Haila venía con usted. Y tuvo tiempo de sobra para irse. Por la escalera… o por la salida de emergencia.

—¡No, no es eso, no lo creo! ¿Quieren hacer el favor de dejar de hablar de que van a matarme? ¡Se sienta y se pone a pensar de qué modo pueden hacerlo! Me pone… no puedo.

Salió corriendo de la habitación. Yo iba a seguirla, pero me detuve, comprendiendo lo inútiles que serían mis consuelos. Jeff tecleaba nerviosamente en los cristales de la ventana. Cuando habló, me sorprendió la excitación que había en su voz.

—Haila, cuando fuimos hoy a ver a Vincent Parker, él habló de que había visto a Clint Bowers el domingo por la noche, ¿no?

—No lo recuerdo, Jeff.

—¡Claro que lo recuerdas! Dijo que salieron juntos por la Avenida Lexington, y…

—¡Oh, sí! A Parker se le había ocurrido una idea para el tercer acto. Fue después de la representación privada.

—¡Así es! Y se separaron delante de Zollers. Ahí; a la vuelta de la esquina. No hay otro Zollers, ¿no es cierto?

—No, que yo sepa, Jeff, quieres decir que… ¡que Clint era el hombre que Jinx vio en la puerta! No podría haber confundido a Clint contigo, es mucho más grueso y…

—¡Aguarda! ¿Quién dijo Parker que acompañaba a Clint?

—Tommy… ¡Tommy Neilson! ¡No, Jeff! ¡No pudo ser! Tommy no entraría aquí escondiéndose y… ¡oh, Jeff, no! ¡Tommy, no!

—¡Toma tu abrigo, Haila!

—¿Por qué? ¿Adónde vamos?

—A ver a Clint Bowers. A enterarnos de dónde se separó de Tommy. Tommy encaja tan bien como yo en la descripción de Jinx. ¡Pudo haber sido él!

—Pero no debemos dejar a Carol sola en este momento.

—No estará sola. —Abrió la puerta y la alta sombra de Crowley apareció en el rectángulo de luz que salía del *living*. Yo tomé mi abrigo y, pasando delante de él, seguí a Jeff al ascensor.

XI

LA LLAVE PERDIDA

Osuga, el criado japonés al que había visto algunas veces en el teatro, nos hizo entrar en la biblioteca del departamento de Clint Bowers, y nos dijo que *Mr*. Bowers estaba ocupado y que hiciéramos el favor de esperarle allí.

La biblioteca era una de esas habitaciones que salen fotografiadas en las revistas para dejarle a uno descontento de su casa. Era puro Clinton Bowers, desde una punta hasta la otra. Una de las paredes era casi enteramente de cristal y, a través de ella, el East River resultaba tan cercano y acogedor, que a una le entraban ganas de convertirse en uno de los muchachos de Punto Muerto. Los libros cubrían las demás paredes, desde el suelo de *parquet* hasta el techo con vigas de roble. Un diván se extendía lujosamente delante de una chimenea que daba la impresión de estar constantemente encendida, y que tenía una repisa de una madera de color rojizo que desafió mis conocimientos de la familia forestal. Tres grandes sillones, tapizados de un cálido y blando cuero rojo oscuro, nos rogaban que aceptásemos su hospitalidad. Junto a las ventanas había un escritorio, no atestado de papeles, pero tampoco imponentemente vacío. Se comprendía que las cosas que había en él —unas pipas viejas, un abrecartas doblado y verdoso, una figurita de bronce, con un brazo de menos— habían pertenecido a Clint desde sus años de estudiante. La habitación entera estaba amueblada para ser usada muy a menudo y con toda comodidad.

Recorrí las estanterías, sacando algún libro que otro, al azar, preocupada aún por Tommy Neilson. *Que no sea Tommy el hombre de la llave, que Tommy no sea el asesino. Si fuera alguien que conozco, que sea…*. Me interrumpió un silbido de Jeff, que se había detenido a la derecha de la chimenea, delante de un estante que tenía una serie de libros encuadernados todos en un hermoso tafilete. Eran obras teatrales —«Noche de Epifanía», «Julio César», «Sakuntala», una dramatización de «El Idiota, —de Dostoievski—, Rosmersholm» de Ibsen, dos obras de Pirandello, «La Gaviota» de Chejov, una de las primeras obras de Eugene O'Neill y tres o cuatro más desconocidas para mí.

Jeff acarició los lomos con cierto respeto.

—¡Bowers no compró estos libros en un puesto de diarios!

Todos los demás estaban muy bien encuadernados, pero aquellos eran una maravilla. Me pregunté si aquel estante contendría sus obras favoritas y de repente comprendí la verdad.

—¡Pero si éstas son las obras que él produjo! ¡Claro! Yo vi «Sakuntala». Todas mis compañeras de curso vinieron conmigo a verla, una matinée. Y el mismo año, hizo «César».

—¿Y cómo se las arregló para darle a Eve North el papel de estrella en «Julio César»?

—Eso era antes de Eve. Fue cuando Bowers producía las obras de los clásicos, sin ninguna estrella, y era el niño mimado del teatro americano.

Busqué las obras que había hecho Eve North y, mientras las buscaba, comprendí que no estarían allí. En aquella biblioteca no había un lugar para esa clase de obras frívolas y ligeras.

Traté de abarcar la habitación con una sola mirada.

—Me gustaría pasarme un año entero aquí —dije.

—El año que quiera, Haila. —Bowers estaba en el umbral, con la mirada cansada y la cara pálida, pero sonriente. Detrás de él se hallaba Steve Brown.

Inmediatamente, Jeff me hizo con discreción una seña —con tanta discreción que casi la pasé por alto— pidiéndome que me

ocupara de Steve, y yo logré convencerle e hice que se sentara a mi lado en el diván. Por encima de su hombro podía ver a Jeff y Clint que hablaban en voz baja, junto al escritorio, con las cabezas muy unidas.

—¿Cómo está Carol, Haila? —dijo Steve.

—Bien. De veras, Steve, se está portando estupendamente.

—Ya lo sé. —Apretó los puños—. ¡Dios mío! ¿Quién puede querer hacerle una cosa así a una chiquilla como Carol? ¿Qué daño puede haberle hecho a nadie? ¿Quién es capaz de querer hacérselo a ella, de querer asesinarla?

—Eso es lo que nos preguntamos todos… y más que nadie, Carol.

—Ojalá… —Se puso en pie, con impaciencia. Yo lancé una mirada de desesperación a Jeff, y él y Bowers dejaron de hablar. Parecían desanimados y turbados, pero no logré descubrir en ellos nada más. Steve se acercó con paso inquieto al sillón que había junto a la ventana, y se dejó caer en él. Reinó un silencio embarazoso que cortó el timbre del teléfono.

Bowers tendió la mano hacia el aparato.

—¿Sí? ¡Oh, sí, Peterson!… Sí, tenemos el manuscrito de trabajo. Ahí está todo… Sí. Bueno, Febe Thompson lo tiene… Sí, claro está que puede pedírselo. Ahora mismo le telefonearé… No, no en absoluto. Adiós.

Se volvió a nosotros, con expresión perpleja.

—Peterson quiere ver el manuscrito de trabajo de «Manzanas Verdes». Y, por lo visto, lo quiere con toda prisa.

Jeff asintió.

—Creo que sé por qué lo quiere, porque esta tarde hemos estado hablando. Están trabajando para descubrir quién puso el veneno en el escenario. Me figuro que quiere saber cuál de los actores pudo estar lo suficientemente cerca de la mesa el tiempo necesario para hacerlo.

—Lo siento, pero no encontrarán ahí gran cosa. Durante el tercer acto, todo el mundo se acerca a la mesa, por un motivo u otro. —

Metió la mano debajo de la mesa, sacó una guía telefónica y empezó a buscar algo en ella—. Thompson… ¡Dios mío, hay millones de Thompson! ¿Sabe alguien dónde vive Febe?

Yo me alegré de poderle ser útil.

—Vive enfrente de mi casa, al lado del Hotel Ecuador.

Bowers cerró la guía y marcó un número. Oímos sonar largo tiempo el timbre del teléfono de Febe y después el ruido de la voz de ésta.

—¡Hola, Febe! Habla Clint Bowers. Dígame, ¿tiene usted todavía el manuscrito de trabajo de la obra? La policía quiere verlo… Sí… No. Peterson le va enviar un hombre a su casa, para buscarlo; quería que supiera que lo hace con mi permiso. Es un policía de paisano y se llama Crowley… Sí, déselo a él. Gracias, Febe.

Me puse en pie de un salto.

—¡Crowley es el hombre que está ahora al cuidado de Carol! ¡Eso significa que la van a dejar sola! Jeff, ¿no crees que debemos volver?

Jeff meneó la cabeza.

—Peterson no enviaría a Crowley sin haber puesto a alguien en su lugar. No le pasará nada, Haila.

Volví a sentarme, no muy tranquilizada, y encendí un cigarrillo.

Steve rompió el silencio al cabo de un rato.

—¿Qué tal van las cosas, Jeff? ¿Hay algo nuevo?

—No gran cosa.

—¿Soy uno de sus diez sospechosos preferidos? —Sonrió, más parecido que nunca a Jimmy Stewart.

—Claro, ¿por qué no confiesa, Steve?

—¿Qué quiere saber?

—Bueno… por ejemplo, ¿quién es Lee Gray?

—¡La buena de Lee Gray! Mi lavandera.

Clint Bowers hizo un repentino movimiento y todos volvimos a callarnos. Para Clinton Bowers, aquel caso no tenía nada que ver con Carol; para él, lo importante era que Eve North había muerto. Nosotros decíamos chistes forzados para impedir que se apoderase

de nosotros la locura, pero él era un hombre de luto, entristecido por su pérdida.

Tratamos de no mirarle cuando se dirigió hacia el fuego y lo atizó más de lo necesario, manteniéndose de espaldas a nosotros. Yo apreté con fuerza los párpados, para impedir que se me saltaran las lágrimas.

Steve se levantó, lanzando un gemido.

—¡Si al menos se aclarara este maldito asunto! Todas esas historias de los diarios, esa maldita publicidad…

Se detuvo y me di cuenta de que lo estaba mirando con furia y desdén. Así que eso era lo que le preocupaba a Stephen Munson Brown, Jr. Así que ésa era la causa de su agitación, lo que le hacía odiar aquel asunto. No sé por qué, pero nunca había pensado que Steve Brown fuera así.

—¡Tú y Philip Ashley! —murmuré.

—No… no lo entiendes, Haila —balbuceó. Miró a Jeff y luego a Bowers. Ninguno de los dos dijo nada. Bowers encendió un cigarrillo con estudiada tranquilidad. Los ojos de Jeff estaban clavados en la ventana—. ¡Oh, diablos! —dijo, y tomó su sombrero. La puerta se cerró tras él antes de que hubiéramos podido abrir las bocas.

—¡Steve Brown! —dije yo—. El muchacho a quien yo tenía por la mejor persona de Nueva York. Me figuro que los Brown de Back Bay no quieren reconocer que existe una cosa tan desagradable como un asesinato.

—Steve es un gran chico —dijo Clint, pero su voz tenía un tono decepcionado.

—Sí, un gran chico —repitió Jeff, mirando aún por la ventana.

Yo recordé lo que nos había llevado allí.

—Jeff, ¿fue Tommy quien…?

Jeff atravesó la habitación y se sentó en el sillón que acababa de dejar Steve.

—No, no era Tom.

Me sentí diez años más joven.

—Sabía que no podía haber sido.

—Tom Neilson y yo volvimos caminando hasta mi casa el domingo por la noche —dijo Clint—. Es decir, fuimos juntos hasta la Calle 75. Cuando nos separamos eran casi las doce y media y Jeff dice que ese hombre…

—Sí, estaba a las doce en nuestra casa. No pudo haber sido Tommy.

—Si Jeff tiene razón y el hombre que estuvo en su casa era el criminal, eso elimina a bastante gente. Lo principal es que elimina a todas las mujeres. Y a Tom Neilson. Y al viejo Benjamín Kerry. Nadie en sus cabales puede confundir a Ben con Jeff. Aunque claro está que nadie sospechó seriamente de él.

Jeff hundió las manos en los costados de cuero del sillón y frunció el ceño.

—Sí, me alegro de que no fuera Tommy —reconoció—. ¡Pero habría sido tan fácil!

—No para Tom —le dije yo.

—No. Es una suerte que yo estuviera con Peterson y Carol anoche, cuando asesinaron a Eve. Si no fuera por eso, el dedo me señalaría a mí.

—¿Por qué?

—Yo sabía que Carol iba a volver sola a casa, y no sabía que tú habías decidido acompañarla. Pude entrar en el teatro y robarle la llave. ¡Y Dios sabe que nadie se parece tanto a mí como yo mismo!

—Bonito trabajo, Philo —le dije—. Prueba que fuiste tú. Ponte la cuerda al cuello.

Pero Jeff había emprendido ya un nuevo camino. Se recostó en el gran sillón de cuero y se volvió hacia Clint, frunciendo el ceño.

—Hay una cosa que me inspira curiosidad, Clint, y creo que podemos aclararla ahora. Se trata de Alice McDonald.

Bowers se limitó a levantar las cejas y aguardar.

—¿Le prometió darle el papel de Carol en «Manzanas Verdes»?

—¿Prometerle el papel? —Parecía sorprendido—. No, no se lo prometí, ni mucho menos. Alice me leyó el papel y me gustó. No es una buena actriz, pero parecía muy compenetrada del papel y yo no

encontraba ninguna persona apropiada para él. Había decidido prácticamente contratarla, cuando Carol me leyó el papel. Pero yo no creí que Alice lo sabía. Como es natural, no se lo había dicho.

—Lo sabe. Y está muy amargada por eso.

—Lo siento. Sabía, eso sí, que esperaba que le dieran el papel. Yo también esperaba dárselo. Pero después de que Carol me lo leyó, ni volví a pensar en ella. En treinta segundos comprendí que Carol era la muchacha que mejor podía encarnar a Dina. Yo…

Las palabras de Clint se interrumpieron, porque a Jeff se le escapó de los labios un gruñido de sorpresa. Se alzó de las profundidades del sillón y miró con incredulidad algo que tenía en la mano. Cuando volví la cara para ver lo que era, cerró el puño.

—¡Haila! —La excitación le hacía casi murmurar—. Haila, ¿cómo es la llave de Carol?

—Como la mía. Tú la has visto.

—¿Es ésta?

Yo fruncí el ceño al mirar la llave.

—Sí. Sí, creo que sí.

—Asegúrate de que tienes la tuya. Puedes haber dejado caer ésta.

La mía estaba en mi bolso y las dos llaves eran idénticas.

—Estaba en este sillón —dijo lentamente Jeff—. Y Steve se sentó en él. Así que, a no ser que… ¿Clint, alguno de los actores de la obra ha estado aquí desde el domingo por la noche?

—No.

Jeff se puso el sombrero.

—¿Dónde vive Steve Brown?

—En el St. Moritz —dijo Bowers—. Voy con usted.

—Yo también —dije poniéndome el abrigo.

Guardamos silencio mientras bajábamos hacia el vestíbulo. El silbato del portero hizo detener un taxi delante de la entrada y nos pusimos en camino hacia el St. Moritz. Yo empezaba a arrepentirme de haber ido. Mi mayor deseo era encontrar al asesino de Eve y mortal enemigo de Carol, pero ver a Steve Brown enfrentándose con

la terrible prueba de la llave de Carol… eso era otra cosa. Steve y yo habíamos pasado juntos demasiados ratos, buenos y malos, cuando buscábamos trabajo.

Estaba pensando que podía escaparme en la calle 59, e ir andando hasta casa, cuando Jeff saltó en su asiento y golpeó furiosamente la ventanilla que nos separaba del chófer. Yo le miré, asombrada. Su rostro se había puesto muy pálido y tenía una expresión que me asustó.

—¡Chófer! ¡Llévenos a toda prisa al cuarenta y tres de la Calle 54 Este! —Su voz era tensa y tenía la cara pálida.

El chófer apretó el acelerador y se salió de la línea para adelantarse a un autobús. Rozó el borde de la acera y se adelantó por la derecha a un auto que se había detenido ante una luz roja. Nosotros pasamos sin hacer caso de la señal. Sonó el silbato de un policía, pero el taxi aceleró aún más la marcha.

—Jeff, ¿qué pasa? ¿Por qué vamos a casa?

Él me dijo, mirándome a la cara.

—Si Crowley dejó a Carol sola, si no enviaron a nadie en su lugar… —Se inclinó hacia adelante y le habló al chófer en voz baja.

—¡Jeff! ¡Quieres decir que Steve fue allí, y Steve sabía que estaba sola! Jeff, no creerás…

—Creo que si este auto no bate el record de velocidad, vamos a llegar demasiado tarde, tal vez.

Yo me eché hacia atrás y cerré los ojos. ¡Jeff tenía miedo! Jeff temía lo que yo. No era mi imaginación que se había puesto a dramatizar. No eran fantasías mías. Steve Brown iba camino de mi departamento, en busca de Carol.

Y Steve Brown era el hombre de la llave.

—¡Oh, deberíamos haberlo imaginado, deberíamos haberlo sabido! Steve era el miembro de la compañía que más se parecía a Jeff. Tenían la misma altura, el mismo cuerpo. Y Steve tenía un sobretodo castaño oscuro.

¡Si no hubiéramos sido tan ciegos y tan estúpidos! Si la hubiéramos prevenido a Carol contra él. ¡Pero Steve! Nadie había

pensado en él. Era amable, torpe y simpático. Carol lo estimaba. No habría creído que quería asesinarla; le abriría la puerta en cuanto él dijera quién era. Se la abriría sin miedo ni inquietud. Y dejaría entrar a su asesino.

Miré a Jeff. Sus manos se hincaban con fuerza en el respaldo del asiento del chófer, como para ayudar al motor y llegar a tiempo. En su cara había una expresión que nunca había visto en ella hasta entonces.

«Si nuestro auto no bate el record de velocidad», había dicho. *Si nuestro auto no se adelanta al auto en que va Steve Brown*, era lo que había querido decir. Teníamos que adelantarnos a Steve Brown. Teníamos que llegar donde estaba Carol, antes que él.

Si nuestro auto no va más aprisa, repetía mentalmente, sin cesar. La calle estaba llena de autos que se arrastraban lentamente, tocando sus bocinas, que se paraban delante de nosotros, que nos detenían. Avanzábamos entre ellos con una lentitud enloquecedora. Todas las señales del tránsito eran rojas y seguían siendo rojas durante un tiempo interminable.

En las palmas de mis manos se veían las señales que habían dejado mis uñas al clavarse en ellas. Al fin llegamos a la Calle 54. Pasamos frente a Madison, frente a Park. Lancé un profundo suspiro y traté de serenarme. Me necesitarían cuando llegáramos allí… si llegábamos a tiempo.

Una manzana y media faltaba. Otra luz roja. Un auto que daba la vuelta delante de nosotros. Otro que se nos adelantaba, obligándonos a pararnos…

Pero antes de que el chófer hubiera echado del todo los frenos, Jeff saltó afuera, seguido de cerca por Clint Bowers. La puerta del ascensor se abrió cuando llegábamos a él. Le tendí a Jeff la llave, mientras nos subían. Un timbre sonó en el tercer piso.

—No se pare —dijo Jeff—. Siga subiendo.

El muchacho lo miró y abrió la boca. Pero el ascensor pasó sin detenerse por el tercer piso. En el sexto, busqué con la mirada la corpulenta figura de Crowley, murmurando una oración.

El *hall* estaba vacío. Mi corazón latió angustiado. Seguimos por el corredor, Jeff metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Steve Brown estaba allí, sentado en el centro del *living*. Cerca de él estaba Carol. Tenía echados los brazos al cuello de Steve, quien había inclinado la cabeza hacia la suya y la besaba.

XII

EL SECRETO DEL ACTOR

Me apoyé contra la pared y lancé un resoplido. Me flaqueaban las rodillas y me faltaba el aliento, así que mi resoplido fue muy débil, pero ellos me oyeron. Steve levantó la cabeza y, al vernos, sonrió avergonzado. Carol se ruborizó y trató de soltarse, pero él la sujetaba con fuerza, echándole un brazo por los hombros.

Le puso la mano debajo de la barba y le obligó a levantar la cara.

—Se descubrió el secreto, Carol. —Y se volvió hacia nosotros—. ¿Me seguían, por casualidad?

—¡Por casualidad! —exclamé—. ¡Te seguíamos como locos para impedir que asesinaras a Carol!

Él nos miró con incredulidad.

—¡Que asesinara a Carol! —repitió, estrechándola aún más contra él—. No quiero asesinar a Carol, sino casarme con ella.

—Vamos… a casarnos —repitió Carol.

—A casarse… —Mi eco era aún más débil.

—Espero que así sea —dijo ceremoniosamente Jeff, dejándose caer en un sillón y lanzando un gigantesco suspiro de alivio.

Yo todavía no me sentía con fuerzas de llegar hasta otro.

—Felicidades, me alegro mucho —dijo Clint, sonriendo.

—Sed felices, hijos míos —dijo Jeff—, y tened muchos hijos, pero, por favor, enseñadles a cuidar mejor las llaves.

Steve frunció el ceño y luego sonrió, embarazado.

—¡Oh, la llave de Carol! Ya pensé que la había perdido en casa de Clint.

—Así es. Y yo la encontré. Y hemos venido persiguiéndole para echarle la cuerda al cuello.

—Carol acaba de contármelo. Me ha dicho que Jinx vino a decirles que había visto un hombre delante de la puerta. Debería haberles dicho quién era. Si me lo hubieran preguntado a mí, lo habría hecho.

—¿Y Carol lo sabía? —exclamé.

—Claro que lo sabía. El domingo me dio la llave. Dicho sea de paso, hice lo que se imaginaba, Jeff: subí por la escalera, entré con la llave y aguardé junto a la ventana esperando a que viniera Carol. Y cuando vi que Haila iba con ella, que después de todo no había ido a la fiesta, me escapé. Pero no venía a matar a Carol. Venía a alabarle su trabajo y a preparar un picadillo al estilo de Texas.

—Un picadillo al estilo de Texas —repetí histéricamente. Jeff, Clint, y yo nos miramos y murmuramos—. ¡Picadillo al estilo de Texas!

—Sí —dijo Steve—. Cómanlo. Es delicioso. Y es muy agradable de preparar cuando uno está solo con su novia, porque no hay que cuidarlo.

—Mire —dijo Jeff—. Vamos a sentarnos y Steve empezará por el principio.

Nos sentamos, Steve en el diván, al lado de Carol. Le tomó una mano y sus miradas se encontraron y se dijeron muchas cosas.

—El principio —dijo Steve—, es que Carol y yo nos enamoramos casi a primera vista. Queríamos casarnos, pero hay algunos… obstáculos. Mi familia. Aunque les parecería muy bien Carol, en cuanto la conocieran; se quedarían encantados con ella, pero todo lo que es teatro les resulta odioso. Probablemente sabrán el disgusto que tuvimos cuando conseguí mi primer papel. Pues bien, no quiero que suceda eso con Carol. Así que habíamos decidido mantener en secreto nuestro compromiso, sin dejar que se trasluciera nada hasta que acabara la temporada, y luego yo iba a llevar a Carol a casa y

no íbamos a decir nada del teatro, hasta que mi familia y ella se conocieran mejor. El truco tiene mil años de viejo, pero sirve. Es decir, podría haber servido.

—Pero todos esos secretos… ¿tenían que exagerar tanto?

Steve hizo una mueca.

—Sí. Ya sabes, Haila, cómo se ocupan de mí los diarios. Les interesa la menor cosa que hago. Si Carol y yo hubiéramos comido juntos más de una vez, si hubiéramos salido juntos, y si la hubiera acompañado a la salida del teatro, los cronistas de teatros habrían descubierto nuestro secreto. No queríamos arriesgarnos. Lo odiábamos, pero…

—¡Y por eso protestabas de ese modo de la publicidad! Yo creí…

—Ya sé lo que creíste —dijo Steve, sonriendo—. Debería darte vergüenza, Haila.

Me la daba; yo debería haber conocido mejor a Steve, y él me salvó de un violento rubor, prosiguiendo:

—A nosotros nos interesaba mucho que mi plan con la familia resultara bien. Esas columnas teatrales lo habrían deshecho. Por eso fuimos tan cuidadosos durante los ensayos. Luego, después de la noche del estreno…

—Después de aquella noche —le interrumpió Carol—, yo no le quise dejar que hablara. Él quería hablar. Quería contárselo a todos y casarse enseguida… para cuidar de mí.

—¿Y por qué no? —quiso saber Jeff.

Carol se mordió los labios.

—¿No lo comprende? Ahora no puedo hacerlo, mientras me amenace esto, mientras no sepa si voy a vivir al día siguiente. No es justo para con Steve. ¡Su vida puede peligrar también! —Se detuvo, y comprendí que estaba a dos dedos de las lágrimas—. Haila, debería habértelo dicho. Has sido tan buena conmigo y te debo tanto; al menos debo serte franca. Pero quería mantener a Steve fuera de esto, si podía. ¡Y tengo que hacerlo! —Hundió la cara en el hombro de Steve y él le rozó los cabellos con sus labios.

Yo los abracé a los dos.

—No te preocupes, querida. Comprendo muy bien. Creo que te has portado de un modo valiente y espléndido. Y este asunto se aclarará dentro de nada y los dos iréis al altar rebosantes de felicidad.

—Pero, mientras tanto —dijo Clint Bowers desde el otro extremo de la habitación—, me gustaría saber qué fue el asunto de la llave.

Steve le sonrió por encima del hombro de Carol.

—Es algo muy complicado, Clint. Sabíamos que Haila iba a volver muy tarde la noche del domingo y pensábamos venir aquí. Lo hemos hecho otras veces. Y Carol me dio la llave. Yo iba a venir primero, para preparar un picadillo al estilo de Texas. —Todos nos echamos a reír—. Yo hice lo que les he dicho, entré con mis comestibles y, cuando vi a Haila, me marché. Al irme me llevé la llave y, el lunes por la noche, Carol tuvo que pedirte la tuya. No quería pedirme la mía, porque mi hermana y unos amigos suyos estaban en mi camarín y… bueno, otra vez la vieja historia del secreto. Luego, después de lo que ocurrió, los dos nos olvidamos de la llave. Es decir, nos olvidamos hasta que esta tarde Jinx vino a contarles la historia y Jeff la convirtió en una de las pistas del asesinato. Y la pobre Carol se quedó…

—Petrificada —dijo Carol—. ¡Oh, debería habértelo dicho, Haila! Pero todo ocurrió tan de repente que… no sabía lo que estaba haciendo. Cuando Jeff dijo que el hombre que tenía la llave era el asesino, y yo sabía que era Steve, me trastornó de tal modo que no supe más que huir. Cuando luego me di cuenta de la estupidez que había cometido al dejarles creer eso, volví aquí para decir la verdad. Pero tú y Jeff os habíais ido y yo no sabía adónde.

—Casi llevamos a Tommy Neilson a la silla eléctrica. Y luego a Steve. Y cuando nos dimos cuenta de que Crowley se había ido…

Carol se echó a reír.

—Sí, me dijo que tenía que irse… pero sólo por unos minutos. Me hizo prometer que no saldría del departamento y no dejaría entrar a nadie. Aguardó afuera hasta cerciorarse de que me había encerrado. Yo tampoco habría dejado entrar a nadie, Haila. Pero cuando vi que

era Steve… —Se detuvo y, acercándose a mí, me tocó tímidamente en el brazo—. Haila, por favor, perdóname por no habértelo dicho antes.

—Perdonada. Y estoy encantada de lo que me habéis dicho. Eso hay que celebrarlo, Jeff, sirve tú.

—No, un momento —dijo Steve—. Hay que hacer algo más. Me siento tan contento después de haberlo dicho que me gustaría dar una fiesta. ¿Y si cenáramos juntos mañana por la noche los cinco, y lo celebráramos oficialmente, brindando con *champagne*? ¿Te gustaría eso, Carol?

Ella no tuvo que contestar. Sus ojos brillaban y, por un momento, me pareció igual que cualquier otra muchacha cuyo compromiso va a anunciarse con brindis y una fiesta. Luego, la luz huyó de sus ojos.

—No podemos, Steve. La gente nos vería juntos y se enteraría.

—¡Quiera Dios que se enteren!

—¡No! ¡Aún no, Steve! ¡Por favor!

—Bueno, pero no veo por qué razón no podemos celebrarlo aquí.

—Claro que no —dije yo—. Me encantaría.

—Muy bien, entonces, mañana cenaremos aquí. Nos reuniremos a las cinco. Carol puede darme su llave y yo vendré y lo tendré todo listo. ¿Vendrá usted, Jeff? ¿Y Clint?

Jeff dijo que vendría, pero Clint se mostraba más reacio.

—Los jóvenes… —empezó a decir.

—¡Vendrá! —dijo Steve—. Traeremos *champagne* y langosta thermidor y…

—¿Picadillo al estilo de Texas? —dijo con inocencia Jeff.

—Caviar —le rogó Carol.

—¡Desde luego! La semana pasada Carol hizo un descubrimiento asombroso. ¡El caviar!

Jeff hizo una mueca horrible.

—¡Caviar! Los hijos sin desarrollar de unos peces descuidados.

—¡Es maravilloso! —dijo Carol.

—¡Me gustaría que los peces escondieran a sus hijos en un lugar donde no pudieran ser hallados!

—¡Oh, cállate! —le dije—. No tienes obligación de comerlo.

Carol abrió la ventana de par en par, dejando que el viento jugara con sus cabellos y con el cuello de encaje de su vestido. Sonreía.

—Me siento feliz de nuevo y no tengo miedo. El hablarles de Steve ha hecho el milagro. Y la fiesta servirá también para animarme. Me siento… casi normal.

Yo pensé: *En realidad es una niñita. Va a haber una fiesta, una fiesta con caviar, así que todo se ha arreglado*. Steve la siguió a la ventana.

—Si se lo dijéramos a todo el mundo y nos casáramos, ya no tendrías que tener miedo de nada. Nadie se atrevería a hacerte daño, estando yo contigo. No lo consentiría.

—No —dijo Carol, apartándose.

—Podíamos irnos de aquí, hacer un crucero. Lo que tú quisieras.

—No, Steve.

—Querida, te prometo que todo saldrá bien. Mi familia lo comprendería. En cuanto a eso de que alguien podría hacerme daño, es una idea ridícula tuya.

Estaban de pie el uno frente al otro, mirándose, olvidados de que los demás existíamos. *Sigue, Steve*, le animaba yo interiormente. *Sigue, muchacho. Ella vacila*. Y era cierto. No hacía falta mucha perspicacia para darse cuenta de la lucha que sostenía. Entonces, sus ojos se fijaron en un diario arrugado. Lo tomó y nos lo puso delante.

—¡Miren! ¡Miren esto! Retratos míos en todas las páginas. A tu familia le gustaría mucho eso, Steve. Mi nombre en los titulares. La Muchacha del Crimen, me llaman ahora. Steve Brown se casa con la Muchacha del Crimen. ¡A tu familia le encantaría! ¡No, no, no lo consentiré!

—Pero, Carol… —le rogó Steve, pidiéndole con la mirada que le escuchara.

—No, Steve.

Él meneó desalentado la cabeza.

—Háblale, Haila.

—Lo haré, Steve.

Bowers se aclaró la garganta.

—Creo que debería casarse inmediatamente con él, Carol. Después de dar mi opinión, me voy. Vendré mañana a su fiesta.

—Aguarde, Clint, me voy con usted —dijo Jeff.

—¿Adónde? —le pregunté.

—Adonde sea —dijo él malhumorado—. Steve acabó con mi linda teoría y tengo que buscar otra. Ya vendré mañana. Adiós.

Abrió la puerta y yo vi que la tranquilizadora figura de Crowley se hallaba otra vez afuera. Cuando me volví hacia Carol y Steve, los vi sentados en el suelo, junto a la chimenea, y entonces murmuré un ¡buenas noches!, que ninguno de los dos oyó y entré en mi dormitorio.

Estaba agotada. Llené el baño de agua hirviendo y vertí en él medio frasco de sales de pino. Mi baño era maravilloso, todo era maravilloso. El agua caliente y perfumada que me llegaba hasta la barbilla, las toallas esponjosas, secas y suaves, el calor de mi vieja bata de pana. Y lo mejor de todo eran las frescas sábanas y el edredón que me subí hasta los hombros.

Apoyé la espalda en una pila de almohadas y encendí la lamparita. *Este*, pensé, *es mi primer momento de paz en setenta y dos horas. Mañana tal vez ocurrirá algo terrible, más asesinatos, más horrores. Pero esta noche todo está bien, Steve Brown está en el living con Carol. La ama y cuidará de que nada le pase. Bulldog Crowley está afuera en el hall. Y Jeff está buscando al criminal. ¡Bien por Jeff! Jeff encontrará al criminal*.

Abrí la obra que Vincent Parker me había dado aquella tarde. Hojee la lista de personajes y encontré el que había marcado para Carol. Luego, volví a la página 1.

XIII

LA VIDA SECRETA DE UN ACTOR

Bajo las miradas de Jeff terminé el último bocado de los huevos con tocino de Childs, y encendí un cigarrillo. Estaba pensando que en el mundo no hay nada como la primera chupada del primer cigarrillo del día, cuando Jeff dijo.

—Fumas demasiado.

—Así tengo algo que hacer —le repliqué—. No tengo un esposo, un hogar y unos hijos de qué ocuparme, como las demás muchachas.

—Si dejaras de fumar, tal vez sería distinto. La nicotina es un tóxico.

—Tú fumas también.

—En mí está bien. Yo soy toxicómano.

—Si te dieras prisa en resolver el asesinato podríamos casarnos y yo tendría un hogar e hijos. Y un esposo. Entonces dejaría de fumar.

—Estoy resolviendo el asesinato.

—¿Oh, sí?

—Estoy progresando mucho.

—¡No digas! Ya sabes que el asesino tiene que ser hombre o mujer.

—Nunca se me ocurrió pensar en eso. Límpiate el huevo de la barbilla. —Yo levanté la servilleta hasta mi cara—. La otra —dijo Jeff.

—¿La otra qué?

—Barbilla.

—¿Estás enojado conmigo, Jeff?

—Mira, Haila. Hoy es jueves. El lunes por la noche, el asesino ataca a Carol y fracasa. El martes por la noche, el asesino vuelve a atacar y a fracasar, y mata a Eve North. El miércoles, yo no encuentro al culpable. La policía, tampoco. Hoy es jueves. Tú te burlas de mí, me hablas con sarcasmo. Vete, vuélvete a la cama.

—Perdóname, Jeff. Lo siento. —Y lo sentía. No había pensado que habían transcurrido solamente tres días desde el estreno de «Manzanas Verdes». El estreno me parecía tan lejano que casi no podía recordarlo. Jeff seguía mirándome con el ceño fruncido—. Lo siento de veras, Jeff. Lo dije porque quiero casarme contigo.

—Voy a solucionar el caso en veinticuatro horas.

—¿Me lo prometes?

—Bowers me dará un cheque y nos casaremos todo lo rápidamente que la ley permita. ¿Contenta?

—Sí. ¿Me perdonas?

—No. Afortunadamente para ti, alguien viene a sentarse con nosotros. —Y gritó a través del restaurant—. ¿Quiere reunirse con nosotros, Tommy?

Tommy Neilson se acercó a nosotros. Tomó una silla de otra mesa y se sentó pesadamente en ella. Había estado buscando trabajo y, por lo visto, no había ningún productor que necesitara un director de escena.

—El teatro está muerto —gruñó Tommy—. ¡Ojalá lo estuviera yo!

—¿Por qué no va a ver a Vincent Parker, Tommy? —le sugerí—. Va a hacer una obra.

—Sí, ya lo sé.

—¿Y bien?

—Tiene un director de escena… Bobby Reed. ¡Ese cochino!

Vino una camarera y tomó la orden de Tommy. Yo le pedí más café. Cuando la muchacha se hubo ido, le dije a Tommy.

—Puede trabajar como actor. Yo tengo un ejemplar de la obra de Parker y el reparto es enorme. Tiene que haber algo para usted.

—No soy actor.

—Es bastante bueno —insistí. Yo había trabajado con él un par de años, cuando íbamos por los pueblos.

—No. ¿Y cómo iba a conseguir un papel en Nueva York? No soy inglés.

Yo me reí. Aquel era el primer chiste que le oía a Tommy desde hacía varias semanas. Jeff no lo entendía y Tommy se lo explicó.

—En Nueva York hay más actores ingleses que americanos. Pero yo no soy ni siquiera americano. He nacido en Brooklyn.

—¿Por qué dice que hay más actores ingleses? —dijo Jeff sacando la barbilla, pues le encanta discutir de los temas que menos conoce—. ¿Qué actores ingleses?

—¿Quiere que le nombre unos cuantos? —le preguntó Tommy, sonriendo.

—Sí. Aparte de Evans, ¿quién?

—Philip Ashley y cien más —dije yo.

—Philip Ashley no es inglés.

Yo dejé ruidosamente mi taza en el plato y me quedé mirando a Tommy. Jeff saltó casi de su silla.

—¿Qué les pasa a los dos?

—¿Dijo que Ashley no era inglés? —preguntó Jeff, con la voz vibrante de emoción.

—Sí. No lo es.

—¿Cómo lo sabe?

—Uno de los antiguos socios del Lamb's Club me lo contó. Hace diez o doce años, Ashley fue a Toronto para dar una temporada de autores clásicos. Cuando volvió, era inglés. Y desde entonces ha trabajado siempre. A Nueva York le encantan los actores ingleses.

—¿Dónde nació Ashley?

—En Salt Lake City.

Nuestras tazas chocaron ruidosamente con sus platillos, al mismo tiempo. Jeff me apretó la mano.

—¿Está seguro, Tommy?

—Completamente. Una vez íbamos a contarlo a todo el mundo, para divertirnos, pero comprendimos que para él no iba a tener nada

de divertido. Entonces descubrimos que había nacido y se había criado en Salt Lake City, EE. UU.

—Vamos, Haila. —Jeff tomó mi bolso y mis guantes y me empujó hacia la salida. A través de la ventana, vimos que Tommy nos miraba boquiabierto.

—Jeff, ¿por qué…?

—¿Por qué crees que te saqué de ahí?

—Para que Tommy tuviera que pagar la cuenta. Muy bonito.

Él entró corriendo en Childs, puso un billete en la caja y volvió a salir.

—¿Dónde vive Philip Ashley?

—Creo que en el centro.

Jeff entró en una farmacia y hojeó la guía telefónica. Ashley vivía en el Village, en Perry Street. Yo seguí a Jeff afuera.

—¿Vamos a ir a ver a Ashley? Escucha, Don Veloz, a lo mejor ni siquiera está en su casa. Podemos hablarle a Carol. Ella nos dirá si lo conoció en Salt Lake City.

—Prefiero hablar con Ashley.

Tomamos el subterráneo. Jeff parecía haberse olvidado de que yo iba con él. Le di un golpecito en el codo.

—No te olvides de preguntarle de qué eran las píldoras que había en su camarín y lo que estaba haciendo en Radio City.

—Pregúntaselo tú.

—Muy bien, lo haré.

Nos bajamos en la Calle 14 y seguimos a pie hasta Perry Street. La casa de Ashley era una vieja casa de piedra de cuatro pisos, con unos cuantos arbustos de siemprevivas entre ella y la acera, y unas mustias ramas de hiedra en las ventanas de los tres primeros pisos. Subimos los escalones de la entrada, Jeff tocó el timbre que había debajo de la placa con el nombre de Philip Ashley y aguardamos a que la puerta se abriera. Como no se abría, yo volví a tocar el timbre.

—Creo que no debe estar en casa —dijo Jeff. Trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada. Entonces tocó un timbre que había

debajo del nombre «T. Baumer».

—Jeff, ¡qué vas a hacer!

—No lo sé. Ya veremos qué ocurre.

La puerta se abrió y Jeff entró y empezó a subir la escalera. Yo le seguí. Desde arriba, una voz de mujer preguntó:

—¿Eres tú, Milly?

—Di que sí —murmuró Jeff, que seguía subiendo.

—No —le repliqué yo.

—Milly, ¿eres tú? —repitió la voz.

—¿Milly qué? —gritó Jeff.

Por aquel entonces estábamos ya en el descansillo del tercer piso. Una mujer gruesa, con los cabellos teñidos de rubio y las uñas escarlata se hallaba en la puerta de su departamento. Jeff le sonrió.

—¡Oh! —dijo—. No sabía que *Mr*. Ashley tenía esposa.

—Ni yo tampoco —dijo la mujer.

—¿Entonces es usted su hermana?

—¡Diablos, no! Ni pariente siquiera. Me llamo Baumer. Debe haberse equivocado de timbre.

Jeff castañeteó los dedos, disgustado.

—Sí, tiene que haber sido eso. ¡Qué estúpido!

—No importa. Ashley vive en el último piso. —Y me inspecciono por encima del hombro de Jeff.

—¿Está en casa? —le preguntó Jeff.

—Usted lo sabe tanto como yo. Vaya a ver. Un tramo más solamente.

—Gracias.

Enseguida conocí la puerta de Philip. Tenía un llamador en forma de gatito negro. Jeff pasó delante de ella y subió un tramo más de escaleras, estrechas y empinadas. Yo le seguí, jadeante. Él abrió la puerta que había al final de la escalera y me hizo pasar por ella, luego de haber pasado él. Nos encontramos a la sombra de una chimenea en el tejado.

—¡Jeff! —murmuré—. ¿Qué hacemos aquí?

Él se acercó al borde del tejado y miró hacia abajo.

—Vamos a bajar por la escalera de incendios. Es ésa, y aquella debe ser la ventana de Ashley. ¡Vamos!

—¡Jeff, no puedes hacerlo! ¡Te echarán diez años de cárcel!

—No, si les descubro al asesino.

—¡Pero alguien llamará a la policía! ¡O disparará contra nosotros!

—¿Quién? —Miramos los tejados que nos rodeaban. No se veía sino a un niño de grandes y tristes ojos azules, apoyado en el parapeto, al otro lado del hueco del patio. En sus manos tenía una enorme cometa. Estaba esperando que hiciera viento—. ¡Eh, chico! —dijo Jeff, señalándole la escalera de incendios—, ¿se va por aquí a Perry Street?

—No lo sé —dijo el niño.

—Se lo dirá a su madre, Jeff, y…

—¡Mi mamá no está en casa!

—Ya ves, Haila. Vamos.

Aquello no me gustaba demasiado.

—Jeff, la ventana no estará abierta.

—Lo estaría, si no hubieras dicho eso.

Bajé de mala gana por los escalones de hierro, detrás de Jeff, hasta que nos encontramos en el descansillo que había frente a la ventana de Ashley. Jeff apoyó las manos contra el vidrio y volvió la cabeza hacia mí.

—Cruza los dedos, Haila.

Yo lo hice. Jeff apretó el vidrio hacia arriba… pero no ocurrió nada.

—¡Diablos! —exclamó Jeff.

El niño nos dijo, servicial:

—La de al lado está abierta.

Miramos y vimos que tenía razón, pero la ventana se hallaba a unos tres pies de la escalera de incendios.

—¡No, Jeff! —dije—. ¡Te matarás!

—¡No sea cobarde! —gritó el niño.

Jeff me sonrió.

—Ya ves que no me queda otro remedio.

Y lo hizo, con toda facilidad. Entonces, la cobarde era yo. Jeff abrió la ventana que daba a la escalera de incendios y me ayudó a entrar.

El departamento de Ashley era una edición ampliada de su camarín, escrupulosamente limpio y asombrosamente ordenado, considerando la gran cantidad de chucherías que había en él. Todas las superficies lisas estaban cubiertas de figuritas de terracota y marfil; de animales de porcelana, gatos en su mayoría; de pequeñas escenas de nieve, dentro de bolas de cristal; de cactus en macetas pintadas a mano y de una gran cantidad de ceniceros y cajas de cigarros. Las paredes parecían abrumadas por el peso que soportaban —fotografías con marcos, mascarillas de yeso blanco, trozos de tapiz, plantas sujetas a la pared. Entre las separadas y escasas aberturas, asomaban trocitos de un papel verde pálido y amarillo. Debajo de las ventanas había unas rinconeras como las que mi madre tenía en su sala, varias mesitas laqueadas y dos sillones. En un rincón había un escritorio de madera satinada, con medallones pintados y adornos florales en los paneles y, encima de él, dos velas a medio gastar, con la cera fundida cayendo en fantásticas cascadas a los costados.

Miré a Jeff, que sonreía, meneando la cabeza.

—El gobierno debería arrasar esta habitación.

—Busca lo que quieras y vámonos de aquí, Jeff. Estoy nerviosa.

—¿Cómo un gato?

—¡Jeff, por favor! —Fui a la ventana y miré hacia Perry Street. Jeff empezó a abrir cajones y yo pensé que debía cooperar. Abrí una puerta; daba a una diminuta cocina. Entré en el baño, una habitación casi infinitesimal, con unas toallas blancas y bordadas, colgadas cuidadosamente encima de la bañera. Entre ésta y el lavabo había una roja báscula de baño.

En el botiquín, detrás de una botella de Listerine, encontré tres tabletas blancas, del tamaño de las de aspirina.

—¡Jeff! —llamé. Y cuando él asomó la cabeza por la puerta, le tendí una de ellas—. ¡Mira!

—¿Sí?

—¡Son iguales a las que encontré en su camarín!

—No las quiero. —Estaba examinando con ávido interés algo que parecía un vibrador eléctrico.

—¡No seas estúpido, Jeff, vamos a llevarlas a que las analicen! ¡Pueden ser de morfina!

Jeff volvió al *living* y yo le seguí. Entonces, los dos nos detuvimos. Unos pasos vivos subían por la escalera y se detenían ante la puerta. Yo miré frenéticamente a Jeff.

La puerta se abrió y Ashley la cerró y se guardó las llaves en el bolsillo antes de vernos. Su expresión fue de la sorpresa a la indignación, y de ésta a la furia.

—Hola —dijo Jeff.

Ashley me miró.

—¡Husmeando de nuevo! —Había apretado los labios en una línea delgada y colérica—. ¡Esto es increíble! Ojalá no les hubiera sorprendido. No estoy a la altura de una situación tan denigrante.

Yo no podía hablar. Habría dado cualquier cosa por estar en otra parte.

—Ashley, yo mezclé a Haila en esto —dijo Jeff—. Yo soy el que vino a husmear, y le pido perdón.

—¡Perdón! ¡No diga disparates!

—Estoy tratando de solucionar un asesinato; eso justifica en parte mi intromisión. Usted se ha callado muchas cosas; eso completa mi justificación. Además de eso, le pido perdón. ¿Me perdona y hablamos un rato como amigos?

—¡Qué encantador es usted, *Mr*. Troy! —dijo burlonamente Philip —. ¿Cómo entró aquí? Ese estúpido de portero…

—No vimos ningún portero. Subimos por la cañería. —Jeff se sentó en el brazo de un sillón y sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos.

Ashley abrió la puerta.

—Ahora, si no les importa, váyanse.

Yo me dirigí hacia la puerta, pero Jeff me detuvo. Ashley nos miró, furioso; estaba temblando. Yo también… y quería salir corriendo de allí. Pero Jeff no se había movido aún de su sillón.

—Ashley: ¿dónde nació? ¿En Londres?

La rabia había desaparecido en parte de la cara de Ashley y la cautela apareció en su lugar.

—No, Portsmouth.

—¿Portsmouth? Humm. ¿Está cerca de Salt Lake City?

—¿A qué vienen esos disparates?

—A aclarar el lugar donde nació. Y sigo adelante. ¿Conocía a una familia llamada Young? ¿Brigham Young?

—¡Deje de hacerse el chistoso!

—¿O una familia llamada Blanton? Tenían una hija, Carol Blanton.

—¡Oh, así que es eso!

—Sí —dijo Jeff—. Así que será mejor que conteste a mis preguntas. Yo soy más comprensivo que Peterson.

—¡Lo dudo! Pero, sí, nací en Salt Lake City. Adopté Inglaterra como mi país por motivos puramente profesionales. Es más ventajoso…

—Ya lo sabemos.

—Por lo visto saben muchas cosas Pero me marché de Salt Lake City cuando tenía dieciocho años… antes de que naciera Carol Blanton. Y no he vuelto desde entonces. ¡Ahora, váyanse! No me rebajaré a hablar con un par de ladrones entrometidos que pretenden, que quieren resolver un asesinato y…

Yo no pude contenerme más. Saqué las tres tabletas que había encontrado en el cuarto de baño y se las mostré a Ashley.

—¿Y éstas? ¡Va a pasar muy mal rato, *Mr*. Ashley, si resulta que son de morfina! ¿Y por qué se escondía de nosotros? ¡Haciéndose el desentendido cuando lo vimos en Radio City!

—¡Salgan de aquí! —La cara de Ashley era amenazadora.

Yo me coloqué detrás de Jeff.

—Si *Mr*. Ashley no quiere hablar, Haila, hablaré yo. Conozco el motivo de su misteriosa misión en Radio City. Y sé lo que son estas

tabletas.

Ashley apretó los puños y dio un paso hacia Jeff, quien se puso detrás de mí y le dijo a Philip por encima de mi hombro:

—La respuesta es estrictamente glandular. ¡Gordura! ¡Obesidad! El ensanchamiento de la madurez. Un actor tiene que conservar su figura de colegiala. Esas son tabletas para adelgazar. En Radio City, en el mismo piso que Vincent Parker, se encuentra el emporio de *Madame* No-Sé-Qué, «corsetière». Ya habrás visto que en el baño había una báscula y una máquina para reducir la cintura. En el armario hay una faja para cada día de la semana. No me extraña que nuestro amigo se enfureciera de tal modo cuando te llevaste sus tabletas. Podrías haber descubierto lo que eran y habrías acabado con su *glamour*.

Philip parecía a punto de echarse a llorar.

Todo lo que pudo hacer fue exclamar ahogadamente:

—¡Oh!

—No es para avergonzarse. Ashley.

—Cállese, hijo de… —comenzó a decir Philip.

—¡Ah-já! —Jeff le amenazó con el dedo.

Ashley nos volvió la espalda y se dirigió a la ventana. Yo mire a Jeff y le indiqué con los ojos la puerta. Quería irme de allí.

—Ashley —dijo Jeff—, no debería permitir que, por orgullo, las gentes desconfiadas como Haila le tomaran por asesino.

Él giró sobre sus talones y se enfrentó con Jeff. Su voz vibraba de justiciera cólera. Había vuelto a recobrar su pomposidad habitual.

—¿Está contento ya? ¿Quiere irse ahora, antes de que le pida a la policía que los eche? Yo no le tocaría; ¡me da asco!

—Nos iremos dentro de un segundo. Sin alboroto —dijo Jeff—. En cuanto nos explique lo siguiente. —Y le tendió un pedacito de papel.

—¿Qué es eso? ¿Dónde lo encontró?

—En su escritorio.

Ashley palideció.

—¿Ha estado registrando mi escritorio? ¡Qué vergüenza!

Jeff leyó el papel.

—«Pagaré quinientos dólares. Firmado, Carol Blanton». ¿Cómo me explica esto, Ashley?

Ashley lanzó una risita de excusa. Luego fue hasta una de sus cajas de porcelana y sacó un cigarrillo.

—¡Oh, eso! —dijo—. ¿Tengo que hablarle de eso?

—Sí —dijo Jeff.

—Bueno, usted ya sabe que yo soy muy nervioso y excitable; este asunto me ha alterado. Me sobresalté al ver que había alguien aquí. ¿No quieren sentarse? Tomaremos un vaso de jerez. —Fue a la cocinita. Jeff me guiñó un ojo. Philip dijo desde allí—: Realmente el vino es malo, pero no pude resistir a la tentación de comprarlo, porque me gustaba mucho la botella. —Y volvió con una botella muy extraña y tres vasitos diminutos. Me sonrió—. Haila, ¿un poco de jerez?

—No, gracias, Philip.

—Yo, tampoco —dijo Jeff.

—No les censuro. Es muy malo.

Jeff agitó el pagaré.

Philip rió entre dientes.

—¡Oh, sí! Ese estúpido pagaré. No tiene valor, claro está. Es una broma. Carol y yo jugamos al rummy varias veces, durante la hora de la comida, mientras ensayábamos. E invariablemente, le ganaba. Me jugaba a cinco dólares el punto. La pobre Carol perdió millones. Y siempre insistía en darme el pagaré. Era una broma, y nada más. Como es natural, yo los rompí todos. No sé cómo andaba ése por ahí. Ya sé… que parece una tontería.

—Una completa tontería —dijo Jeff—. Yo me estoy riendo.

La cólera ardió de nuevo en el rostro de Philip.

—¿Insinúa que estoy mintiendo? ¿Que lo que he dicho no es cierto?

—Exactamente —dijo Jeff—. Y no se irrite. Porque da la casualidad de que yo sé la verdad.

XIV

A TRAVÉS DE LA VENTANA

Mi departamento parecía la tienda de un florista cuando, poco antes de las cinco, Jeff y yo volvimos a él. El *living* estaba lleno de rosas —rosas blancas, rojas y té—. Habían empleado todo lo que se parecía, por remotamente que fuera, a un jarrón, hasta un jarro Mason, que estaba en el escritorio, lleno de rosas Talismán de largo tallo. La mesa estaba cubierta con mi mantel veneciano y mis mejores cubiertos brillaban a la luz de dos altas velas. En dos lugares de ella había dos orquídeas, una marrón, la otra violeta. Un pastel, blanco como la nieve y en forma de pirámide, lo coronaba todo.

Carol salió de la cocina, vestida con un traje de lana suave que yo había comprado a principios de otoño. Tenía un tono de azul que le daba a sus ojos un tinte violeta y hacía resaltar los reflejos dorados de sus cabellos. En sus mejillas había rosetas de emoción.

—Haila, ¿puedo ponérmelo? ¿No te importa? No tenía nada para una fiesta y el vestido estaba guardado en un rincón de tu guardarropa. Yo sé que nunca lo usas.

No lo usaba, porque era el primero que me compraba en Bergdorf y lo reservaba para una ocasión solemne, pero no podía hacer gran cosa en vista de la mirada suplicante de Carol y de la trémula esperanza que había en su voz. A hurtadillas, le lancé a Jeff una mirada de aviso. Él iba conmigo cuando lo compré.

—Claro que no me importa, querida —le dije—. Me había olvidado de que lo tenía. ¡Puesto en ti parece de un millón de

dólares!

—Y no costó mucho menos —dijo Jeff *sotto voce*. Yo lo miré furiosa y cambié de tema, antes de que la cosa pasara a mayores.

—¿Dónde está Steve, Carol?

Carol frunció el ceño.

—Se fue hace unos minutos. Esta mañana recibió un telegrama de su madre. Viene a la ciudad y él fue a recibirla al tren. La llevará directamente a casa de su tía y luego se vendrá aquí.

—Ya…

Jeff se puso a olfatear ruidosamente.

—¿Es comida lo que huelo en la cocina? —dijo—. ¿O más flores?

—¡Comida! Kilos y kilos de comida, la suficiente para un ejército. Y más flores. Steve es demasiado entusiasta.

—A lo mejor el tipo ése está enamorado o algo así.

Llamaron a la puerta y Carol se llegó a ella de un salto. Clint Bowers se hallaba en el umbral y todos tratamos de contener la carcajada al ver el enorme ramo de rosas que traía. Él miró la habitación, cubierta de flores, y sonrió al poner las rosas en manos de Carol.

—No voy a quedarme —dijo—. Pero quería agregar mis felicitaciones a la fiesta.

Carol le tomó el sombrero y le hizo entrar.

—¡Tiene que quedarse! ¡No quiero la fiesta, si no se queda!

Clint seguía haciendo objeciones, pero entre todos lo hicimos sentarse en un sillón, le guardamos en el guardarropa el sombrero y el sobretodo y pusimos sus flores en una botella de leche. Si alguno de nosotros necesitaba la fiesta, era él. En los últimos días habían ido apareciendo en su cara ligeras arrugas, y cuando sonreía su sonrisa servía sólo para poner más de manifiesto la mirada triste y turbada de sus ojos.

Nos sentamos y nos pusimos a hablar, hasta que Carol se excusó y desapareció en la cocina. Un momento después volvía, trayendo una bandeja llena de copas de largo pie y una botella de *champagne* que descansaba en un cubo de hielo.

—Steve dijo que no lo esperáramos. Jeff, ¿quiere hacer los honores?

Jeff, con gran ceremonia, hizo saltar el corcho del *champagne*. El vino burbujeó alegre en los vasos, y todos hablamos, brindamos y nos reímos mucho. Carol fue encendiendo las lámparas y la habitación se llenó de luz. Conforme el *champagne* nos iba penetrando de su calorcillo, la fiesta se iba haciendo más animada y casi alegre.

—Quiero… quiero anunciarles algo —dijo Carol.

Su voz se había vuelto de repente tan seria, que todos nos volvimos hacia ella, sorprendidos. Pero sonreía tímidamente y su mirada era feliz. Estaba enmarcada por la negrura de la gran ventana, con la luz de las lámparas iluminando suavemente sus cabellos, y me pareció más hermosa que nunca.

—Debería aguardar a que Steve volviera, pero quiero que lo sepan. Es… lo siguiente. He tratado de hacer lo que debo, he tratado de ser valiente… y, bueno, creo que noble. Lo he tratado, pero no soy lo suficientemente noble y no puedo seguir así más tiempo. Voy… voy a casarme con Steve. Tan pronto como podamos. Sé que hago mal y que no me porto como debo con Steve. No lo haría, si no fuera tan cobarde. Pero lo soy, y quiero que lo sepan.

Mientras lo decía, sus ojos nos pedían que refutáramos sus palabras, y yo lo hice.

—¡Querida, es maravilloso! No eres una cobarde; haces lo que debes.

—Claro que es maravilloso, Carol —dijo Clint—. ¡Vamos a brindar por eso! Se empiezan a llenar los vasos por la derecha. ¡Carol, usted la primera!

Ella atravesó con paso ligero la habitación y le tendió su vaso. Se hallaba solamente a un paso de distancia de él, cuando oí el ligero chasquido en la ventana, y el cristal de mi pequeño Gauguin, que colgaba de la pared de enfrente, cayó hecho añicos.

Jeff se tiró sobre Carol y la lanzó contra el suelo. Su cabeza golpeó contra una de las patas de la mesa; gimió y trató de

levantarse. Yo me dirigí hacia ella.

—¡No te acerques a esa ventana! —gritó Jeff—. ¡Pueden volver a disparar!

Yo me dejé caer junto a él. Clint Bowers estaba pegado a la pared, como helado. La puerta del *hall* se abrió de par en par y apareció Crowley. Cuando nos vio, se puso de rodillas.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Dispararon contra Carol! —dijo Jeff—. Desde el hotel de enfrente. El Esquador. —Se arrastró hacia Carol y se inclinó sobre ella—. Está bien. Vamos. ¡No levantes la cabeza, Haila!

Crowley había desaparecido ya, y Clint y Jeff lo siguieron. Me arrodillé al lado de Carol y traté de llevarla hasta el diván. Se había desmayado y no pude moverla. Lo único que podía hacer era esperar a que la naturaleza siguiera su curso. Y yo necesitaba un poco de *champagne* y un cigarrillo. Arrastrándome aún, me procure lo que quería y volví junto a Carol. En el cristal de la ventana había un agujero redondo.

No habían pasado diez minutos cuando volvió Jeff.

—Pasó el peligro. Puedes levantarte.

—Si puedo.

Jeff me dio una mano para ayudarme y me sorprendió el ver que no temblaba más que una hoja.

Entre los dos, Jeff sujetándola de los hombros y yo de los pies, levantamos a Carol y la depositamos sana y salva en el diván. Ella lanzó un suspiro y parpadeó.

—Estoy bien —dijo, y cerró los ojos con fuerza, como si prefiriera no saber lo que había ocurrido.

Pero yo sí quería.

—¿Qué fue, Jeff? ¿Quién lo hizo? ¿De dónde venía?

—No sé quién lo hizo —dijo Jeff encogiéndose de hombros—. Ahora hay por lo menos veinte policías en el hotel, tratando de averiguar quién fue. Pero nuestro pistolero tuvo tiempo de sobra de irse después del disparo.

—¿Averiguasteis desde qué habitación dispararon?

—Creemos que sí. En el sexto piso hay un lavabo que está enfrente de esta ventana. Cualquiera pudo entrar en él y salir sin que nadie se fijara. La policía está mirando el registro e interrogando a todos los que viven ahí, pero es perder el tiempo.

—¿Dónde está Clint?

—Con la policía. Les está describiendo lo que ocurrió aquí. —Y de repente me miró—. ¡Mira! Ve al teléfono más cercano y llama a Amelia, a Philip Ashley y a Tommy Neilson. Yo me encargo de los demás.

Yo no comprendía.

—¿Por qué? ¿Qué quieres que les diga?

—Nada. En cuanto te contesten, cuelga. ¡Y pronto! Probablemente ya es demasiado tarde.

Empezaba a comprender cuando llamé a la puerta del departamento de al lado, casi al mismo tiempo que la abría. Una mujer alta y delgada, de cabellos grises y cutis plomizo se hallaba en la pieza, retorciéndose nerviosamente las manos.

—¿Puedo usar su teléfono? —le dije—. Un accidente…

Ella me señaló un rincón, cerca de la ventana.

—Me imaginé que había ocurrido algo… ese ruido…

Yo le dije que habían disparado a través de la ventana, mientras buscaba en la guía el número de Philip Ashley. Lo marqué y dejé que sonara cuatro veces, antes de colgar. Luego busqué el número de Eve North y llamé.

—Hola.

Reconocí la voz lenta y gruesa de Amelia, y volví a dejar el receptor.

—Su compañera… ¿la… está bien?

Yo deseaba fervientemente que aquella mujer alta y canosa me dejara en paz. Pasaba el dedo por la B, para buscar el Bristol Hotel. Pero la mujer me inquietaba con su presencia y perdí el lugar y tuve que volver a buscarlo. Al fin lo encontré y toqué el número.

—Hotel Bristol, buenas tardes —dijo una voz femenina.

—Tom Neilson, por favor. ¡Pronto!

Hubo una pausa y luego volví a sentir la voz en el teléfono.

—Lo siento, *Mr*. Neilson ha dejado dicho que no se le moleste.

—Pues tiene que molestarle. Tengo que hablar con él.

—Lo siento, *Mr*. Neilson ha dejado dicho…

—Escuche —le dije—, esto es importante. Llamo desde la policía. Avise ahora mismo a Tom Neilson. —Entonces oí los timbrazos, cortos e impacientes. Conté diez de ellos y luego agité varias veces la horquilla—. ¿Quiere hacer que lo llamen, por favor? —pregunté, cuando me contestó la muchacha.

La mujer canosa me tocó ligeramente en el hombro. Tenía el rostro preocupado y se mordía los labios.

—Ese *Mr*. Neilson a quien llama, ¿es uno de los sospechosos?

—¡Vaya si lo es! —dije secamente, llevándome el receptor a la mejilla.

—¿Quiere decir que puede haber tratado de asesinar a *Miss* Blanton?

Yo asentí. Al otro extremo oía a un botones que llamaba a *Mr*. Neilson.

—¿Y se llama de nombre Tom… Tommy?

—Sí. Tommy Neilson. Era de la compañía.

Ella se acercó a la ventana y miró hacia fuera.

—Hay mucha gente delante del Esquador. Tres autos de la policía y no sé cuántos agentes.

La operadora del Bristol había vuelto.

—Lo siento, *Mr*. Neilson no está en este momento en el hotel. ¿Quiere que le dé algún recado? —Colgué y me dirigí hacia la puerta…

—¡Un momento! ¡Por favor, un momento! —La mujer se hallaba junto a la ventana, agarrando el marco con las manos, cuyos nudillos se marcaban en blanco. Yo me detuve. Ella miró hacia la calle y luego a mí. Apretó los labios, al hablar.

—Creo… que tengo alguna prueba.

Yo la miré vivamente.

—¿Prueba? ¿Quiere decir que vio quién hizo el disparo?

Ella meneó la cabeza.

—No. Nada de eso. Estaba… estaba en la cocina cuando oí el disparo, y cuando corrí a la ventana, ya no había nadie. Es otra cosa… algo que oí.

—¿Qué oyó? ¿Dónde?

—En su departamento. Una noche, hace dos semanas. Yo estaba sentada en ese sillón que hay cerca de la pared, leyendo. Y las voces se oían con toda claridad. No tenía intención de escucharlas. Las oí simplemente, eso es todo. —Se ruborizó furiosamente y yo comprendí enseguida que no había oído nada por casualidad. La mujer era una entrometida crónica. Pensé en algunas de las cosas que podía haber oído en mi departamento durante el último año y sentí que enrojecía con ella. Por un momento, las dos tuvimos la cara como dos squaws indias—. Su amiga, *Miss* Blanton, estaba allí. Nos hemos hablado varias veces, en el vestíbulo y el ascensor, y reconocí su voz enseguida. La persona con quien hablaba era un hombre llamado Tommy. Por eso pensé… cuando la oí llamar.

—Sí. Probablemente era Tommy Neilson. Ha venido a casa varias veces.

—No creo que hubiera nadie más, porque se estaban peleando.

—¿Peleándose? ¿Tommy y Carol?

—¡Oh, sí! Sí, con mucha violencia. Levantaban mucho la voz. Por eso les oí, ya comprenderá.

—Sí, claro.

—No pude oír todo lo que decían, porque hablaban muy de prisa. Ya sabe, como hacen las gentes cuando están enojadas. Pero oí una cosa y eso me preocupó. No mucho, claro está, porque la gente dice cosas que no siente, cuando está de mal humor. —Se detuvo, entrelazó sus huesudos dedos y se quedó mirándolos fijamente—. Pensé que no era asunto mío porque, si no hubiera estado sentada en ese sillón, probablemente no habría oído nada. No veía por qué razón iba a mezclarme en el asunto, por el simple hecho de haberme sentado en ese sillón. Pero si el edificio se va a llenar de hombres extraños, que Jinx dice que son detectives, y si van a disparar tiros a

la ventana de al lado de la mía, entonces me figuro que sí me concierne.

—Sí, ya comprendo. —Pensé que si no iba pronto al grano, yo iba a tener con ella alguna violencia física—. ¿Qué fue lo que oyó?

—Le oí decir —dijo lentamente—. ¡*Primero te mato*!

Yo tragué la saliva con fuerza.

—¡Tiene… que estar equivocada!

Ella meneó la blanca cabeza.

—No. Esas fueron exactamente sus palabras. «Primero te mato», dijo. Claro está —agregó con patética ansiedad—, que la gente dice muchas tonterías cuando está excitada. Estoy segura de que eso carecía de importancia.

Pensé en la historia que nos había contado Alice McDonald y me reí de mí misma. Claro está que carecía de importancia. Si Tommy hubiera amenazado a Carol, ella nos lo habría dicho. Y, sin embargo, ¿por qué aquella mujer que lo hacía claramente por descargar su conciencia y que habría dado el brazo derecho por no mezclarse en aquello, inventaba esa historia? La miré con desconfianza.

—¿Por qué no ha dicho nada antes? Los diarios llevan dos días hablando del asesinato.

—Porque no quería mezclarme en un asesinato repugnante —me dijo, desafiante—. Soy maestra de escuela. Tengo que pensar en mi empleo.

—Bueno, muchas gracias. Ya le diré a alguien lo que me ha dicho.

Me dirigí hacia la puerta, pero ella me detuvo antes de que hubiera llegado.

—No… no tendrá que decírselo a la policía, ¿verdad?

—Naturalmente. ¿Por qué no?

Ella se meneó, inquieta.

—No querrán interrogarme, ¿no? Me refiero a la policía. No vendrá a mi departamento, ¿no es así?

—No le harán nada.

La dejé bastante inquieta y volví a mi casa. Jeff estaba sentado junto al teléfono, escribiendo algo en un trozo de papel y sin hacer ningún caso de Carol, que se había sentado en el diván y se frotaba la barbilla.

Jeff tiró el lápiz en el escritorio.

—¿Y bien?

—Un momento. —Avancé unos pasos y me senté junto a Carol. Enseguida fui a lo que me interesaba—. Carol, ¿te dijo alguna vez Tommy Neilson que te mataría? ¿O que le gustaría matarte o algo así?

Sus ojos se fijaron en los míos, sin vacilar, pero perplejos. Todavía no se había recobrado del todo del uppercut de Jeff. Él se sentó al otro lado del diván.

—¿De qué estás hablando?

Yo les indiqué con el pulgar el departamento de *Miss* Talmadge.

—Al lado vive una maestra soltera, que es una curiosa terrible y que en los últimos tiempos se ha enterado de muchas cosas. Dice que una noche, hace dos semanas, oyó que un hombre y una muchacha se peleaban aquí. El hombre dijo que la mataría. Era Tommy Neilson. Carol era la muchacha. —Oí que Carol ahogaba una exclamación, pero no dijo nada. Yo proseguí—: La mujer no es una buscadora de emociones. Es una pobre infeliz que lleva dos días tratando de reunir el valor suficiente para decir lo que me dijo. Y creo que es la verdad. —Hablaba con Jeff pero, con el rabillo del ojo, estaba mirando a Carol.

Ella se quedó quieta y dijo lentamente:

—Sí, es verdad. Pero no hablaba en serio. Hablaba… como se habla cuando se está dolorido y enojado. Lo dijo, pero eso no significa nada. Les juro que ni siquiera sabía lo que decía. Juro que Tommy nunca intentó matarme. Lo sé.

—¿Por qué? —Jeff la miraba con fijeza.

—Porque… porque está enamorado de mí.

—Será mejor, Carol, que empiece desde el principio y nos lo cuente todo.

Carol apretó con fuerza las manos sobre el regazo.

—Parece tan terrible… tan malvado, y en realidad es una tontería inocente. Me refiero a lo que Tommy dijo. Verán, cuando empezaron los ensayos, Tommy fue muy amable conmigo. Me llevaba a veces a comer y a cenar, y me compraba cigarrillos. Creo que Haila le había pedido… que fuera amable conmigo. —Por encima del hombro de Carol, yo le hice una seña a Jeff, pero no la interrumpí—. Se portaba muy bien y a mí me era muy simpático. Siempre decía chistes, me gastaba bromas y nos divertíamos mucho juntos. Y de repente, conocí a Steve, y los dos nos enamoramos y todo era tan hermoso que… me olvidé simplemente de Tommy. Y entonces vi lo que le había ocurrido, sin que yo me diera cuenta, y me asusté y me disgusté muchísimo.

—Me imagino que lo que le había ocurrido era que se había enamorado de usted.

Carol asintió.

—No pude menos de darme cuenta, Jeff. Habría sido una estúpida si no lo hubiera notado. Debía haberlo comprendido antes… pero yo no me fijaba gran cosa en nadie que no fuera Steve. Y cuando vi lo que le pasaba a Tommy, comprendí que tenía que hacer algo. Había sido tan bueno… yo no podía dejar que las cosas siguieran así, y él sufriera cada vez más. Así que se lo dije.

—¿Le habló de usted y de Steve?

—Sí. Él se llevó un disgusto terrible. Había estado bebiendo y eso empeoraba aún la cosa. Habló como un chiquillo dramático. Dijo que me mataría y que mataría a Steve también. Pero hablaba tan en serio como un chico que representa una pieza en la escuela.

—Una escuela muy progresista —dijo Jeff.

—Casi tuve que echarle de aquí. A la mañana siguiente, en el ensayo, él vino a hablarme. Me dijo lo que se dice cuando uno se da cuenta de que ha bebido y se ha portado como un idiota. Me pidió excusas sinceramente.

—¿Y le deseó muchas felicidades?

Carol sonrió secamente.

—No. No llegó a tanto. Pero le pedí que no le hablara a nadie de Steve y de mí, y me dijo que lo haría. Y cumplió su palabra.

Jeff se levantó.

—¡Tonta! Me imagino que tendrán que acribillarla a balazos para que piense que su vida corre peligro. Ha estado a dos dedos de la muerte tres veces, pero todavía sigue pensando que nadie quiere matarla. Por amor de Dios, ¿a qué cree que viene todo esto? ¿Cree que es una broma?

—No fue Tommy —dijo tercamente, casi llorando.

—No fue Tommy. ¡No fue nadie! ¡Es algo que se hace con espejos! —Le gritaba, pero ella le enfrentó con los ojos coléricos, sin parpadear siquiera. Entonces Jeff se volvió y me gritó—. ¿Y esas llamadas?

—Amelia estaba en casa. Reconocí su voz. No hablé con nadie más.

—Ni yo. Lo único que conseguimos fue eliminar a Amelia. Y eso es un gran paso hacia la solución. Yo estaba seguro que el disparar desde una ventana de hotel, era lo que más le gustaba. —Se dejó caer disgustado en el sillón.

—Jeff, la cosa empieza a tomar un feo cariz para Tommy. Y no solamente por amenazar a Carol. —Entonces le hablé del recado que Tommy había dejado en su hotel, pidiendo que no le molestaran.

Jeff se irguió.

—¿Y estás segura de que no estaba allí?

—Lo sé. Hice que lo llamaran por todo el hotel. No cabe duda de que no estaba en el edificio.

—Creo que vamos a ir a hablar con Tommy.

Carol se levantó a medias.

—Por favor, no vayan. Se enfurecería si se enterara de que saben lo que pasó.

—Pues a nosotros tampoco nos va a gustar mucho el tener un cadáver en el departamento —dijo sarcásticamente Jeff.

Ella le sujetó de ambos brazos y le rogó.

—Entonces, no le hable de eso a Steve. Prométamelo. Ya tiene demasiadas preocupaciones, y esto le intranquilizaría. ¡Por favor, Jeff!

—No se lo diré. Deje de temblar.

La puerta se abrió de golpe y un grupo nutrido entró en la habitación. Peterson estaba allí y dos policías de uniforme y otros más que recordaba por haberlos visto en el teatro la noche del asesinato de Eve North. Comenzaron a mirarlo todo, a examinar los fragmentos de mi cuadro, a buscar la bala hundida en la pared, a fotografiar todo lo que había en la habitación. Mi vida, al parecer, iba a separarse por completo de esa cosa que llaman intimidad. Me senté junto a Carol y la tomé de la mano, mientras ella contestaba a un diluvio de preguntas.

Todos oímos los pasos precipitados en el *hall*, antes de que Steve Brown, jadeante y pálido, entrara en la habitación. Por un instante no vio a Carol y sus ojos recorrieron aterrados la pieza. Luego, Carol corrió hacia él. Steve la estrechó con fuerza entre sus brazos y ninguno de los dos dijo nada. Se abrazaban el uno al otro, y Carol lanzó un largo sollozo ahogado.

Jeff me dio una palmadita en el hombro.

—Ven, tenemos algo que hacer.

Yo miré de nuevo a Steve y a Carol. Él la había llevado a la esquina de la cocina y la tenía contra la pared, protegiéndola de todos, como un bulldog. *Si la guarda tan asiduamente de la policía*, pensé, *no lo hará mal si se presenta un asesino*. Tomé mi abrigo y seguí a Jeff.

Lo último que oí fue la voz de Peterson.

—Muy bien, *Mr*. Brown. Quiero hacerle unas preguntas.

XV

LA MUCHACHA LLAMADA LEE

Tom Neilson nos miró furioso por encima de su vaso de *highball*.

—¿A quién diablos le importa que yo no estuviera en mi habitación? El Bristol no es un colegio de señoritas. Uno no tiene que firmar un papelito cada vez que decide ir a un sitio. —Y bebió un trago que hizo descender tres pulgadas la línea de flotación de su vaso.

Jeff y yo llevábamos dos horas recorriendo Times Square. Finalmente encontramos a Tom en un bar de la Calle 46, donde estaba solitariamente entregado a la bebida. Y ahora nos quería poner dificultades.

Mirándole a la cara, Jeff dijo:

—A nadie le importa un pito que no estuviera en su habitación, excepto a Haila y a mí. Pero dentro de una hora, habrá por lo menos diez policías interesados en averiguarlo.

—¿Por qué? —Tom se había vuelto beligerante.

Jeff se lo dijo bruscamente.

—Porque después que dijo a los empleados de su hotel que no quería que lo molestaran, alguien disparó contra Carol desde una ventana del sexto piso del Esquador Hotel.

Tom dejó ruidosamente en la mesa el vaso vacío.

—¿Ha sido ella…?

—No —dijo Jeff—. Está bien. Erraron el tiro.

Tom sacudió el hielo del vaso y se lo bebió.

—Carol lleva una vida encantada. Debería formar parte de un circo. La envenenan, la acuchillan, disparan contra ella y, sin embargo, está perfectamente. —Llamó al camarero y le pidió otro *highball*.

—¿Por qué dio orden de que no le molestaran cuando no pensaba quedarse en su habitación?

—Porque pensaba quedarme en ella. Y no quería que me molestaran porque iba a dormir una siesta.

—No irá a decirnos que estaba en la habitación —sonrió Jeff—. Que dormía tan profundamente que no oyó el teléfono.

—¡Oh, por amor de Dios! No, no me acosté. En cuanto llegue a mi habitación, Tony Eldridge vino a verme. Me dijo que Max Shuman iba a enviar a Londres la compañía de «Pedro y Pablo». Yo había sido el director de escena, cuando la obra se presentó en Nueva York y pensaba que podía quedarme con el trabajo. Así que salí apresuradamente. No me detuve a llamar a la telefonista. ¿Para qué decírselo? Y eso es iodo.

—¿Dónde está la oficina de Shuman?

—En la Calle 53, al este de Madison.

—¿A qué hora estuvo allí?

—Llegue a eso de las cinco. Shuman había salido. Hablé un rato con su secretaria y me fui a las cinco y cuarto, más o menos.

—¿Cinco y cuarto, eh? —Jeff rebuscó en el cestillo de mimbre y me dio una patata frita—. Y el disparo se produjo exactamente a las cinco y media.

En la voz de Tommy sonaba la alarma.

—¡Mire, Jeff, ya sé lo que está pensando! La oficina de Shuman está a unas dos manzanas del Esquador. ¡Yo podía haber subido allí a tiempo para disparar contra Carol!

—¿Qué hizo, Tommy?

—Pues… —Vaciló—. ¡Diablos! Esto tenía que ocurrirme a mí. Pues bien, llegué aquí a eso de las seis y media. Por el camino, me detuve en un bar de Broadway y bebí un par de copas. —Jeff abrió la boca y Tommy dijo furioso—. ¡No, no puedo probar que estuve allí! No vi a

nadie conocido. Y el lugar estaba lleno; no creo que el camarero ni nadie se acordarán de mí. ¿Qué diablos quiere hacerme, Jeff?

—Nada. Me gustaría que tuviera una coartada para las cinco y media de esta tarde.

Tommy se puso en pie de un salto, volcando el vaso que el camarero acababa de colocar delante de él.

—¿Quiere decir que me van a mezclar en este asunto, porque había salido para ocuparme de una cosa que sólo me interesaba a mí? ¡Diablos, Jeff! Escuche, yo no disparé contra Carol. No traté de envenenarla, ni acuchillé a Eve North. ¡No quiero matar a Carol! Por amor de Dios, ¿por qué?

—Dijo que iba a hacerlo —dije yo.

Él se sentó tan rápidamente como se había levantado, pero con más tranquilidad. Tenía los labios pálidos.

—Así que se lo dijo —exclamó amargamente.

Yo salí en defensa de Carol.

—¡No! No dijo ni una palabra y ni con caballos salvajes se lo habrían arrancado, hasta que se enteró de que lo sabíamos. Los oyó… una vecina de al lado.

—¿Qué dijo Carol?

—Que vio que usted se estaba enamorando de ella, y ella se había enamorado de Steve Brown. Que se lo dijo y usted se enojó y la amenazó. Y no se moleste explicándonos que estaba borracho, porque ella nos lo dijo ya.

—Prefiero excusarme yo mismo —dijo hoscamente Tom, con los ojos fijos en el vaso que tenía delante.

—Pero ¿fue así? —dijo Jeff—. Estaba borracho…

—Prefiero no hablar de eso. Que hable Carol.

—¿Qué hay entre usted y Alice McDonald, Tommy?

—Lo único que hay entre Alice McDonald y yo es una antigua amistad. Somos buenos amigos.

—Ella sabía lo de Carol y usted, ¿no? Y no le gustaba. ¿No tendría celos de Carol?

—No le gustaba porque… —Se interrumpió—. No les importa saber por qué no le gustaba. Pero no era por celos. Entre nosotros no hay esas cosas. Le dije lo que sentía por Carol, porque Alice y yo somos realmente buenos amigos.

—¿Y todavía lo sigue sintiendo?

—¿El qué?

—¿Todavía sigue enamorado de Carol Blanton?

Tom miró la mesa, frunciendo el ceño.

—Sí, creo que sí. Sí, me imagino que sí. Pero ya la olvidaré. Una mañana de éstas me levantaré y ¡bing!, se me habrá pasado. Así fue como me entró y así es como se me irá. Yo estaba en la oficina de Bowers, el día que llegó. —Su voz se había suavizado—. Era la primera vez que la veía y comprendí que Carol era para mí. Comenzó a leerle el papel a Bowers y, antes de que hubiera terminado la página, estaba seguro de ello. Creo que tanta belleza y tanto encanto juntos pudieron más que yo. Y talento. Aquello no era una primera lectura: era una representación. Esa chica va a ser una estrella.

—Si vive —dijo Jeff.

Tommy levantó la cabeza.

—Sí, si vive… será una estrella. Bueno, ahí lo tiene. «Cómo T. Neilson se enamoró… y se curó de su amor». —Sus ojos nos desafiaban a que sonriéramos.

Evidentemente, Jeff se había enterado ya de todo lo que quería. Se levantó y le dio un golpe a Tommy en el hombro, con el puño.

—Hasta la vista, Tom. Y gracias. Muchas gracias.

Al salir a la calle me costó trabajo seguirle el paso a Jeff.

—¿Adónde vamos? —le pregunté. Él no me contestó—. Jeff, ¿te acuerdas de mí? Soy la muchacha con quien vas a casarte.

—Sí, cuando solucione este pequeño asesinato. —Se detuvo, dio media vuelta, cambió de dirección y estuvo a punto de tropezar con Vincent Parker.

—¡Nueva York! —exclamó Vincent—. No puedo dar diez pasos sin encontrarme a uno o dos de mis mejores amigos. Para llegar a un

sitio pronto tengo que tomar un auto. ¿Qué opinan de eso?

—Nada —dijo sinceramente Jeff.

—¿Ha leído mi obra, Haila?

—Sí —mentí. Me había dormido al llegar a la página tres.

—¡Pues yo no he tenido aún noticias de Carol Blanton! ¿La ha leído ella? —Yo meneé la cabeza—. Oiga, todavía no la han asesinado, ¿no?

—Aún no.

—¡Magnífico! Estará estupenda en el papel. ¡Llenaremos la sala! Tampoco he tenido noticias de Lee Gray. No lo comprendo. Estoy poniendo su nombre en los diarios todos los días. ¿No la ha visto, Jeff?

Jeff estaba pensando en otra cosa, así que contesté por él.

—No, Vincent.

—¡Carol Blanton y Lee Gray en la misma obra! —dijo con melancolía—. Les digo que la gente se pelearía por verlas. ¡Vendrían desde varias millas de distancia! Desde Jersey. Oiga, Jeff, si encuentra a Lee Gray, ¿me avisará inmediatamente?

—¿Eh? ¡Oh, sí! Claro.

—Jeff, cuando se le hace un favor a Vincent Parker, éste no lo olvida nunca. Sam Goldwyn me hizo una vez un favor y mire donde está. ¡Nómbreme a alguien más grande que Sam!

—Flimsy Fletcher —dijo Jeff.

—¿Quién?

—Un chico que fue a la escuela conmigo. Pesaba cien kilos cuando tenía doce años.

Vincent lo miró con incredulidad.

—¿Sí? ¿Cuánto pesa ahora?

—Lo mismo. Sigue teniendo doce años. Adiós, Vincent.

—Adiós, muchachos, no se olviden de mí. —Vincent miró a un taxi que pasaba, vio que iba ocupado y lo llamó a gritos.

Jeff me arrastró calle abajo.

—Haila, voy a dejarte aquí.

—¿Por qué?

—Porque no puedes andar tan de prisa como yo.

—¿Tan de prisa para llegar adónde?

—Mira. Dentro de una hora me reuniré contigo en tu casa. Si puedes, procura que Carol no se vaya.

Dejó la acera y empezó a cruzar la Sexta Avenida. Yo vi cómo avanzaba entre los vehículos detenidos. Luego, subiéndome el cuello del abrigo con una mano y sujetándome con otra el ala de mi sombrero de fieltro, me abrí paso a codazos hasta la Quinta Avenida y seguí por ella.

El día traicionero, cálido y claro, con olor a mes de abril en el aire, había cambiado al caer la noche y se había vuelto a convertir en un despiadado noviembre. El viento que azotaba la ancha calle me mordía a través del delgado abrigo de *tweed* y yo me apresuré a buscar el reparo de la estrecha Calle 54.

Delante de mi casa había un grupo de hombres, dos con uniformes de la policía de la ciudad, otros con esa cara seca e impasible que, por lo visto, es el requisito imprescindible de la policía secreta. Vi que Peterson estaba hablando con el fotógrafo, que tenía el equipo junto a él, en un escalón. Les dije: «Hola, muchachos» y entré en el vestíbulo, donde el muchacho que relevaba a Jinx durante el día, me subió a mi piso.

El departamento estaba completamente a oscuras y yo encendí las luces del techo. Luego, rápidamente, volví a apagarlas y avancé a tientas en medio de la oscuridad y corrí las persianas. No quería hacer de blanco para alguno de los huéspedes del Esquador Hotel. Cerré la puerta con llave y cerrojo, y probé el pasador, a pesar de los dos policías estacionados en el *hall*, y luego encendí la lámpara de la mesa. Por encima de la pantalla amarilla, vi a Carol que me miraba desde la puerta del dormitorio. Había estado llorando. Debía haber visto todas mis medidas de precaución, porque en sus ojos se pintaba la alarma.

—No me gustan los curiosos —le expliqué ligeramente, señalando las persianas echadas. Me senté en el diván y encendí un cigarrillo, esforzándome en lo posible por olvidarme del asesinato,

aunque no fuera más que por un poco—. Querida, me parece maravilloso que tú y Steve… En realidad…

—¡Oh, Haila, cruza los dedos! Steve ha ido a hablarle a su madre de mí… de los dos, de Steve y de mí.

—Dirá que sí, o si no la mato.

—¡Oh, si no lo dice… no sé qué haré! ¡No lo soportaré! Dentro de poco volverá.

—Si dice que no, eso significará que Steve no…

—¿Se casará conmigo? No le dejaría. No puedo. Ya le he dado bastantes disgustos a Steve. Yo… —Se paseó inquieta por la habitación y finalmente vino a sentarse en el diván, junto a mí.

—Haila…

—¿Qué, Carol?

—Haila, voy a salir de aquí. Mañana.

—¡Irte de aquí! ¿Por qué?

—Me voy a un hotel. Tengo el dinero de «Manzanas Verdes» y, si necesito más, Steve me lo prestará. No me gusta eso, pero se trata de una emergencia.

—Sí, creo que sí, pero no te irás.

—Tengo que hacerlo, Haila. Sólo hasta que Steve y yo nos casemos. Si nos casamos —agregó, y casi me pareció oírla murmurar una oración—. ¡Oh, ya sé que hago mal, estando las cosas como están, pero me gustaría poder casarnos mañana!

—Bueno, sea cuando sea, tú te quedarás aquí hasta el día de la boda. No consentiré que vayas a un hotel.

—Me da miedo quedarme aquí —dijo ella suavemente.

—Pero si estás más segura que en el hotel. Steve, Jeff y yo…

—No tengo miedo por mí. Tengo miedo por ti. Haila, cuando estas cosas empezaron a ocurrir yo estaba aterrada, algo así como petrificada… y me porté como una egoísta. Nunca se me ocurrió pensar que te mezclaba en este asunto por vivir contigo. Y tú te portaste tan bien que… yo no le di importancia.

—Carol, no seas tonta.

—Al principio, todo ocurría en el teatro, y yo no pensaba que aquí había ningún peligro. Pero hoy… ese disparo. Haila, ¡la bala podía haberte dado a ti! Podrías estar ahora muerta… por causa mía.

—¿Así que te vas por eso?

—No quiero que te pase lo que le pasó a Eve North —dijo con voz casi inaudible—. Tengo hecho el equipaje. Me iré por la mañana.

—Bueno, pues ve y deshazlo. No te irás de aquí hasta que no seas *Mrs*. Stephen Brown. ¡No corro ningún peligro, Carol! ¡Pero si la bala pasó a una milla de distancia de mí! Y ya no habrá más balas. —Le eché un brazo por los hombros—. No te preocupes, Butch. Ya saldremos de ésta de algún modo. Basta de conversaciones sin importancia. Vamos a discutir algo realmente interesante, como por ejemplo; ¿hay en esta casa algo de comer?

Llamaron a la puerta y en cuanto abrí Steve entró en la habitación. No tenía que decir una palabra: el éxito brillaba en su cara. Tomó a Carol en sus brazos, pero estaba demasiado excitado para mostrarse afectuoso; tenía que hablar.

—¡Vamos a casarnos! ¡Voy a ser tu esposo! ¡Mírame, voy a ser esposo!

—¡Oh, Steve!

—Deberías haber visto la cara de tu suegra cuando se lo conté, querida. ¡No podía hablar! ¡Dios santo, yo pensé que era un silencio de mal agüero, pero es que la había dejado muda a mamá! ¡Le produjo una impresión! ¡Cuando me marché, iba a acostarse! —Steve se dejó caer en una silla e, inmediatamente, se puso de pie de un salto—. Le hablé de ti, de esto, de todo, Carol. ¡Y mamá dijo —su voz bailaba de alegría— que alguien debería casarse con la pobrecita para cuidar de ella!

—¡Pero Steve, eso no significa nada! —La voz de Carol temblaba.

—Le enseñé tu retrato y este fin de semana vas a venir a casa, porque mi madre me lo ha ordenado. Está hecho. Mamá no deja que venga a casa nadie indigno de casarse con uno de los nuestros.

—Pero no dijo que sí, Steve.

—¡Sabe que trabajas en el teatro y no dijo que no! ¡Y cuando te vea, querida, y cuando te vea papá! No te preocupes. —La besó.

Yo me volví de espaldas y empecé a jugar me-quiere-no-me-quiere, con el cactus.

—¡Uf! —dije.

Carol y Steve se rieron cortésmente. Yo comprendí. Cupido no tenía que tocar su silbato en mi oído. Entré en la cocina y me entretuve con los cacharros.

La voz de Jeff, que saludaba a Steve y Carol, me hizo volver corriendo al *living*. Él estaba ya al teléfono.

—Hola, ¿no ha vuelto aún Peterson? Le habla Jeff Troy, conmigo sí hablará. Es importante, algo sobre el caso del Colony… Gracias, aguardaré.

Steve y yo le hicimos a Jeff varias preguntas con voz muy excitada, pero casi inmediatamente lo pusieron con Peterson.

—Hola, habla Troy. Hace media hora que estoy tratando de comunicarme con usted, cada cinco minutos… Escuche, Peterson, ¿podría buscar a Greeley Morris y traerlo al departamento de Haila?… ¡No, no le pido que me haga mandados! ¡Es algo importante! Tengo que decirle algo, cuando usted venga aquí con Morris… ¡No me estoy guardando ninguna prueba! Cuando le diga lo que sé, querrá hablar con Morris. Le estoy ahorrando tiempo, eso es todo… No está en su hotel; acabo de venir de allí… ¡Muy bien, se lo diré! ¡Sé quién es Lee Gray! ¡La he encontrado!

—¡Jeff! —grité yo.

—¡Por favor! —dijo Jeff. Y volvió al teléfono—. Traiga aquí a *Mr*. Morris, Peterson, y se lo diré. —Colgó y se quitó el sombrero y el sobretodo.

—¿Y bien, Jeff? —le pregunté con impaciencia.

—A lo mejor no debería decir nada hasta que Peterson llegue aquí.

—¡A lo mejor no, pero lo vas a hacer!

—Muy bien, tranquilízate.

Steve se inclinó en su asiento, aguardando. Yo miré a Carol. Estaba mirando fijamente a Jeff, con los labios ligeramente entreabiertos y los puños apretados. Ninguno de nosotros habló.

Jeff encendió un cigarrillo con enloquecedor cuidado.

—Lee Gray es una actriz y su nombre teatral es Leila Gray. ¿Ha oído alguno de ustedes hablar de ella? No. Bueno, no es muy conocida. Según he podido averiguar, no trabajó más que en una obra, y sólo durante un par de semanas. Fue una prueba, en Inglaterra. En Manchester, para ser exactos. La obra era «Manzanas Verdes».

—¡«Manzanas Verdes»! —dijo vivamente Steve—. Pero entonces… entonces Greeley Morris tendría que haberla conocido. Yo creí…

—Que Morris no sabía quién era. Sí, eso fue lo que contó.

—¿Por qué, Jeff?

—Esa es una de las cosas que quiero que nos diga Morris. —Jeff prosiguió, reflexivo—. Lo raro del asunto de Lee Gray es que la policía iba por buen camino, pero no siguió por él mucho tiempo. Su teoría era que Lee Gray era un miembro de la compañía, alguien que había firmado esa nota con un nombre supuesto, pensando que Carol la entendería. Habría sido muy difícil que un extraño entrara en el teatro y subiera al camarín de Carol sin que lo viera nadie. Pero eso era muy sencillo para cualquier miembro de la compañía. Siguieron su teoría un poco de tiempo. Compararon esa nota con la escritura de todos los miembros de la compañía, incluso los hombres, aunque la letra era claramente femenina. Pero no la compararon con la de una persona.

—¿Quién? —exclamó Carol.

Él la miró tranquilamente.

—Usted.

Ella se llevó la mano a la garganta.

—¿Yo? Pero, Jeff, era… la nota era…

Steve se volvió hacia Jeff, con el rostro nublado y amenazador.

—¿Qué está diciendo, Jeff? La nota se la enviaron a Carol. ¿Por qué iban a compararla con su letra?

—Ahí fue donde cometimos nuestro primer error. Porque la nota había sido hallada en su cartera, pensamos que ella era la destinataria. No fuimos lo suficientemente inteligentes para darnos cuenta de la verdad… que Carol había escrito la nota y la descubrieron antes de que hubiera tenido una posibilidad de enviarla.

Yo me eché a reír y mi risa sonó a hueco en el tenso silencio de la habitación.

—Pero, Jeff, es una tontería…

—Mira a Carol.

Sus ojos estaban fijos en la cara de Jeff, como hipnotizados. Sus labios entreabiertos temblaban, pero no había en ellos ninguna negación.

—Usted escribió la nota, ¿verdad, Carol? —prosiguió Jeff.

—Sí. —La palabra era casi un murmullo.

—Y la dejó en el bolso, donde la encontró la policía. No estoy seguro de quién era el destinatario, pero si me dieran a elegir tres nombres elegiría las tres veces a Greeley Morris. ¿Acerté?

Ella asintió.

—Sí, era Greeley Morris.

Steve dijo: «¡Carol!» —y le puso suavemente la mano en el brazo. Ella se la apartó con un ligero movimiento, con los ojos clavados en Jeff, sin saber que Steve era quien le había hablado o quien le había tocado.

—Y lo que tenía que decirle, esa cosa que era tan importante, era pedirle que no le dijera a nadie que usted era Lee Gray.

Ella le replico con voz monótona.

—Sí. ¿Cómo lo supo, Jeff?

—Creo que voy camino de ser detective. Haila me dijo que le había costado mucho iniciarse en el teatro porque leía muy mal las obras, que tenía que representar el papel, para que le saliera bien. Y ayer, Clint Bowers nos habló de la maravillosa lectura que le había

hecho, de cómo después de haberla oído leer el papel no volvió a pensar en Alice McDonald para el papel de Dina. Entonces debí haber comprendido la verdad. Pero tuve que volver a oírla de labios de Tommy Neilson. Él estaba en la oficina de Bowers el día que usted fue, y me dijo que no había sido una lectura, sino una representación. Y por primera vez se me ocurrió pensar que para ser tan mala lectora volvía loca a demasiada gente. Entonces me dije que su lectura había sido tan espectacular, que tal vez no era una primera lectura. Que a lo mejor conocía ese papel de «Manzanas Verdes». Pero ¿cómo? La obra no se había representado más que en Inglaterra. Cuando Haila y yo fuimos a ver a Morris al Gotham, me fijé que tenía media docena de libros de recortes, completamente llenos. Entré en su habitación cuando él no estaba y…

—¿Cómo diablos entraste en su habitación, Jeff? —le pregunté.

—Fue bastante difícil. Aun después de convencer a la camarera de que era un detective, tuve que darle diez dólares y el distintivo de mi fraternidad, y prometerle muchas cosas. Estamos comprometidos, pero creo que podré romper el compromiso. No sabe mi nombre. Además, no me casaría con una mujer que no tiene confianza en mí. Me estuvo vigilando mientras leía el libro de recortes de Morris, para que no me llevara nada. Pues bien, leí la crítica de «Manzanas Verdes» cuando se representó en Londres… y no hablaban de Carol Blanton. Pero la pieza se representó en Manchester unos días, y el papel de Dina lo hacía una muchacha llamada Leila Gray. La crítica me hizo comprender enseguida quién era Leila Gray. El crítico la describía con todo detalle, Carol. Y con todo entusiasmo.

Los dedos de Steve tecleaban nerviosamente en la repisa de la chimenea. Miraba en silencio a Carol, en señal de muda interrogación.

Ella dijo, sin mirar en su dirección:

—Se lo contaré todo, si quiere. Veo que es inútil callar nada ahora.

—No —dijo Jeff—. Si nos lo cuenta todo, a lo mejor podremos ayudarla.

—Carol Blanton es mi verdadero nombre. Mi madre se llamaba Leila Gray y el nombre me gustaba y lo adopté cuando fui a Londres. Mamá murió cuando era una niña y mi padre cuando tenía dieciséis años. Yo encontré trabajo en un almacén. Pero odiaba Salt Lake City, mi empleo, la vida que llevaba. Quería ser actriz. Y ahorré dinero, aunque ganaba muy poco. Finalmente conseguí ahorrar cuatrocientos dólares y entonces gané un premio dramático que daba un club femenino, lo suficiente para ir a Londres e inscribirme en la Royal Academy. Aquel era el sueño de mi vida. Por primera vez tenía lo que quería. Nada me recordaba allí el almacén. Tenía una pequeña habitación, para mí sola, vestidos y trabajo nuevos. Una vida completamente nueva, en un país nuevo. Todo era maravilloso, tal y como yo lo había querido. Cuando estudiaba en la Academia, conocí a Greeley Morris.

Se detuvo y se pasó cansadamente la mano por los ojos. Steve dejó de teclear y en la habitación no se oyó más que el ruido de nuestra respiración.

—Vino a ver nuestra graduación, junto con otros dramaturgos, productores y directores, todos ellos personajes del mundo teatral de Londres. Mi trabajo había sido bueno, me dijo; a lo mejor él tenía algo para mí. En una de sus obras había un papel en el que tal vez estaría bien. Pensaba que yo tenía talento y que algún día podía llegar a ser una buena actriz. Me figuré que le gustaría mi trabajo. Pero no fue por esa razón por lo que me dio el papel de Dina en «Manzanas Verdes».

«Trabajé con él. ¡Y cómo trabajé! Él era antipático y sarcástico, y a veces me entraban ganas de llorar delante de todos. Pero no lo hacía. Estaba aprendiendo a ser actriz. Tenía un papel en una obra. Todo era maravilloso, demasiado maravilloso. —Sonrió amargamente —. Pues bien, antes de que empezáramos a trabajar en Manchester, él empezó a frecuentar mi camarín, a acariciarme, a acompañarme a casa por las noches, a seguirme a todas partes. Quería que viviera

con él y yo… le odiaba. No conocen a Greeley Morris. ¡Oh, sí, le han visto en la oficina de Clint Bowers, pero no le conocen! Creen que estoy asustada porque alguien quiere matarme, pero entonces estaba más asustada. Cerraba mi puerta con llave por la noche y ponía delante de ella el escritorio. Me llevaba unos *sandwichs* a mi habitación, porque tenía miedo de salir. Y en el teatro, durante todos aquellos días y aquellas noches, cada minuto era una agonía. Es… ¡oh!, no puedo describírselo. ¡No puedo!».

Yo recordé la cara morena y sardónica de Greeley Morris. La sonrisa leve y desagradable. Los ojos fríos, color de *tweed*. No hacía falta que Carol me lo describiera.

—La cuarta noche que trabajábamos en Manchester fue cuando ocurrió. Yo estaba medio enloquecida por todas aquellas semanas de miedo. Ya no sabía lo que hacía. Salí al escenario y me quedé en él. No recordaba nada, me había olvidado de mi papel. El público se reía, algunos empezaron a silbar. Y yo… me fui. Hicieron bajar el telón y la reemplazante se encargó de mi papel. Greeley Morris me aguardaba en mi camarín.

Se detuvo, con los ojos nublados de horror, recordando. Por primera vez, nos miró.

—Se estarán preguntando por qué no lo dejé. No podía. No me habría servido de nada. Sabía que no podía huir de él, si él quería buscarme. Y… necesitaba el trabajo. Había gastado más del dinero debido. Era la primera vez que tenía algún dinero para gastar y… ¡deseaba tantas cosas! Tenía que trabajar.

»Unas cuantas noches después me olvidé de mi papel casi en el mismo lugar. Esa vez no volví a mi camarín. Salí directamente a la calle, con el traje y el maquillaje del teatro. Fui a casa. Al día siguiente, empecé a buscar trabajo. Era inútil. En todo Londres no había un empresario que quisiera confiarme un papel. Morris había ido a verlos antes que yo. Sabían que no podían confiar en mí; que me olvidaba de las réplicas en escena. Que había dejado plantado a Greeley Morris.

»Una vez estuve a punto de conseguir un trabajo, no muy bueno, pero trabajo al fin. Era un empresario que me había visto trabajar en "Manzanas Verdes" y le gustaba mi trabajo. Llegué a trabajar una semana, en los ensayos. Eso fue todo. Morris se enteró de ello y me despidieron.

»En Londres no había nada para mí, así que volví. Cambié mi nombre y volví a ser Carol Blanton, para que Morris no volviera a hablar mal de mí a los empresarios, si quería. Y llegué a temer que lo hubiera hecho… porque me pasé meses enteros recorriendo las calles. En varias ocasiones se me presentó la oportunidad de leer un papel, pero yo lo hago muy mal. Y no había tenido experiencia. No podía hablarles de "Manzanas Verdes. —Tenía que decir—, No. Ninguna experiencia". Entonces, un día, leí en un diario que Clint Bowers iba a dar "Manzanas Verdes". Y de repente pensé. Ahí hay un papel que yo puedo hacer. Jeff, ya vio lo que dijo el crítico de Manchester. Y Greeley Morris no venía nunca a América para ver sus obras. Nunca sabría que la muchacha que hacía de Dina era Leila Gray. Estaba… desesperada. No me quedaba dinero, no tenía nada. Merecía la pena arriesgarse, y lo hice».

Se miró las puntas de los dedos.

—Ya saben lo demás. Conseguí el trabajo y el día del estreno me enteré de que iba a venir. Al principio, no sabía qué hacer. Luego pensé que no iba a estar aquí más que una noche, y que si no me veía, si se iba a Hollywood sin saber nada… Tenía que conseguir que Alice trabajara una noche.

»Y lo conseguí. Fingí que había perdido la voz y luego, cuando te habías ido ya al teatro, Haila, recordé las fotografías del vestíbulo del Colony, y comprendí que era inútil. Él tendría que ver mi fotografía, y se enteraría. Sería mejor que trabajara. A lo mejor no decía nada, a lo mejor podía convencerlo para que no dijera nada. Tú y Tommy entrasteis cuando telefoneaba al teatro, para decir que iba a ir. No me creísteis, lo vi enseguida. Pero… no podía explicarles nada.

»Escribí la nota cuando me quedé sola en el camarín y no sabía qué hacer con ella. No hacía más que preguntarme si merecía la

pena rogarle, o si era mejor quedarme callada y arriesgarme. Cuando terminó la obra, no sabía aún qué hacer. De repente, me sentí enferma. Tan enferma que pensé que iba a morir y todo lo demás carecía de importancia. Me olvidé de la nota, de Greeley Morris y de mi trabajo, me olvidé de todo lo que no fuera volver a casa y acostarme. Eso fue todo. Cuando volví a recobrar la conciencia, estaba en el Bellevue».

Se hundió en el diván y se tapó la cara con las manos. Al cabo de un momento, Jeff dijo:

—¿Cree que el que trató de matarla fue Greeley Morris, Carol?

—No… no lo sé. Al principio pensé que era él. Cuando nos vimos a la mañana siguiente en la oficina de Bowers y él fingió que no me conocía ni sabía quién era Lee Gray, pensé que era él. Pero la noche en que asesinaron a Eve… él no estaba en el teatro. Y entonces… entonces comprendí que no podía ser él.

—Carol, ¿por qué lo llamaba a su hotel, cuando yo contesté el teléfono?

—Casi me desmayé cuando oí su voz.

—¿Dónde estaba Crowley cuando llamó?

—Había salido a dar un paseo y él me acompañaba. Y de repente, sentí deseos de hablar con Morris. No quería que le hablara a la policía de Lee Gray, como él le hablaría, porque parecería que… Si alguien se lo decía a la policía, a *Mr*. Bowers o a ustedes, quería ser yo quien lo dijera.

—Pero si Crowley iba con usted…

—Logré despistarle entre la gente y entrar en una farmacia sin que me viera. Cuando salí, iba de un lado a otro por Madison Avenue, buscándome.

—Si Crowley hubiera dicho que la había perdido de vista en ese lugar y a esa hora —dijo Jeff—, habríamos sabido que era Lee Gray. Porque logramos averiguar que la llamada procedía de esa farmacia.

—Estaba tan avergonzado de haberme perdido de vista, que no se atrevió a hablarle de ello a Peterson.

—¡El muy bruto!

Carol sonrió débilmente.

—Ni siquiera sabía que yo había estado en esa farmacia; no podía imaginarse que eso tenía importancia. No estuve adentro más que un minuto. Sabía el número y, en cuanto Jeff contestó el aparato, colgué y salí corriendo. Temía que hubiera reconocido mi voz, Jeff.

—No dijo más que una palabra. Pero si la hubiera reconocido, nos habríamos ahorrado tiempo y disgustos.

—Sí. ¡Oh, he estado a punto de contárselo… miles de veces! Pero no podía.

—¿Por qué, Carol?

Sus ojos se encontraron con los de Steve y las lágrimas brillaban en ellos.

—Steve… —Entonces él se acercó a ella y Carol se echó en sus brazos, sollozando—. Era una cosa tan desagradable. Estaba avergonzada de ella. Y temía que Steve pudiera hacer algo si le hablaba de Greeley…

Las líneas blancas que había en torno de la boca de Steve se apretaron.

—Me va a gustar ver a *Mr*. Morris.

—¡Steve! —La cara de Carol tenía un tinte de ceniza—. ¡Steve, por eso me he callado! ¡Por eso me he guardado toda la historia dentro de mí! No quería que tú y Morris… ¡Oh, Steve, no debes verle! Va a ocurrir algo, Steve, va a ocurrir algo si lo ves y… ¡entonces nuestro amor terminará, Steve! —Se volvió hacia Jeff. Lloraba—. Jeff, ¡no deje que Morris venga aquí! Ya no necesitan verle. ¡Se lo he contado todo, se lo he explicado todo! No tiene que venir aquí, ¿verdad?

—Sí, Carol —dijo suavemente Jeff—. Porque ahora queremos que *Mr*. Morris nos explique unas cuantas cosas.

—Entonces… haga que Steve se vaya, antes de que él venga. No lo deje… ¡Oh, tengo miedo por Steve! No debe ver a Greeley Morris, no…

Oímos que el ascensor se detenía, luego unos pasos rápidos en el *hall* y finalmente, una llamada breve y seca. Jeff abrió la puerta. Peterson se hizo a un lado y Greeley Morris entró antes que él en la habitación.

XVI

LA AMARGA VERDAD

Con una voz monótona por el esfuerzo y la fatiga, tan baja que, a veces, Peterson tenía que inclinarse hacia ella para oírla, Carol volvió a contar su historia. Él no la interrumpió más que una vez.

—¿Londres, eh? Eso explica el vacío que hay entre la época en que salió de Salt Lake City y cuando apareció en Nueva York. Estábamos trabajando en eso, *Miss* Blanton.

Asintió brevemente, y ella prosiguió, mirando de cuando en cuando a Greeley Morris, furtivamente, como si temiera, a pesar de la tranquilizadora proximidad de Steve, que se le fuera a echar encima. Pero, durante la larga historia, Morris no se movió, como no fuera para encender un cigarrillo.

Cuando Carol terminó, Peterson se volvió y, enfrentándose con Morris, le dijo bruscamente:

—Así que usted conoció a *Miss* Blanton en Londres.

—Yo conocí a *Miss* Gray en Londres.

—¿Cuándo se enteró por primera vez de que Carol Blanton iba a aparecer en su obra?

—Cuando Bowers me cablegrafió los nombres del reparto.

—¿Cuándo fue eso?

—Antes de que la obra empezara a ensayarse.

—Así que sabía —dijo secamente Peterson—, que *Miss* Blanton estaba en Nueva York y trabajaba en su obra.

Morris sonrió.

—Naturalmente. Pero no sabía que *Miss* Blanton era *Miss* Gray.

—¿Tiene algún medio de probarlo?

—Claro que no.

—¿Pero la reconoció como Lee Gray cuando vio el estreno de «Manzanas Verdes»?

—Desde luego.

—Y sin embargo, negó que conocía a Lee Gray. ¿Por qué?

—¿No le parece claro? Desgraciadamente, *Miss* Blanton había sido envenenada la noche de mi llegada. Al parecer, la policía buscaba alguien que estuviera relacionado con ella en otros tiempos. No veía por qué razón les iba a hablar de nuestras antiguas relaciones, diciéndoles quién era Lee Gray y complicándome en el caso. Y como *Miss* Blanton no parecía muy deseosa de que yo hablara…

—Ya… Muy bonito. Y la historia que *Miss* Blanton acaba de contar… ¿es cierto lo que ha dicho de sus relaciones en Inglaterra?

—¿Espera que yo lo reconozca?

—¿Lo es?

—¿Cree que soy un degenerado, un loco que asusta a las niñas?

—¿Por qué dejó su obra *Miss* Blanton?

Steve saltó furiosamente.

—¡Carol le ha dicho por qué se fue! ¿Tiene que volver a hacerla pasar por todo eso otra vez? No es ya bastante que se tenga que quedar aquí…

Peterson le interrumpió.

—No tiene que quedarse. Ahora puede irse, si quiere.

—Me quedaré —dijo simplemente Carol, obligando a Steve a sentarse junto a ella—. Steve, tengo que quedarme.

—Morris, ¿por qué dejó de trabajar *Miss* Blanton en su obra?

—Como ha indicado, porque yo la eché.

—¿Obligándole a aceptar sus atenciones?

—Nada de eso. La despedí por incompetente. Tenía la mala costumbre de quedarse en escena sin decir una palabra.

—Porque usted la espantaba de tal modo… —dijo Steve.

La voz de Morris se alzó por encima de la de Steve.

—No. Porque estaba borracha. En una ocasión, la última, ni siquiera podía tenerse en pie, y se desmayó en escena. Tuvimos que bajar el telón y la sobresaliente se encargó de su papel.

—¡Es mentira! —dijo roncamente Steve.

Carol le agarró de los hombros con ambas manos. Yo vi que le temblaban. Pero su voz era firme.

—Sí, Steve, es mentira. La misma mentira que le contó a los empresarios de Londres. Por eso no quería darme trabajo ninguno de ellos. No le escuches, Steve.

Morris dijo tranquilamente.

—Se lo dije a los empresarios, porque no quería que les estropeara sus producciones, como me estropeó la mía.

—Siga, *Mr*. Morris… ¡cuente todo lo que les dijo!

—Prefiero no hacerlo.

—No. Tiene miedo. Tiene miedo de hablar delante de Steve, porque…

—¡No se ponga así, *Miss* Blanton! —dijo Peterson.

Ella se dejó caer en el diván, temblando violentamente. Steve la estrechó contra sí, pasándole un brazo por los hombros, apretando sus manos en la suya. Morris miró el cigarrillo que daba vueltas entre sus dedos, como si fuera lo único importante de la habitación.

—¿Así que prefiere no hablar de Londres, *Mr*. Morris?

—No. Le aseguro que es tan penoso para mí, como para *Miss* Blanton y su joven campeón.

—¡Tonterías! —dijo Peterson—. Cuente su historia.

—¿Tengo que hacerlo?

—¡Vaya si lo tiene que hacer! Como usted ha dicho, *Miss* Blanton fue envenenada la noche de su llegada. Su coartada de la noche del asesinato de Eve North no sirve, y hoy pudo muy bien haber disparado el tiro. Y, lo más importante de todo, se ha estado callando pruebas valiosas. Si estuviera en su lugar, Morris, hablaría. ¡Y bien alto!

—Muy bien. Parece ser que mi reticencia anterior no ha servido más que para complicarme en este asunto, cuando yo creí que ocurriría lo contrario. Pues bien, mi historia es la siguiente:

»Conocí a *Miss* Blanton, entonces *Miss* Gray, cuando trabajaba en la Royal Academy y, como ella dice, pensé que era una chiquilla bonita que actuaba muy bien. Le di un papel en "Manzanas Verdes". Cuando comenzaron los ensayos, éramos un grupo feliz y, para tratarse de una compañía teatral, curiosamente falto de celos de entre bastidores y de intrigas mezquinas. El reparto era el sueño de un dramaturgo, una familia contenta y entusiasta.

»Pero al cabo de seis semanas, las amistades habían desaparecido. Mis actores se conducían como unos neuróticos. Mi primer actor y mi primera actriz se odiaban y no se hablaban fuera de la escena. La linda muchacha encargada del papel que ha hecho aquí Haila Rogers intentó suicidarse Su compromiso con el joven director de escena se había roto misteriosamente. Mi actor de carácter, un hombre, se había convertido de repente en un dipsómano. Eso hacía dos en mi compañía, incluyendo a *Miss* Blanton.

Jeff se colocó delante de Steve, que iba a levantarse. Carol estaba rígidamente sentada, tapándose los ojos con una mano.

—Siga —gruñó Peterson.

—Mi linda ingenua se había burlado del actor de carácter y le había sacado hasta el último céntimo. La carrera de una brillante actriz joven, y sus amores, se habían deshecho por culpa de las calumnias de esa misma ingenua. Había deshecho amistades, separado a los amigos con sus mentiras, sus intrigas y su ambición. La ingenua era Leila Gray.

Hubo un momento de intenso silencio, antes de que Carol, con las mejillas llenas de lágrimas, se pusiera en pie de un salto.

—¡Ahora ya ven por qué huí, por qué cambié mi nombre, por qué me espanta ese hombre! ¡Ahora quiere destrozar el amor que Steve siente por mí, quiere deshacer de nuevo mi vida! —Se volvió hacia Steve, levantando valiente la barbilla—. Sabía que haría esto, Steve.

Por eso quería que te fueras. Steve, vida mía, trata de olvidar todo esto, olvídate de lo horrible que es, de sus horribles mentiras…

Y huyó al dormitorio. Steve se la quedó mirando, con una expresión perpleja y casi espantada en el rostro.

—Steve —le dije—, ve con ella. Ahora te necesita. ¡No te quedes ahí así! Steve, ¿por qué no vas con ella?

Jeff dijo simplemente.

—Porque lo que Morris ha dicho es cierto, Haila. De punta a punta.

Nadie se movió. Steve miraba aún aturdidamente la puerta cerrada, y Greeley Morris lo contemplaba con ansiedad. Peterson, el policía, aguardaba.

—No, Jeff —dije yo.

—Sí. ¿No ves que ha hecho lo mismo con tu compañía? Pero aquí, alguien trató de matarla y eso la cubrió. Todos tenían miedo de decir la verdad acerca de Carol, porque temían que sospecharan de ellos. Todos, menos Alice McDonald. Ella sabía quién era Carol y podía hablar, Carol no le había dado un motivo para asesinarla. Pero cuando Alice nos lo dijo, nos reímos de ella. Tú no la creíste.

—Ni tú tampoco.

—Pero eso me dio que pensar.

Peterson dijo con impaciencia:

—¿Qué es lo que ha hecho? ¿Y a quién se lo hizo?

—A Philip Ashley. Empleó con él la misma técnica que con el actor de carácter de Inglaterra. En su habitación encontré un pagaré de quinientos dólares. Philip dijo que era un juego, que el pagaré era una broma. Pero no lo era. Era real. Y Dios sabe cuántos más tendría, o por qué cometió la tontería de prestarle el dinero… Luego, Tommy Neilson. Hizo que se enamorara como loco de ella y, cuando le hubo sacado todo lo que podía sacarle, lo dejó. Y lo dejó porque vio que se le presentaba algo mejor: Steve, con su posición y su riqueza. No es de extrañar que hiciera todo lo posible por impedir que se supiera la historia de Lee Gray. Por eso apresuraba el compromiso y la boda. Le hacía pensar a Steve que el que quería

apresurarlos era él. Le hablaba de que no quería poner en peligro su vida, sabiendo que así Steve tendría más deseos de casarse con ella, para cuidarla.

—Pero, Jeff —dije yo—, conmigo siempre ha sido… parecía una criatura. Yo pensé que era mi amiga. ¡Y lo era, Jeff! A mí nunca me hizo nada.

—Haila, ha estado aprovechándose de ti desde que te conoció. Ganaba tanto dinero con «Manzanas Verdes» como tú, pero te pedía prestado, vivía aquí, se comía tu comida, usaba tus vestidos…

—¡Pero eran pequeñeces! A mí no me importaba.

—… y se bebía tu licor. ¿No te extrañaban las cantidades de licor que consumía ese angelito, Haila? Pero se cuidaba mucho. No quería que Steve la viera borracha.

Hice un esfuerzo y miré a Steve. Estaba sentado en el sillón, echado hacia delante, con la cara alterada por la impresión. Sus ojos parecían extrañamente helados. Me aparté de él y miré a Jeff.

—¡Pero… no puedo creer eso! No puede haber sido… lo que tú dices, y al mismo tiempo parecer…

—Haila —dijo Jeff—, es una actriz maravillosa. Esta noche, cuando anuncié que había encontrado a Lee Gray, al ver cómo se inclinaba hacia mí y me preguntaba: «¿Quién?», me hizo pensar que estaba equivocado. Nos contó su fantástica historia de Greeley Morris, delante de Greeley Morris, sin parpadear siquiera. Te mintió acerca de su voz la noche del estreno, mintió en todo. Piensa un poco, Haila. ¿No ves que es así?

Steve se levantó. Mecánicamente, fue a la mesita del rincón y tomó su sombrero. Sin mirarnos, se dirigió hacia la puerta. Oímos en la escalera sus pesados pasos. La puerta quedó abierta.

Morris dijo de repente:

—Me gustaría irme, Peterson. Ese muchacho. A lo mejor puedo… es demasiado buen chico para…

—Vaya, Morris.

Yo sentía la cabeza confusa y un dolor vivo y fuerte en las sienes. Fui hasta la puerta del dormitorio y me quedé mirándola. Detrás de

mí, Jeff decía:

—Desde el principio comprendí que había una corriente oculta, algo que no lograba aclarar y que concernía a toda la compañía. De algún modo, eso estaba relacionado con Carol. Nadie podía creer que corriera peligro ni un lindo cabello de su cabeza. Y eso me parecía algo raro. No sabía que decían eso porque la odiaban apasionadamente, y tenían tan buenos motivos para odiarla, que ninguno hablaba por miedo a que sospecharan que él era el asesino.

Me volví al oír el sonido de la voz de Peterson, que estaba junto a la ventana, frunciendo el ceño.

—Trabajamos como locos para encontrar un sospechoso —dijo—, alguien que tuviera un motivo para matar a Carol Blanton. Pensamos que cuando encontráramos a Lee Gray, encontraríamos también a nuestros sospechosos. Pues bien, la hemos encontrado. Antes, no había sospechosos. Ahora, que yo vea, todo el mundo, en Nueva York y en Inglaterra, tenía motivos para matarla.

XVII

LA PISTA EQUIVOCADA

Los automóviles pasaban por la calle, silenciosos y separados por distancias iguales, como los modelos de un desfile. Al otro lado de la calle, el portero del Esquador salió a la acera y tocó su silbato. Un taxi se detuvo delante de la puerta, cargó su pasajero y se puso de nuevo en marcha. En mi departamento no se oía ningún ruido y, afuera, parecía como si la noche cayera sobre la ciudad, oprimiéndola, ahogando sus ruidos y convirtiéndolos en un rumor apagado.

Lo mismo podía hacer una hora que varios minutos que Steve había salido de la habitación. No sentía el correr del tiempo, ni la presencia de las personas; sólo el entumecimiento de mi cuerpo y el fuerte dolor de mi cabeza.

Alrededor del marco de la ventana había un pequeño borde de hielo. Lo arranqué con la uña y cayó.

Detrás de mí, Jeff se paseaba de un extremo a otro de la pieza, murmurando:

—Has aprendido esa costumbre de Carol. Ese modo de sentarse junto a la ventana. Así estaba sentada esta tarde, antes de…

—Jeff, no hablemos. Todavía no. —Cerré los ojos y traté de pensar lo que iba a decirle a Carol, lo que iba a contestar a lo que me dijera. Pero era inútil; mi mente se negaba a funcionar.

—¡Haila! —exclamó Jeff con voz urgente y terriblemente excitada. Yo me volví para mirarle, casi asustada—. Haila, escucha.

Esta tarde… ¡esta tarde, durante la fiesta, cuando dispararon a través de la ventana!

—¿Sí?

—Cuéntame todo lo que ocurrió después de que llegamos aquí.

—Pero ¿por qué?

—¡Por favor! —Se retorcía nerviosamente las manos—. Llegamos aquí poco después de las cinco. Piensa, Haila, trata de recordar. ¿Qué hicimos? ¿Qué hicimos exactamente?

—Hablamos con Carol unos minutos —dije. Mi mente se esforzaba por recordar lo ocurrido aquella tarde—. Y entonces, Clint Bowers llegó con sus flores y Carol entró en la cocina. ¿Es eso lo que quieres saber?

—Sí. Sigue.

—Volvió con una botella y unos vasos. Tú abriste el *champagne* y todos bebimos.

—¿Dónde estábamos entonces, lo recuerdas, Haila? ¿Dónde estábamos sentados, tú y yo? ¿Y qué hacía Carol, y dónde estaba Clint Bowers?

De repente, el cuadro pasó por mis ojos con la claridad de un grabado al agua fuerte.

—Tú y yo estábamos sentados en el diván; tenías los pies encima de la mesa de café y yo iba a hacértelos bajar. Clint estaba sentado en el sillón del rincón y el *champagne* estaba en la mesa, junto a él. Carol estaba donde yo estoy, en el banco de la ventana. Recuerdo que pensé lo lindo que resultaba su cabello, con los reflejos de la luz.

—¿Y entonces? —Jeff seguía paseándose de arriba a abajo.

—Carol nos dijo que iba a casarse con Steve. Nos dijo que hacía mal, que Steve merecía otra cosa. Pero que iba a casarse con él, de todos modos. Yo pensé que era muy valiente y muy honrada. Y entonces la felicitamos y dijimos que era… maravilloso. Y creo que fue entonces cuando habló Clint. Sugirió que bebiéramos otra copa. Dijo: «Carol, usted es la primera», o algo así, y ella se dirigió hacia

él. Llevaba el vaso en la mano. Y estaba casi a su lado, cuando sonó el disparo.

Jeff se detuvo delante de mí.

—¿Estás segura, Haila? ¿De veras? ¿Estás segura de que fue así?

—Sí.

—Y yo también. —Empezó a pasearse al azar por la habitación, levantando con el pie las esquinas de las alfombras y volviéndolas a estirar. Encendió un cigarrillo, dio una larga chupada y luego lo apagó—. Mira, Haila. Quiero que vuelvas a recordar otras cosas, que ocurrieron antes… mucho antes. La noche del estreno de «Manzanas Verdes», yo me quedé esperándote afuera de tu camarín… Eve North y Philip Ashley se estaban peleando. ¿Lo recuerdas?

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Se les oía muy bien a través de las paredes. Cuéntame todo lo que dijeron, todo lo que oíste tú.

—¡Oh, Jeff, por favor! ¡Estoy agotada! ¡Realmente exhausta!

—Lo único que quiero es que me reconstruyas lo ocurrido.

—Mi mente no funciona. No puedo. Reconstrúyelo tú.

—Haila, por favor…

—¡Oh, bueno! Philip acusó a Eve de robarle una escena. Estaba furioso porque durante su gran escena, Eve…

—¿Cuándo tenía lugar esa gran escena?

—Escucha; si quieres que lo reconstruya, lo reconstruiré a mi modo.

—Sigue.

—Estoy demasiado cansada para cambiar de estilo.

—*Okay*.

—He pasado una tarde terrible. Tengo ganas de llorar.

—Aguarda cinco minutos.

—Estoy histérica, Jeff.

—Ya lo sé. ¿Quieres que te dé una bofetada?

—¿Me haría daño?

—Seguramente. Pero terminaría con tu histerismo.

—¿Puedo devolvértela? —Empecé a reír, porque no podía contenerme.

Jeff me dio en la mejilla con la palma abierta. Me tambaleé y luego vi rojo. Cuando al fin logré contenerme, Jeff estaba en el suelo, gimiendo.

Yo me arrodillé junto a él.

—¿Qué te pasa, Jeff? ¡Jeff, háblame!

—¡No te da vergüenza! ¡Me diste en el vientre!

—¡Oh, cuanto lo siento!

—Sí —Jeff se levantó y probó a respirar de nuevo.

—¿Quieres que te haga una taza de té?

—No, gracias. Y que eso te sirva de lección, Haila. No vuelvas a ponerte histérica estando yo cerca. Ahora bien, ¿dónde estábamos?

—Tú, en el suelo.

—Vamos, me refiero a Eve y Philip. A su gran escena. ¿Cuándo fue?

—Casi al final del tercer acto. Mientras él hablaba, Eve tenía que ponerse a arreglar unas flores en la mesa del comedor. Ella dijo que no las había, que Tommy o Febe tenían la culpa y se habían olvidado de ellas. Dijo que tenía que hacer algo; mientras él hablaba, y Ashley le contestó que no veía por qué había estado meneando los cubiertos y los vasos y haciendo ruido con ellos, que el volcar la mesa habría sido más efectivo. El sarcasmo de Ashley. Sí, fue eso por lo que peleaban, pero ¿qué importa?

—¿Había flores en la mesa?

—No, creo que no. Me parece que Eve tenía razón.

Jeff dejó de pasearse y, volviéndose de espaldas a mí, miró silenciosamente la puerta de Carol. Por encima de su hombro, le vi apagar un fósforo y partirlo con el pulgar y la uña. Cuando se volvió, daba chupadas furiosas a su medio cigarrillo.

—Así fue como ocurrió, ¿no es cierto, Haila? ¿Estás segura?

—Claro.

Él me dio un golpecito en la espalda.

—Querida, vamos a casarnos. ¡Acabo de solucionar el Asesinato del Colony!

Yo me quedé mirándolo para ver si era una broma, pero enseguida comprendí que no lo era. La vehemencia de su voz y el brillo de su mirada eran genuinos. Antes de que recobrara el aliento y pudiera volver a hablar, él se había puesto su sobretodo y se dirigía hacia la puerta.

Corrí tras él.

—¡Jeff, lo sabes! ¡Has descubierto quién quiere matar a Carol!

Él me sonrió.

—Sí, lo sé.

—¿Fue Ashley? ¿Es Ashley el asesino, después de todo?

—No puedo decírtelo aún.

—¿Tommy? Tommy… ¡Oh, Jeff, no será Steve!

—No trates de adivinarlo, Haila.

—¡Jeff, tienes que decírmelo!

Su rostro se puso grave y sus manos me apretaron con fuerza los hombros.

—No me lo preguntes, Haila, no quiero que lo sepas. Es… peligroso. Créeme, Haila.

—Pero… ¿entonces es peligroso para ti también? Jeff, tienes que decírselo a la policía.

—Aún no.

—¡Oh, no lo sabes! —protesté furiosa—. Lo sabes tanto como yo. ¿Cómo ibas a saberlo? No ha ocurrido nada que te lo descubra.

—Acabas de decirme quién es el asesino.

—¿Yo? ¿Te lo he dicho yo?

Agarró su sombrero y me dio un preocupado beso en la mejilla. Yo le alcancé cuando llegaba a la puerta.

—Jeff, ¿adónde vas?

—Por ahí, querida, por ahí.

—¿Qué piensas hacer?

—No puedo decírtelo. Pero voy a decirte lo que no voy a hacer. Dormir. No pegaré el ojo. Te llamaré por la mañana. Estaré en

constante comunicación contigo. Buenas noches.

Yo me coloqué delante de la puerta, bloqueando la salida. No podía dejar que se fuera, no podía hacerme a la idea de pasar allí una noche a solas con Carol. Sentí que palidecía y me tragué unas lágrimas al hablar.

—Jeff, no me dejes. Por favor, no te vayas.

Él me estrechó con fuerza la mano.

—¿Qué te pasa, Haila?

—Jeff, estoy realmente asustada. Tengo miedo de quedarme aquí sola con… con Carol. Cuando pensé que era… antes de saber lo que era realmente, me parecía digna de ayuda y podía ser valiente. Pero ahora estoy asustada. No quiero quedarme aquí con ella. Si alguien tratara esta noche de… hacerle algo… yo…

—Nadie va a hacerle nada a Carol. No van ni a intentarlo siquiera.

—Pero…

—Haila, voy a decirte una cosa. No hables con nadie de ello, porque no es bueno que lo sepas. Dios mío, hemos estado siguiendo la pista más falsa de toda la historia. Nadie va a matar a Carol. Nadie trató de matar a Carol. ¿Lo entiendes? Su vida no ha estado nunca en peligro ni un solo minuto.

—Pero, Jeff…

—Lo comprendí al pensar en la fiesta de esta tarde. ¡Si hubiera abierto los ojos! ¡Era tan sencillo! Ella estuvo junto a la ventana diez minutos, Haila. Y cuando se apartó de ella… *después* de que se apartó de ella, dispararon. Ella se sentó al pie de la ventana, ofreciendo un blanco perfecto al que acechaba en el Esquador Hotel, y no ocurrió nada. Pero cuando se apartó de ella…, y no hasta entonces, dispararon. ¿No comprendes lo que eso significa, Haila? ¡Esa bala no estaba destinada para Carol!

—¿Era para?…

—Dispararon por la ventana para que siguiéramos pensando que Carol era la víctima.

—Entonces, ¿a quién quería matar el asesino?

—A Eve. Eve North fue desde un principio la víctima. Y el asesino cometió su error la primera noche, no la segunda. Se equivocó al envenenar a Carol, no al acuchillar a Eve.

—Eve North. —Aquello era demasiado para mí.

—Eve era la que tenía que morir. ¡Y murió! Carol no corre peligro. Y tú tampoco, así que vete a la cama. Ya te llamaré por la mañana.

Me dejó en el umbral y yo le oí como bajaba los escalones de tres en tres. Miré la cerrada puerta de mi dormitorio, y luego el reloj. Eran las tres menos veinte. Saqué unas sábanas y unas mantas del armario del *hall*, metí uno de los almohadones del diván en una funda y me preparé una cama en el diván.

Prefería no molestar a Carol.

XVIII

EL TEATRO A OSCURAS

La lluvia que golpeaba en los cristales de la ventana me despertó, y me senté en el diván preguntándome por qué me sentía tan melancólica, amargada y abatida. Entonces recordé. Carol y yo teníamos que aclarar unas cuantas cosas y de nada valía postergar la explicación. Me dirigí silenciosamente al dormitorio y abrí la puerta.

La habitación estaba vacía y la cama hecha, como si no hubieran dormido en ella o hubieran vuelto a hacerla. En el guardarropa había un pequeño espacio vacío, en el lugar donde habían estado antes los vestidos de Carol, y otro más en el estante donde había dejado su maleta. Lancé un suspiro de alivio y, por primera vez desde que Jeff dejó explotar su bomba, me sentí favorablemente dispuesta hacia ella. Bueno, el asunto había terminado. Y la próxima vez que protegiera a una muchacha, tendría que ser un primer premio de conducta, o una maestra de escuela dominical.

Me bañé, me vestí y, con una taza de fuerte café puro a mi lado, y el abandonado ejemplar de «Aunque Se Hundan Los Cielos» en la falda, me dispuse a esperar tranquilamente la llamada de Jeff… Al llegar a la página cuatro, desistí. Todos los personajes decían: «Carol no fue nunca la víctima… Nadie trató de matar a Carol… Fue Eve, siempre Eve… Ella era la única víctima… Se sentó durante diez minutos junto a la ventana… era un blanco perfecto… y luego,

cuando se alejó… Carol no corre peligro… es una dipsómana… una ladrona… una chantajista… pero nadie intentó matarla».

Cerré disgustada «Aunque Se Hundan Los Cielos» y se lo arrojé al teléfono… eran las doce y media y Jeff no había llamado. Me había dicho que me tendría informada, que me llamaría por la mañana, ¿no era eso lo que dijo?

Marqué su número y nadie me contestó. Le llamé cada cinco minutos hasta la una y luego decidí hacer averiguaciones por mi lado. Llamé al hotel de Steve Brown y el empleado me dijo que Steve no contestaba. Tommy Neilson no estaba en su habitación. Philip Ashley, con frase breve y desagradable, me dijo que no le importaba un pito donde estaba *Mr*. Jeff Troy. Marqué el número del Club de los Ensayos y conseguí que Alice McDonald dejara por un momento de leer un importante manuscrito.

—Habla Haila —dije—. Alice, ¿has visto a Jeff?

—He estado toda la mañana encerrada en mi habitación, leyendo un manuscrito muy importante…

—Gracias. Pensé que Jeff podría haberte llamado. Adiós.

—¡Haila! ¡Un momento!

—¿Sí?

—¿Por qué iba a llamarme Jeff?

—Por ningún motivo especial. Pero pensé que podía haberlo hecho.

—Haila, esta mañana vi a Carol Blanton en la calle 53; iba sola. ¿No es… peligroso?

—No, no lo es. Quiero decir que… a lo mejor estabas equivocada, Alice. Adiós.

Colgué y durante diez minutos me paseé por la habitación. Me estaba preguntando si debería llamar a Greeley Morris, y qué pasaría si lo hacía, cuando sonó el teléfono junto a mi oído. Di un salto de una milla, antes de tomarlo.

—¡Hola, estúpido!

—Soy Alice. Jeff acaba de llamar, Haila, pero tenía mucha prisa. No pude hablarle de ti.

—¿Dónde estaba?

—No sé de dónde llamó. Pero estará en el teatro a las tres. Me dijo que llamara a Febe Thompson y Ashley y les dijera que fueran allí, también. ¿Sabes lo que pasa? Hablaba de un modo muy misterioso.

—Bueno, yo sé algo más que tú.

—¿Irás allá?

—No me han invitado.

—¡No seas tonta! Jeff parecía tener mucha prisa. Esto es un asunto tan tuyo como de los demás.

Dejé el teléfono y me eché hacia atrás. ¡Alice, Febe, Ashley y Jeff! Bueno, o Jeff había llamado a las muchachas para que le enseñaran a bailar a él y a Philip, o algo iba a pasar. Y él iba a dejar que pasara sin que estuviera yo. ¡Eso era lo que él creía!

Me vestí con un traje viejo, me puse mi impermeable escocés y salí. Llovía aún, pero la lluvia me parecía limpia y suave. Fui chapoteando hasta Broadway. Antes de llegar, la lluvia se había convertido en nieve y las aceras estaban todas manchadas. El día se oscureció y las luces brillaron nebulosamente en las ventanas de los rascacielos. De repente sentí hambre y frío, y me detuve vacilante para mirar el reloj. No eran aún las dos y media… tenía tiempo de sobra para tomar un *sandwich* y una taza de café. Pero haciendo despliegue de mi fuerza de voluntad, seguí adelante. Sería mejor llegar al teatro pronto, y no tarde. Quería ver cómo Jeff enrojecía de placer y sorpresa al verme llegar.

Alice McDonald se hallaba en la entrada del callejón del Colony. Con su masculino impermeable negro, su viejo sombrero de fieltro calado hasta los ojos y unos chanclos sobre los zapatos abotinados, parecía preparada para hacer frente a un huracán.

—¡Bonito día, eh, Alice!

—A mí me encantan el viento y la lluvia.

—¿Ha llegado alguien?

—No, nadie. Vamos adentro.

—Sí.

—¡Oh, Nick está dormido como de costumbre en su silla! No hagas ruido, para no despertar al pobre hombre.

Atravesamos juntas el callejón, casi oscuro, y entramos por la entrada de artistas. Nick estaba sentado ante una mesita baja, junto a la entrada, con la pipa en la boca y la cabeza inclinada, profundamente dormido. Pasamos sin que se despertara y entramos en el escenario.

No se había cambiado nada desde la trágica noche en que, al abrir una puerta, me encontré con el cadáver de Eve North. En la escena todavía estaban los útiles empleados en el segundo acto, los cigarrillos manchados de rojo que yo había fumado se hallaban aún en los ceniceros. Medio oculta por el secante del escritorio, vi la nota que había estado escribiendo mientras Ben Kerry y yo representábamos nuestra escena. Excepto la simple lámpara sin pantalla, que tan incongruente resultaba en medio del hermoso decorado, al que iluminaba con una cruda luz blanca, todo era lo mismo. Me parecía extraño que hubieran ocurrido tantas cosas a los que trabajábamos allí, y que el decorado siguiera serenamente inmutable.

Alice me apretó con fuerza el brazo mientras nos dirigíamos hacia la luz.

—Haila —dijo en voz baja—, ¿ha descubierto algo Jeff? ¿Sabe…?

—No lo he visto desde anoche. —Y me solté. No me gustaba Alice cuando se volvía vehemente.

—Pero sabe quién es el asesino, ¿no es cierto?

—Jeff no me confía sus cosas, el muy estúpido.

—Lo sabe; por eso quiere que vengamos aquí. Te ha dicho quién es, ¿no es cierto?

—Dijo que…

—Ya lo sé. No quieres decírmelo porque no te soy simpática, Haila. Nunca te lo fui; me tienes envidia… ¡porque desciendo de una familia de grandes actores!

Yo le di la espalda y me dirigí hacia la puerta. No iba a escuchar la escena de una actriz fracasada. Había dado tres pasos, cuando

ella me agarró del brazo y me hizo dar media vuelta. De repente, la luz vaciló, como si fuera una vela y yo la hubiera soplado. Me solté, y tendí la mano hacia la luz. Mi mano no encontró más que un negro vacío.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí abajo?

—Haila, Clint… y Alice.

—En cuanto encuentre mi maldito encendedor… ¡aquí está! —Vi el resplandor de su encendedor, como una diminuta antorcha, allá arriba—. Ahora bajo.

—Me alegra mucho el verle.

Me pregunté de dónde habría salido e inmediatamente recordé que había una puerta que daba de su oficina a la galería. La llamita desapareció cuando empezó a bajar la escalera y brilló de nuevo cuando llegó a la orquesta. Avanzó por el pasillo del centro, protegiendo con la mano la llamita del encendedor.

Subió al escenario.

—Creí que Alice estaba aquí.

—Está. —Pero no la encontraba—. O mejor dicho, estaba.

—A lo mejor le da miedo la oscuridad. Habrá salido.

—Tiene miedo de ella misma. ¿Qué le pasó a la luz?

—En mi oficina se han apagado también. Y en la calle. Eso ocurre a veces cuando hay tempestad por la tarde. Todas las luces de la ciudad están encendidas y la tensión es demasiado fuerte. ¡Eh, Nick! —gritó.

Se oyó el gruñido que lanzaba Nick al despertarse sobresaltado y luego el portero entró. Clint lo envió a buscar una linterna y luego me dijo:

—¿Dónde está Jeff?

—Vendrá a las tres.

—Lo sé, porque me llamó esta mañana.

—¡Oh!, ¿así que está invitado también a la fiesta?

—Pensándolo bien, creo que no. Simplemente me pidió permiso para usar el escenario a las tres. ¡Dios! ¡Qué lúgubre es esto!

—Si Alice está en un rincón, haciendo las veces del aparecido de Hamlet, me desmayaré. Mis nervios han recibido últimamente demasiadas impresiones fuertes, sin necesidad de la contribución de Alice.

—Por bien de sus nervios, vamos a aguardar en el callejón, hasta que vuelvan Nick o las luces.

—¿En medio de la nieve? No, gracias. Realmente no me importa la oscuridad. —Busqué a tientas el diván que se hallaba cerca de allí, y me dejé caer en él. Mis ojos se iban acostumbrando a la oscuridad y podía distinguir vagamente los contornos de las cosas. Di un golpecito a los almohadones del diván, junto a mí—. Siéntese aquí, Clint.

—No, gracias —rió él—. Ya es demasiado comprometedor el que me encuentren a solas con usted, en un escenario oscuro, sin necesidad de que nos vean en actitudes comprometedoras. ¿Quiere un cigarrillo?

—Sí, gracias —dije.

Él se acercó lentamente, me lo dio y me lo encendió. Luego atravesó el escenario dirigiéndose hacia el gran sillón que había delante de las puertas-vidrieras y pude verle la cara, con el ceño ligeramente fruncido, mientras encendía su cigarrillo y se sentaba. Como tenía los pies mojados, me quité los empapados zapatos, replegando los pies debajo de mí. Me sentía cómoda y caliente, a pesar de la inmensidad del lugar o quizá a causa de ella y, aspirando con fuerza el humo de mi cigarrillo, me hundí en los suaves almohadones del diván.

La voz de Clint llegó hasta mí, a través del escenario.

—¿A qué viene esto, Haila? ¿Lo sabe? Jeff hablaba muy en serio esta mañana.

—Va por buen camino, Clint. Cree saber la verdad.

—¿Sabe la verdad? ¿Así que sabe?…

—Sí. Sabe quién es el asesino.

Cuando Clint habló de nuevo su voz era grave.

—Quiera Dios que acierte. Estoy deseando de que termine de una vez por todas este asunto. Haila, no sabe cómo me obsesiona la cara de esa muchacha. Una chiquilla que nunca le hizo nada a nadie. ¡Dios mío! Mire adonde mire no veo más que sus ojazos asustados. Y su valor empeora aún el asunto. Si se asustara más… si…

—Carol sabe cuidarse a sí misma, Clint —dije yo.

Al parecer, él no me oía.

—Me digo que yo no tuve la culpa, que no hice más que darle una oportunidad por la que más de mil muchachas se habrían dejado cortar gustosas la mano derecha… la oportunidad de convertirse en una actriz. Sí, así arreglo yo el caso. Y no cabe duda de que le di una oportunidad a la pobre chica. Una oportunidad para que la asesinaran, para que viviera espantada, para que viera su nombre en las primeras páginas de los diarios, unido a un horrible caso de asesinato. Si ella…

La luz de su cigarrillo, que se avivaba cuando él lo chupaba, me permitió ver las tristes líneas que había en torno a su boca, las arrugas de su entrecejo. No pude soportarlo.

—Clint —le dije—, no tiene que hacerse esos reproches. Nada va a ocurrirle a Carol. Nunca estuvo en peligro. Ella… Fue Eve, Clint… el asesino quería matar a Eve, no a Carol. El asesino quería envenenar a Eve.

Le oí contener el aliento.

—¡Eve! ¡No! ¡Dios mío, no! ¿Quién iba…?

—Sí, Clint —dije suavemente.

La emoción le quebraba la voz.

—No, no. Eve, no. El veneno… Haila, el veneno lo pusieron en el vaso de Carol. No en el de Eve.

—Sí. Sí, yo no… —y me detuve.

Si Eve era la víctima, entonces habrían colocado el veneno en su vaso. ¿Qué me había dicho Jeff la noche anterior? Había hablado de Philip Ashley y su disputa con Eve. ¿Querría significar eso que Ashley era el asesino? Era algo que Philip le había dicho a Eve. «¿Por qué no volcaste la mesa?, —había dicho—. Tú te quedaste con toda la

obra, y sin embargo me robaste mi única escena, moviendo todo lo que había en la mesa y haciendo ruido», i*moviendo todo lo que había en la mesa*! Entonces, si Eve había movido los vasos… si los había *cambiado*…

—Clint —dije—, Clint, ¡el veneno *estaba* en el vaso de Eve! ¡Y ella misma cambió los vasos! Como no podía arreglar las flores, porque no las había, arregló el asunto moviendo los vasos. ¡Y Carol se quedó con el que le estaba destinado!

—Sí —dijo él lentamente—. Sí, eso…

—Pero lo de la noche siguiente no fue un error. ¡Oh, Clint! ¿Quién podía querer asesinar a Eve? ¿Quién podía odiar a Eve? Usted debe saberlo, Clint, usted que era su amigo, el único que realmente la conocía. ¡Usted que estaba tan unido con ella, que se mostraba con ella tan leal… que seguía produciendo para ella, aunque ya no era una gran artista, que se arruinaba para que ella siguiera en Broadway, que durante estos últimos años le había dado todo lo que tenía! Clint, debe haberla amado mucho, o… —Y entonces empecé a sospechar.

Detrás del resplandor de su cigarrillo no se oía ruido alguno. De repente, el teatro dejó de parecerme caliente y cómodo. Era una enorme caverna llena de un peligro oscuro y frío. Quería salir de allí. Me levanté y sentí el suelo, duro y helado, bajo mis pies cubiertos sólo por las medias.

—Vamos afuera a esperar a Jeff —dije.

—Muy bien.

No grité, porque antes de que el sonido se escapara de mis labios, me los había tapado con una mano. La voz que me había contestado no era la de Clint Bowers. Y sin embargo, me decía frenética, tenía que serlo. Era la voz de Clint Bowers desprovista de todo su calor y simpatía. Era la voz de Clint Bowers, áspera, cruel y mortalmente fría.

Entonces comprendí la verdad.

El puntito de luz del cigarrillo seguía en su sitio, inmóvil, impidiéndome el acceso a la puerta del escenario. Me sentí enferma,

con esa sensación de debilidad y náusea que se experimenta al salir del éter. No podía correr, luchar ni gritar.

Entonces, la luz avanzó hacia mí, de un gran paso, y mi cabeza se aclaró de repente.

Puse detrás de mí mi cigarrillo y lo aplasté entre el pulgar y el índice. Luego avancé silenciosamente hacia las candilejas, buscándolas con los dedos de los pies, moviéndome lentamente, pulgada a pulgada. Las candilejas no se hallaban a más de tres pies del diván, pero me parecía que tardaba una eternidad en llegar hasta ellas.

Al fin sentí bajo mi pie el borde de la oquedad donde estaban colocadas y, pasando por encima de los reflectores, bajé a la orquesta. Si no me había corrido demasiado hacia uno de los lados, el pasillo central tenía que estar casi delante de mí. Extendí la mano y la pasee por la oscuridad, y toqué una butaca, otra, y luego, ninguna.

Miré hacia atrás. El cigarrillo avanzaba por el escenario hacia el diván donde yo estaba un momento antes, moviéndose tan sigilosamente como yo me había movido. Empecé a subir el pasillo, buscando con la mano las filas de butacas, contándolas al pasar. ¿Cuántas filas tenía el Colony, cuánto tardaría en llegar a la última? El Music Box tiene catorce. El Plymouth, diecinueve. Yo pensé, histéricamente: *¿Por qué no me perseguirá Clint por el Music Box*? Así sabría hasta dónde tenía que llegar, sabría cuándo había terminado de pasar las filas. Entonces, tal vez podría huir.

Le oía detrás de mí, en el escenario, yendo de un lado a otro, tropezando con los muebles.

Pude ver un ligero resplandor de la luz del día, que se filtraba por una rendija de la puerta exterior. Mis manos se enredaron en las cortinas de terciopelo que colgaban detrás de la última fila de butacas, y los anillos de bronce que las sostenían se movieron e hicieron ruido. Me detuve, sujetándome a los pliegues de terciopelo para no caer. Él había oído el ruido desde el escenario.

Su voz resonó en la sala.

—¡Haila!, ¿dónde está?

Yo intenté mantener aquella farsa de locos.

—Voy a salir por la puerta de delante, Clint. Jeff va a venir por aquí.

La voz era tranquila y burlona.

—Está cerrada, Haila.

Entonces no traté ya de no hacer ruido, ni de fingir que no tenía miedo. Busqué furiosamente la puerta. Sentí el tirador, frío en mis manos húmedas y pegajosas. Lo hice girar y mi mano lo movió inútilmente, hasta que por fin lo dejé. Le puse encima el abrigo y traté de abrir de nuevo la puerta. Estaba cerrada con llave.

Corrí de una puerta a la otra, pero ninguna cedió. Di media vuelta y, con la espalda apoyada contra las puertas, miré hacia el escenario. La luz del cigarrillo bajaba a la orquesta; luego empezó a subir por el pasillo.

Apretándome contra la pared y moviéndome de costado, fui avanzando por uno de los lados del teatro, con los ojos fijos en el círculo de luz, clavados en él con una intensidad que los hacía arder y llorar. Fui hacia el pasillo de uno de los costados. Me hallaba a un paso de distancia de él, cuando la luz se volvió también y cruzó por entre las filas de butacas hacia el lugar adonde yo me dirigía. Me había visto. Quizá la luz que se filtraba por las rendijas de las puertas, situadas detrás de mí, había sido suficiente para descubrirle mi presencia.

No sé si me dejé caer al suelo porque las butacas me ofrecían una protección contra el cigarrillo que avanzaba, o porque mis piernas se negaban a seguir sustentando mi cuerpo. A través del espacio libre que quedaba entre butaca y butaca, vi que la luz aparecía y desaparecía, como la de un faro giratorio, según Clint se volvía. Una lluvia de chispas me hizo comprender que lo había apagado contra una butaca. Mi faro había desaparecido. Ahora mis oídos tendrían que indicarme donde estaba.

Seguí agazapada un momento y luego me metí debajo de los asientos de la última fila y permanecí allí, con las rodillas casi debajo

de la barbilla, apretándome el cuerpo con los brazos, conteniendo hasta el aliento para hacerme más pequeña. Le oí cuatro filas más allá, subiendo por el pasillo, iba a pasar a la distancia de un brazo del lugar donde me hallaba. O no iba a pasar. Tenía que oír mi respiración, por mucho que la contuviera, los ruidosos latidos de mi corazón. Si levantaba la cabeza la fracción de una pulgada, sus dedos extendidos me tocarían los cabellos.

¡*Oh, Dios mío, si al menos pudiera gritar*! ¡*Si no tuviera la garganta helada, y la lengua pegada al paladar*! ¿Y qué pasaría si gritara? ¿Y si mi voz llegara hasta donde estaba Alice, o la oía alguien que pasara por el callejón? Bowers llegaría antes que ellos adonde yo estaba. ¿Por qué no se encendían las luces? ¿Dónde estaba Nick? ¿O Jeff? ¡Oh, Dios mío!, ¿dónde estaba Jeff?

Y entonces oí un crujido. Un crujido leve y lejano, que procedía del otro extremo del teatro. Levanté mi cabeza y mis ojos lucharon contra la oscuridad, buscando la puerta de incendios más cercana a mí. La vi, unas seis filas más allá. Arrastrándome sobre las manos y las rodillas, conteniendo el aliento, silenciosamente, podía llegar hasta ella.

Me arrastré hasta el pasillo lateral, rozando el suelo con las manos, para orientarme. Había llegado junto a la puerta cuando oí el primer ruido. Procedía de la parte delantera de la sala, del escenario. Volví a meterme en la fila de butacas, me detuve y aguardé. El ruido no se repitió.

¿Cómo estaba tan silencioso? ¿Cómo podía moverse sin turbar aquel terrible silencio?

La salida de incendios estaba delante de mí, enmarcada por un hilo de luz. No me separaba de ella más que el estrecho pasillo. Unos pocos pies. Si pudiera avanzar arrastrándome. Si pudiera lanzarme contra la puerta y salir al callejón, a la luz del día, en medio de la gente que pasaba por la calle.

Me agaché debajo del último asiento y extendí la mano, que rozó algo blando. Lo que había tocado era la tela de su pantalón.

Vi sus ojos, fosforescentes en la oscuridad, grandes y clavados en mí.

Un golpe vivo y doloroso me hirió la parte posterior del cuello, por un momento no sentí nada. Luego, unas luces pasaron veloces por mi entumecido cerebro. *Estos*, pensé vagamente, *son los cometas y las estrellas errantes de que hablan los libros*. Pero no lo eran…

Unas linternas, brillantes y prosaicas, hendieron la oscuridad de la gran caverna y por encima del ruido de muchas voces, oí la de Jeff, tensa, cortante y no lejos de donde yo estaba.

XIX

UN GOLPE EN LA CABEZA

Mi cabeza casi no me dolía ya, porque dos vasos de *whisky* me habían servido para calmar el dolor, pero tenía todavía la sensación de haberme despertado, sudorosa y helada, de alguna terrible pesadilla, sabiendo que era una pesadilla pero sin poder sacudir aún el miedo que me había producido. Apreté la frente contra el frío cristal del pequeño bar de la Calle 44, adonde me había llevado Jeff, diciéndome que lo aguardara. Recordaba vagamente a Clint Bowers, rodeado de un grupo de hombres, entre los que se encontraba Peterson, cuando Jeff me alejó de allí. Lo que recordaba con toda claridad era el golpe que me habían dado en la cabeza. Había aceptado el hecho de que Bowers era un envenenador y un asesino, pero todavía no podía creer que me hubiera perseguido por el teatro a oscuras y me había golpeado en la cabeza. Los caballeros asesinarán tal vez a las damas, pero nunca las golpean, es decir, como no sea para matarlas. Y en mi cerebro, confuso aún, Clint Bowers seguía siendo un caballero.

Cuando llegó Jeff yo había llenado ya el hueco de mi estómago con *whisky*, me había desaparecido el dolor de cabeza y tenía un deseo terrible de saber qué había ocurrido. Lo interrumpí, al ver que se ponía solícito.

—Estoy muy bien, mejor que durante la última semana.

—¿Quieres otro highball?

—No, quiero saber qué pasó. ¿Dónde… dónde está?

—Donde llevan a los productores que asesinan a sus primeras actrices.

—¡Clint-Eve! —Meneé la cabeza—. ¿Por qué, Jeff? ¿Por qué, cómo, dónde y cuándo?

—Estoy demasiado cansado para hablar, Haila.

—¡Oh!, ¿con que sí?

—Sí. Acabo de terminar una obra maestra de deducción e imaginación, que habría agotado el cerebro de Einstein. Por lo tanto, el mío está un poquitín cansado.

—Jeff, cuéntamelo. ¿Por qué mató Clint a Eve?

—Porque no le era simpática.

—Jeff —le rogué.

—Cuando acepté este caso, no me daba cuenta de que iba a ser uno de los más difíciles y fantásticos de mi carrera y, a la vez, el más sencillo y prosaico de todos.

—Mira, no te censuro el que presumas, pero una muchacha no puede soportar tantas cosas en un día.

—Perdóname, ¡soy tan tonto cuando estoy sobrio! —Terminó su bebida, con una absoluta falta de respeto por el fino y viejo coñac, y pidió otra—. Anoche, tú misma viste con tus propios ojos cómo descubrí que la vida de Carol no había corrido nunca peligro.

—Sí.

—Bowers lo preparó todo para que ese disparo nos despistara a mí y a Peterson. Pagó a un pistolero…

—¿Pagó a un pistolero? —repetí—. ¿Y dónde encuentra uno a los pistoleros?

—Hay muchos modos de hacerlo. Se puede poner un anuncio en el diario. O a lo mejor uno conoce a un ex contrabandista de licores que tiene un hermano que está sin trabajo. Por mil dólares encuentras un gánster dispuesto a matarte cualquier amigo. Es el precio del sindicato. Por una insignificancia puedes conseguir que te agujereen un Gauguin, especialmente cuando el que paga es un gran amante de Van Gogh.

—¡Pero, Jeff, la bala pudo haber herido a cualquiera de nosotros! ¡O al mismo Bowers!

—Ya lo sé, pero Bowers no nos tenía mucho cariño a ninguno de nosotros, ni a él mismo. Recuerda que era ya de noche, que tu habitación estaba brillantemente iluminada y que desde el Esquador se la podía ver con toda claridad. Dispararon cuando no estaba nadie a tiro. Bowers tuvo buen cuidado de que así sucediera, como recordarás. Apartó a Carol de la ventana, cuando propuso que bebiéramos otra vez.

—¿Y anoche sabías que todo eso era obra de Bowers? ¿Que él era el asesino?

—Claro. En cuanto comprendí que la víctima era Eve y no Carol, descubrí quién era el asesino. Sus relaciones con Bowers eran muy extrañas. Había en ellas una corriente oculta, que yo sentía, aun cuando buscaba al asesino de Carol.

—¿Por ejemplo?

—¿Recuerdas cuando fuimos al departamento de Bowers y vimos todos aquellos ejemplares, tan bien encuadernados, de las obras que él había producido antes de empezar a trabajar con Eve?

—Eran casi todos clásicos, o lo fueron, después de que él las dio.

—Sí, y de repente, empezó a producir obras sentimentales para Eve. Antes había ganado dinero, y con ella lo perdió. Y todo el mundo, hasta Parker, reconoce que es uno de los mejores hombres de negocios de Broadway. Parker dijo también que sabía apreciar muy bien el talento y, sin embargo, seguía produciendo obras para Eve, cuando todos sabían que estaba acabada. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué dejaba que lo hicieran descender de su alto lugar artístico y financiero, hasta dejarle casi a la altura de un vulgar Vincent Parker? ¿Por qué, Haila?

—¿Porque la amaba?

—Amelia me convenció de que en la vida de Eve no había ningún hombre, y menos aún Bowers. No, no la amaba. Y ella no lo amaba a él. La única respuesta es que él producía las obras para Eve porque ella lo obligaba a hacerlo. Eso estaba claro. Pero ¿cómo lo

obligaba? Eso era lo único que no sabía anoche. Tardé toda la noche en construir una teoría, y toda la mañana en hacer las investigaciones necesarias para substanciarla.

—¿Investigaciones?

Jeff sonrió.

—Claro, yo soy un científico. Muy bien, sabía ya que se trataba de un chantaje, pero ¿qué clase de chantaje? Busqué un indicio en la vida de Bowers y no lo pude encontrar. Entonces, lo busqué en la de Eve. Sus quemaduras, por ejemplo. Aparentemente, nadie conocía su existencia, excepto Bowers. Y Amelia, claro está. Eso era algo. Y resultó ser lo que buscaba. En un diario de 1917 encontré la respuesta. Era el año en que se incendió el teatro donde trabajaba Eve. Ella era la primera actriz, y el director de escena era un joven llamado Clinton Bowers. Pues bien, Bowers acaba de contarle a Peterson la historia espantosa de lo ocurrido en el incendio.

»Murieron en él siete personas: seis espectadores y un miembro de la compañía, el galán joven. Se halló el cadáver en el camarín. Y la puerta de ese camarín estaba cerrada con llave… desde fuera. Hubo una encuesta y el veredicto del *coroner* fue muerte por obra de persona o personas desconocidas. No había el más mínimo indicio, nunca lo hubo, y el caso quedó sin solucionar. Pero podía haberse solucionado, porque había un testigo. Eve North vio cómo Clint Bowers cerraba esa puerta.

—Pero, Jeff, ¿por qué? ¿Por qué lo hizo?

—No quiso hablar del motivo. Estaba complicado en él una mujer que vive aún. Nadie conocía las relaciones de esa mujer y Bowers, excepto el galán joven. Intentó extorsionar a los dos, les exigió a los dos dinero y, como ninguno de ellos podía pagárselo, amenazó con delatarlos. Y hablaba en serio.

»Bowers no pensó nunca en matarlo para protegerse y proteger a la mujer. No era un asesino… en aquella época. Pensaba que no había salida. Y aquella noche, entre dos actos, el fuego estalló en el teatro. Bowers no tuvo nada que ver en eso. Lo causó un cortocircuito. No se le pudo echar la culpa a nadie. Las llamas

devoraron las cortinas y el decorado y, en un minuto, la sala se llenó de humo. Bowers se puso un trapo mojado en la cara y corrió a los camarines. Los encontró vacíos, hasta que llegó al último piso. Allí, encontró al chantajista, que buscaba a tientas la puerta, desesperado. Al parecer, tratando de salvar sus ropas, había perdido demasiado tiempo; el humo lo había mareado. Bowers dio un paso hacia él y se detuvo. ¡Si en lugar de ponerlo en salvo, diera vuelta a la llave y lo encerrara! Las llamas eran terribles; el teatro quedaría seguramente destruido. Nadie sabría que la puerta estaba cerrada con llave. Nadie le vería hacerlo. Y Clint Bowers dio vuelta a la llave… y salió corriendo.

»Se equivocaba en ambos puntos. Eve North, atrapada en su camarín, al otro extremo del *hall*, lo había visto dar vuelta a la llave, antes de caer desvanecida por el humo. Bowers no la había visto, no la había oído pedir ayuda. Por lo tanto, Eve se quedó allí y estuvo a punto de perecer abrasada. Los bomberos la sacaron a tiempo, pero no pudieron sacar al galán joven hasta que fue demasiado tarde. Y entonces descubrieron que la puerta estaba cerrada con llave.

»No sé si Eve supo alguna vez por qué había matado Bowers al galán. Pero no importa. No tenía que ofrecerle un motivo a la policía, para hacer que ahorcaran a Bowers. Bastaba con que hubiera presenciado el asesinato. Pero Eve no habló. Quizá su propia tragedia la hizo callar. O quizá, aun entonces, se guardaba lo que sabía pensando que podía sacar algún provecho de ello.

Jeff se detuvo para llamar al camarero.

—Tengo que beber más; mi garganta está reseca. ¡Ese maldito fuego! —Pidió otro coñac y un vaso grande de agua—. ¿Dónde estaba? No escuchaba lo que decía.

—Eve sabía que Bowers había matado a un hombre, pero se lo callaba.

—Cuando salió del hospital, a pesar de que tenía los brazos y la espalda estropeados, siguió con su carrera. Se hizo famosa y rica, y se convirtió en la favorita del público, de mil novecientos veinte a mil novecientos veinticinco. Luego empezó a decaer, cuando fue

perdiendo la juventud y la belleza, y como no había sido nunca una buena actriz, quedó sin trabajo.

—¡Pobre Eve!

—Sí, pobre Eve, tuvo que recurrir al chantaje. Por aquel entonces, Bowers era el ídolo del teatro americano. Ella no tuvo más que decirle: «Produce para mí, querido; conviérteme en tu estrella, o si no, todo el mundo sabrá qué joven fue el que encerró al otro joven en su camarín, durante el incendio de Detroit». ¿Qué podía hacer él? Producir para ella, hacerla su estrella y arruinarse… artística y financieramente. Debe haberlo destrozado el tener que hacer esas comedias ligeras y esas malas traducciones francesas, después de haber producido tantas obras hermosas. Lo hizo pedazos. El teatro era su vida. Algunas gentes dejan que sus vidas se conviertan en eso. ¿Por qué, Haila?

—Sigue, querido.

—Pues bien, finalmente, no pudo más. O Eve, o él. Y, egoístamente, decidió que tenía que ser Eve. Nos ha dicho que, durante dos años, buscó una obra que le permitiera asesinarla. Finalmente, encontró «Manzanas Verdes». Era perfecta. Tenía una escena final donde todos bebían. Pero Febe Thompson se olvidó de poner las flores en la mesa. Eve, actriz veterana, arregló los vasos, en vez de las flores, y fue Carol, no Eve, quien bebió el veneno.

«Bowers dejó el veneno en el vaso de Eve un instante antes de que se levantara el telón del tercer acto. ¡Y lo que debe haber sufrido al ver que lo había bebido Carol… y que la obra iba a ser un exitazo! Nos dijo que si Eve no hubiera sospechado que el veneno iba destinado para ella, la habría dejado vivir, porque con "Manzanas Verdes" habría ganado el dinero suficiente para producir además otras obras, la clase de obras que le gustaba producir».

Yo recordé de repente.

—Cuando entraste a hablar con Eve entre los dos actos…

—Sí, era la primera vez que Eve oía hablar del veneno.

—Y Clint estaba en el *hall*; os oyó a ti y a Eve; comprendió que…

Jeff asintió.

—Cuando le pregunté por qué había estado revolviendo las cosas de la mesa, comprendió que había cambiado los vasos y le había dado a Carol el veneno destinado para ella. Comprendió que Bowers quería matarla.

—¿Por qué no huyó? ¡Para salvar su vida!

—No lo sé —dijo Jeff—. La impresión, quizá. Pensó que la protegía la policía que estaba entre bastidores. No se imaginaba de qué modo Bowers podía matarla antes de veinte minutos. No creía que se atreviera a descargar tan pronto el segundo golpe, y menos en el teatro.

»Y cuando llamaron a cada uno, ocupó su puesto en el escenario, como llevaba haciendo veinticinco años. Entonces, Bowers aguardó su oportunidad. Su primer ataque había sido planeado durante meses enteros. El segundo tenía que ser cosa de momentos. Su oportunidad se le presentó en la primera salida de Eve en el segundo acto… y todo salió tal y como Bowers quería. Eve, que aguardaba entre bastidores su entrada, se apoyó contra el decorado y se manchó de pintura la chaqueta. Se la quitó para mirarla, al darse cuenta de lo que había hecho. Bowers la acechaba. Estaban solos en aquel lado del escenario. Se acercó sigilosamente a ella, por detrás, le puso una mano en la boca y la dio una cuchillada con la otra. Limpió las huellas dactilares del cuchillo en la chaqueta de Eve y la dejó caer junto al cadáver.

»Entonces, tuvo un momento de inspiración. Vio la capa de Carol en la barandilla, donde ella la había dejado. Todo el mundo andaba buscando al asesino de Carol. Así era mejor. Echó la capa por encima de Eve, para hacernos creer que la habían tomado por Carol. Su treta resultó. Y le ayudó el hecho de que nadie de los que estaban entre bastidores tuviera una coartada. Cualquiera podía haberlo hecho. Entonces quiso mejorar su plan, por medio del disparo a través de la ventana. No podía quedarse quieto; tenía que probar algo para aumentar su seguridad».

—Pero, Jeff —dije yo—. El caso está claro… pero ¿cómo ibas a probarlo? A mí me parece que todo dependía de que Clint

reconociera o negara su culpabilidad.

—En efecto, querida —reconoció avergonzado Jeff—. Eso era lo malo. Así que tuve que buscar un medio de obligarle a confesar, demostrándole que yo sabía que era el asesino de Eve. Claro está que mi medio no era tan dramático ni tan efectivo como el tuyo, querida.

—¿El mío? ¿Qué quieres decir?

—Te quedaste a sotas en un escenario oscuro, con él, le insinuaste que sabías que él era el asesino y luego dejaste que te persiguiera por el teatro y estuviera a dos dedos de matarte, para que yo pudiera ir en busca de Peterson y sus muchachos y detenerlo simple y fácilmente.

—¿Eso fue lo que hice yo? ¡Caramba! ¡No sabía que era tan lista! Pero ¿qué ibas a hacer tú, Jeff? ¿Dejar que Clint te persiguiera a ti?

—Nunca se me ocurrió esa idea. No, había preparado una pequeña reunión social. Les pedía a Alice McDonald, Febe y Philip Ashley que fueran al teatro. Bowers me había dicho que estaría allí. Yo pensaba pedirle que hiciera de público, con Peterson, y que dos policías guardaran las puertas, mientras yo presentaba mi pequeña comedia. Pensaba mostrarle cómo Eve había cambiado inconscientemente el vaso que tenía el veneno, volviendo a representar toda la escena. Philip Ashley iba a representar su papel, y Alice el de Eve. Luego, Alice iba a hacer de nuevo de Eve, mostrándonos dónde se hallaba la noche siguiente, cuando fue asesinada. Ashley nos mostraría cómo alguien, sentado en la pila de muebles colocados en la parte posterior del escenario, o sea donde había estado Bowers, podía haberse acercado con toda facilidad al lugar donde estaba Eve, la había acuchillado y luego había vuelto a su lugar, sin que nadie lo viera.

—Pero ¿cómo iba a estar seguro Clint de que nadie lo vería? —pregunté.

—Se aseguró antes. Si hubiera habido alguien, habría aguardado a que el camino estuviera despejado. Sabía que en algún momento de aquella noche, protegido por la oscuridad casi total de entre

bastidores, se le presentaría su oportunidad. Y así fue. Y consiguió además algo que no esperaba: la capa de Carol. Pero eso aumentó exageradamente su atrevimiento. Comenzó a cooperar con la policía, mientras ésta buscaba al asesino de Carol. No corría ningún peligro haciéndolo. Nunca habrían hallado algo que lo relacionara con Carol, porque no existía entre ellos relación alguna. Precisamente porque estaba tan seguro de sí mismo, pensé que mi pequeña charada, con Ashley, Alice y Febe Thompson de ayudante, le sorprendería y le haría tal vez traicionarse. Bueno, a lo mejor no habría resultado. Pero yo se lo he visto hacer en el cine cientos de veces a William Powell. Claro está que, como dije, lo tuyo era mucho más seguro.

—¡Lo mío! —no pude menos de reírme—. No sabes que casi me muero de miedo cuando me vi en un escenario a oscuras, a solas con Alice, y que me sentí muy aliviada cuando apareció Bowers y ella se fue. ¡Pobre Alice! Sólo a ella se le puede ocurrir el marcharse y dejarme a solas con un asesino.

—No lo sabía. Pero, en realidad, hizo algo mucho peor que eso. Estuvo a punto de darte un buen disgusto. Si no nos hubiera detenido en el callejón a mí y a Peterson, durante más de cinco minutos, no habrías tenido que dar la vuelta al teatro más que un par de veces. Y si al cabo de otro minuto no se le hubiera ocurrido mencionar que tú estabas adentro con Bowers, creo que habría sido inútil que lo mencionara.

El escalofrío que me recorrió el espinazo me hizo recurrir a otro reconfortante trago de mi bebida.

—Porque la verdad —dijo Jeff—, es que asustaste a Alice.

—¡Que yo asusté a Alice! ¡Ella sí que me dio un susto de muerte!

—Por el modo como hablabas, pensó que yo me imaginaba que ella era el asesino. Sí, ya sé que está un poco chiflada, pero eso fue lo que pensó. Estaba muerta de miedo y lo primero que quería era explicarme por qué se había ido del teatro la noche del estreno. Para ella, en eso se basaban mis sospechas, ya que yo le había dado tanta importancia.

—¿Y te lo explicó?

—Sí. Salió del teatro para buscar su anillo.

—¡Un anillo! ¡Oh, Jeff!

—¿Te ríes, eh? Por eso exactamente fue por lo que ella no quiso decírnoslo. Porque sabía que te reirías.

—¡Renunció a su oportunidad de trabajar en un estreno, por un anillo! Suena bastante raro.

—No sabía que renunciaba a su oportunidad. Y no es un anillo cualquiera. Lleva en su familia cinco generaciones y se ha convertido en una leyenda. El McDonald que se hallaba en posesión de él, no entraba nunca en escena sin llevarlo. Y ella no podía romper esa tradición familiar. No sabía, claro está, que iba a trabajar, así que el anillo estaba guardado en su habitación. Habría tenido tiempo de ir a buscarlo y volver al teatro antes de que levantaran el telón. Y así fue. Pero cuando volvió, Carol estaba ya allí.

—Pero ¿por qué no le dijo a Tommy adónde iba?

—Sabía que no la dejaría salir. Tenía que escaparse.

Yo recordé los últimos cinco días.

—Jeff, ha sido horrible.

—Claro. El asesinato no es un baile. No es un vals de Strauss. El asesinato es asesinato.

Jeff se puso a mirar por la ventana y, al cabo de un momento, dijo:

—Haila, ¿no te has preguntado qué ha sido de Carol, y qué va a ser de ella?

—Sí, pienso en ella. Y me preocupa.

—Pues no necesitas preocuparte más. Mira.

Una muchacha con un traje azul marino estaba parada al borde de la acera, junto a un hombre. Levantaba la cara hacia él; uno de sus rizos cobrizos se le había escapado del sombrero de cortas alas que llevaba y en su mirada había una expresión de admiración infantil, al oírle hablar. Y Vincent Parker estaba encantado con ella. Le vimos llamar a un auto y ayudarla a subir a él.

Jeff sonrió.

—Bueno, Parker ha encontrado a Lee Gray. ¡Y va a tener a Carol Blanton y a Lee Gray en la misma obra… pagándoles sólo un sueldo! ¡Magnífico! ¡Se le llenará la sala! ¡Vendrán desde Jersey! ¿Dónde está Jersey, Haila?

—Jeff, ¿podríamos beber algo más? —dije yo.

—¿Por qué no? Después de todo, estoy de vacaciones.

—Jeff —dije, tan repentinamente que me sorprendí—, ¡vamos a convertir tu última semana de vacaciones en nuestra luna de miel!

—¿Quieres decir que debemos casarnos?

—No hay luna de miel sin casamiento.

—Muy bien, me casaré, si tú quieres. ¿Por qué no? Dije que lo haría, cuando resolviera este caso. Y lo he resuelto. A pesar de lo que dice Peterson. ¡Sí, nos casaremos como la gente! Ahora podemos hacerlo, con la recompensa. —Gimió.

—¿Qué te pasa, querido?

—¡Que detuve al que no debía!

—¿Quieres decir que Clint no asesinó…?

—No, no quiero decir eso. ¡Quiero decir que él fue quien me encargó el trabajo! ¡Y yo he probado que cometió el crimen! Mordí la mano que iba a alimentarnos.

—Nos casaremos, de todos modos.

—Muy bien, pero no comeremos. Mira, Haila. Bowers es un caballero. A lo mejor me paga. Tiene que reconocer que hice un buen trabajo.

—¡Clint Bowers no es un caballero! ¡Yo lo tenía por tal, pero ahora no! ¡Oh, podría perdonarle lo del asesinato! ¡Podría perdonárselo! Pero el pegarle a una dama, especialmente cuando la dama era yo…

—Te equivocas, Haila, Clint Bowers no te tocó.

—¡Oh, con que no!

—Ni siquiera te puso el dedo encima.

—¡Me noqueó!

—No, Haila, lo que te ocurrió es algo que yo temía que te ocurriera desde que empezaste a ser actriz.

—¿Y qué era eso?
—Que una butaca te iba a dar en la cabeza.

F I N

AUDREY ROOS (1912 Elizabeth, Nueva Jersey - 11 de diciembre 1982, Martha's Vineyard, Massachusetts EE. UU.) fue una escritora que junto a su esposo William Roos coescribió muchas novelas de misterio, cuentos y obras de teatro.

El equipo de marido y mujer, bajo el seudónimo de Kelley Roos, a menudo escribía novelas románticas de suspenso protagonizadas por una pareja de detectives casados, Jeff y Haila Troy, que vivían en la ciudad de Nueva York.

Algunos de sus trabajos aparecieron bajo sus propios nombres, Audrey y William Roos, en lugar de bajo el seudónimo.

En 1956 escribieron Speaking of Murder, una obra de teatro producida en el Royale Theatre de Nueva York. Su adaptación televisiva de The Burning Court de John Dickson Carr ganó un premio Edgar de Mystery Writers of America en 1961.

WILLIAM E. ROOS (25 de mayo de 1911, Pittsburgh, Pensilvania - 1 de marzo de 1987, EE. UU.) fue un novelista, dramaturgo y guionista estadounidense. Fue autor de obras utilizando tanto su propio nombre como el seudónimo de William Rand. También fue coautor de varias obras con su esposa, la escritora Audrey Roos, bajo el seudónimo de Kelley Roos. Estos incluían más de veinte novelas de misterio; nueve de los cuales presentaban a los detectives casados Jeff y Haila Troy. En 1961, la pareja ganó el premio Edgar Allan Poe de *Mystery Writers of America*.

Como escritor solista, fue autor de varias obras de teatro que se representaron en Broadway y de múltiples obras para televisión estadounidense.

Notas

[1] El obeso detective, creación de Rex Stout. (N. del T.). <<

[2] Célebre detective de las novelas de S. S. Van Dine. (N. del T.). <<